

Prólogo

Santander, Miguel

Dicen que la tarea del autor de ciencia-ficción es adelantarse a las nuevas tecnologías y alertar a la sociedad de los peligros que le aguardan en el camino si toma algunas malas decisiones. No en vano, muchos aspectos de la realidad social y tecnológica de hoy fueron imaginados y plasmados en papel, precisamente, por escritores de ciencia-ficción de ayer.

Claro que, si esa fuera su única tarea, entonces la literatura de género estaría llena de predicciones fallidas que nos resultarían hartamente ridículas. O, en otras palabras, ¿dónde están mi coche volador y mi jetpack? Y, sobre todo, ¿dónde está el famoso monolito ese de 2001 con el que daremos el próximo paso evolutivo? (¡que me devuelvan el dinero!). No, en realidad, la ciencia-ficción —y la literatura fantástica en general— es mucho más rica y compleja que todo eso. Busca maravillarnos, transportarnos lejos en el tiempo o en el espacio para despertar en nosotros el asombro, para removernos por dentro con una historia en la que podamos ver reflejados nuestros miedos, nuestras aspiraciones, nuestra humanidad, en definitiva.

Así lo atestiguan los treinta y un relatos de ciencia-ficción, fantasía y terror que componen este libro con el que Ficción Científica —que a estas alturas no requiere presentación alguna— celebra su tercer aniversario. Una radiografía, si se quiere, de algunas cosas que nos preocupan o nos maravillan.

Nos preocupa la tecnología, sí. Aquí leeréis historias sobre aplicaciones perversas de la ingeniería genética, o sobre cómo las futuras tecnologías pueden cambiar el panorama laboral de maneras insospechadas. Asistiréis a futuros lúgubres en los que la nanotecnología de reconstrucción celular es una realidad; atravesaréis el tiempo gracias a la hibernación criogénica para ser testigos del despertar en un mundo por completo ajeno.

Nos preocupa también el tejido social. La vertiente social de la ciencia-ficción no es menos importante que la tecnológica, y así lo veréis reflejado en varios relatos, ya sea sufriendo la demencia senil en una realidad que uno ya no comprende, o con la incomunicación en el seno familiar, que las nuevas tecnologías quizá no consigan reparar, pese a sus promesas. Y notaréis, ya os lo aviso, el dedo de la crítica social sobre vuestro pecho en una curiosa analogía sobre el consumo de carne y la crueldad del verdugo, que solo se siente del lado de la víctima.

Entre la vertiente más social de estos relatos no podía faltar, naturalmente, la distopía, una herramienta habitual con la que el escritor lleva a la reflexión sobre aspectos nocivos de la sociedad presente, o de aquella hacia la que nos encaminamos: en estas páginas leeréis sobre la vuelta a la esclavitud (¡no con ese nombre tan feo, por supuesto!), ya sea impuesta mediante la aplicación de la ingeniería genética o por medio de las deudas, que

garantizan a los acreedores el usufructo del cuerpo del deudor como fuerza de trabajo. Incluso visitaréis una suerte de distopía totalitarista empeñada en acabar con la obesidad de manera expeditiva.

El Apocalipsis, el final, el colapso de la civilización y la supervivencia tras éste es otro tema al que hemos sabido sacar punta. Os invito a seguir la extraña vida del último ser humano sobre el planeta, y a conocer el curioso destino de los clásicos de ciencia ficción después de que la civilización entera se haya ido a la porra.

Nos preocupan —quizá sea más correcto decir que nos maravillan—, además, el tiempo y el espacio, que la concepción moderna de la física ha hecho flexibles y mutables, susceptibles de vueltas y revueltas que solo la ciencia-ficción ha sabido explotar para contar historias que de otro modo habrían resultado imposibles. Así, seréis partícipes de un sorprendente hallazgo arqueológico en la cuna de la humanidad, en el que pasado presente y futuro se mezclan de forma extraña y maravillosa. Viajaréis a una Cuba ucrónica en la que la historia del país y del mundo entero ha sido muy diferente (o quizá no tanto). Leeréis un curioso homenaje a Howard Phillips Lovecraft, maestro de la literatura de terror, que os narrará una escalofriante historia que explotará el suspense y la angustia propios de aquel escritor.

El misterio de la vida, un concepto tan sorprendentemente esquivo que ni siquiera hemos sabido definir correctamente, también nos apasiona. Aquí descubriréis, siguiendo el proceso riguroso y metódico propio de la ciencia, nuevas e imaginativas formas de vida; asistiréis al nacimiento y despertar a la vida desde la perspectiva de una planta; y os horrorizará el reciclaje de cadáveres para labores militares.

La religión, el origen de la fe, los mitos con los que explicamos el mundo que nos rodea y a nosotros mismos, son otro de los temas estrella de este género, precisamente, supongo, por la facilidad con que uno se presta a reflexionar sobre uno de los pilares de la sociedad en la que vive inmerso si le presentan el tema espinoso convenientemente «disfrazado» tras una analogía, como las vueltas de tuerca al Génesis y la creación de Adán y Eva, que encontraréis en dos relatos, en los que tienen cabida los robots, o incluso los extraterrestres.

Y el amor, claro, esa fuerza que creemos capaz de todo cuando nos embarga y que la literatura fantástica ha sabido explorar más allá de lo mundano. Sirvan de ejemplo el insólito reencuentro de dos amantes con capacidad de vislumbrar el futuro, la dualidad de un amor pasional y destructivo y sus consecuencias cuando los protagonistas son un vampiro y una bruja, el perturbador y misterioso efecto de una atracción de feria o un triángulo amoroso bastante peculiar.

Pero eso no es todo. La guerra, con una surrealista invasión planetaria en clave de humor; el horror de ser testigo directo de la evolución de mentes peligrosamente

perturbadas; el terror —existencial y físico— de que te arrebaten tu cuerpo; un insólito proceso de creación de superhéroes; o los asesinos en serie (¡humanos o incluso robóticos!); todos ellos tienen cabida en estas páginas que no dejan de atestiguar que la capacidad humana para imaginar y narrar historias es prácticamente infinita.

De modo que pasen y lean. Por mi parte, solo me queda desear una feliz tercer órbita a Ficción Científica y a su capitán, el gran —en más de un sentido— Jose Antonio Cordobés. A sus pies, maestro.

Miguel Santander

Agosto de 2015

Terapia de progresión Enriquez, Anabel

1

— Mira tus pies... ¿Llevas calzado?

Bajo los párpados los globos oculares se agitan, descienden.

— Botas, altas... y con una especie de ¿grebas?

— Descríbelas.

— Parecen suelas magnetizadas... Sí, las botas me afianzan al suelo...

— ¿Cómo es el suelo?

— Sintético... de ferrolinóleo. Así lo llamamos.

Leve distensión de labios, inspiración profunda, gira suavemente la cabeza descubriendo detalles de su estancia mental. El cuerpo laxo, relajado, reporta a los sensoramas ondas eléctricas típicas del trance de progresión a vidas futuras.

— Estoy en una especie de nave exploradora.

— ¿Hay alguien más contigo?

Percibe decepción. Otra vez decepción.

—No...Nadie —suspira. — Es mi turno de guardia.

— ¿Puedes ver algún nombre o logotipo que identifique la nave?

— Estoy frente a un panel lleno de diagramas. No veo monitores, ni pantallas. Basta que roce con mis dedos las áreas dibujadas y recibo la información. Hay signos de un alfabeto ideográfico en el cabezal del tablero... kanglish, se llaman...

— ¿Puedes leerlo?

Un gesto despectivo disuelto en otra sonrisa.

— Claro que puedo leer. Soy Doctor en Ciencias Cuánticas, y el segundo al mando de...

Contracción violenta de los músculos faciales, el aire escapa en un áspero silbido, las manos intentan proteger la cara de una amenaza indefectible.

— ¡Mi cara! Algo estalló... ¡Estoy ardiendo! —solloza.

Lo sacuden leves espasmos. Y deja de moverse. Un segundo después declara parsimonioso.

— Estoy muerto... Calcinado. La nave devastada por una eyección de plasma.

— Flota sobre tu cuerpo... —la indicación de siempre. Y la misma pregunta—
¿cómo te sientes?

— Tranquilo... Sin dolor... Será una bonita nave hasta ese momento.

Yo habría renunciado al don de buena gana. A fin de cuentas mi alcance era de apenas dos o tres horas. Con una precisión del 73% no me habrían empleado en otra cosa que no fueran tareas prácticas, acciones militares del tipo “¿cómo evitar ese torpedo que van a disparar dentro de cinco minutos?” Aburrido. Además, soy pacifista por naturaleza. Habría sido como vivir en un constante *dèjà-vu*. O un *dèjà-verrai*. Pero, a todo se adapta uno. Incluso me adapté a que un día nos trataran como superdotados y al otro como

trastornos generalizados del desarrollo. Así que algún día... Algún día yo debería adaptarme a estar sin Kate.

Kate siempre fue especial, anticipaba como ninguno de nosotros. Francis tenía, o todavía tiene, un *span* de casi dos semanas con una efectividad del 55%, lo que significa que era capaz de anticipar poco más de la mitad de accidentes de tránsito, actos terroristas y descubrimientos astronómicos de los quince días siguientes. Yavana, con seis veces ese alcance temporal, acertaba solo en un tercio y algo más. También su coeficiente de perturbación era mayor, pero incluso un índice de efectividad del 35% era muy bueno: la especialidad de Yavana era el clima. Y eran los mejores, hasta que llegó Kate. Un traslado desde el ala izquierda del Instituto, del grupo de los *sensoperceptores* —o *transferidores*, como les apodamos con desdén—. Por unos días nos parapetamos en la suspicacia y el hosco rumor promovido por el miedo de sentirnos mentalmente desnudos. Pero Kate nos conquistó a todos con su fraterno anillo único (siempre he creído que a pesar de los exámenes negativos que rindió en ala izquierda sí tenía el don para la sugestión de masas y la hipnosis colectiva) y terminó por liderar el grupo de *anticipadores*, que era tal solo porque Kate, con su 88% de eficacia, formaba parte. Formaba parte de la vida de todos. Y un poco más de la mía.

Cuando disolvieron los institutos de enseñanza paranormal, cuando de ser los futuros héroes pasamos a ser la crápula elitista que corroe una sociedad baluarte de equidades, nos dispersamos por el país... y luego fuera del país... y algunos fuera del planeta. Como Yavana, quien pasea exposiciones itinerantes con su poética post-apocalíptica —y su capacidad para anticipar cataclismos perfeccionada en años de entrenamiento personal— por los atolones del Pacífico. O como Francis, trabajando para la NASA en sus conspicuas oficinas lunares, anticipando alteraciones en los cinturones de Van Allen.

Yo solo anticipo muy de cuando en cuando en la bolsa de New York. Para evitar que me haga millonario un 27% de error ha sido suficiente; junto a ese error garrafal, el error del 100% que es mi vida. Por eso renunciaría con gusto a este don, a esta capacidad de anticipar que otros consideran bendición divina, solo por volver a besar a Kate. Porque he buscado ese beso en tantas bocas y ellas llevan siempre al hastío, a la vacuidad, y por dos veces a sonados divorcios que dejaron casi en cero las cuentas bancarias de mis eficaces anticipaciones.

Pero Kate sigue invisible. Quizás oculta bajo un apellido de casada que no logro encontrar, que no he buscado lo suficiente —o que me niego a suponer—; quizás, bajo una existencia anodina autoimpuesta como hicieron muchos para ahogar la diferencia y adaptarse; quizás, Kate no existe. Y es esa ausencia imposible de llenar la que ha trazado por meses los contornos de este plan absurdo.

2

— Niebla... Espesa y pegajosa... El suelo es fangoso; la hierba, morada... Llevo un traje de rastreador algo gastado, filtros de aire, un contador Geiger que grita los riesgos de atreverse sin protecciones por este lugar.

— ¿Sabes dónde estás?

Su frente forma arrugas horizontales bajo el esfuerzo del ¿recuerdo?

— Estoy explorando... No, no sé cómo se llama este lugar. Pero hay algo demasiado familiar en él. He estado aquí antes.

— ¿Ves alguna persona, otro ser vivo cerca de ti?

— No hay nadie. No hay nadie más en este lugar... — otra vez la decepción— Hierba morada, tierra oscura y niebla.

— ¿Quieres avanzar hacia el final de esta vida?

— Espera... Hay algo detrás de la niebla. Hay una luz. Una luz dorada, las brumas se dispersan. Es... Estoy...

— ¿Muerto?

Asiente.

— Ni siquiera sentí cuando llegó, indolora, súbita, supongo que es la mejor de todas las maneras... Además, —suspira pesadamente— no había mucho que ver. Parece que será una vida estéril...

Y calla. Es lo mejor, porque la remembranza del presente lo sacaría del trance.

— ¿Quieres descansar o continuar?

— Quiero seguir adelante —insiste tercamente.

¿Qué probabilidad hay de encontrar una aguja en un pajar y conseguir después que un camello pase por el ojo de esa misma aguja? Ninguna: lo primero es un improbable, lo segundo un imposible. Poco menos que eso sería el que la terapeuta de progresión más importante del área, a quien he decidido acudir para remediar definitivamente el trauma de mi amor emancipado del tiempo, la doctora en neurofisiología comportamental Karen Érmus —cuyo prestigio mundial me hace tentar la cuota de desgarraduras que hará en mi una ciudad a la que hace mucho dejé de pertenecer—, y Kate, mi Kate, fueran la misma persona. Y lo son. Cómo escribía un viejo autor de ciencia ficción que ella adoraba en su adolescencia: *que digan que la puta diosa ironía no gobierna el universo*.

Tres cosas en menos de hora y media: recuperarme de la sorpresa al ver el 2D en la contraportada de sus dos últimos libros sobre la terapia de progresión, devorarlos de prisa, replantear mi plan de vida. Replantearlo todo en lo que dura mi vuelo desde Boston y el resto del viaje por carretera.

La vida privada de Kate —Karen, desde que en la isla inventariaron a los paranormos en el 28 y les dieron nuevas identidades — apenas se trasluce en los archivos digitales que examino buscando pistas entre montañas de conceptos clínicos. Encuentro una referencia a la elección de este modo terapéutico, heredero del antiguo método de Brian Weiss, “por razones muy personales” que no explica. Pero yo puedo aventurar cuáles: su soberbia capacidad de anticipar y su intuitiva forma de conducir a las personas a los mejores sitios dentro de ellos mismos. ¿Hijos, esposo, pareja, planes inmediatos? Nada.

Así que en cuanto me hospedo en la ciudad, esa ciudad extraña y cercana, saturada de pasado y negada al futuro, marco los dígitos de su móvil. Y las primeras palabras —las de ambos— son torpes, entrecortadas, palabras que no saben qué encubrir y qué expresar. Y nos miramos en las pantallas, reconociendo viejos gestos, cicatrices, lunares...

¿Entonces, viniste?, dice y se me escapa el significado exacto de esa frase que enrarece el

aire de toda la ciudad. Pero ella lo vuelve respirable con una andanada de preguntas concretas, convencionales, de fácil respuesta. Hablamos por casi dos horas, tratando de actualizarnos con esas pequeñas privacidades que admiten publicarse entre dos antiguos y cercanos conocidos. Y tu vestido violeta... tenías un vestido y un amor, ¿recuerdas? Y ella: ¿el que cabía en una nuez? Reímos. Y seguimos repasando el añejo pentagrama de nuestros recuerdos. Y saltando por las rutas de amigos de entonces, perdidos en los mapamundis, cartografías galácticas y cartas astrales. ¿Y como es que sigues en este lugar, Kate? Todos nosotros, todos, desperdigados por cualquier lugar donde la bota humana grabó su huella y tú... ¿En la misma ciudad, y con la misma gente?, dice enigmática o burlona. Volvemos a reír. Intercambiamos contactos. Ella me envía 3D de su familia: esposo (la razón del nuevo apellido: Érmus), hijas (la belleza de su madre doblemente replicada), mascota (un spaniel champán que me hace recordar al viejo labrador que dejé al cuidado de un amigo en Boston). Le hago llegar las mías: de muchos viajes, por todo el planeta, por Marte, por el Anillo Orbital Ecuatorial. Una junto a Francis en las instalaciones lunares... Francis está gordo, me dice divertida. Sí, ya sé, ya sé, me apuro en justificar mis 85 kilos. No todos pueden hacer que el tiempo no pase por ellos, Kate; mantener el peso, la voz, la sonrisa exacta de la adolescencia —digo sin interés de lisonjear, sinceramente. — Tal vez la clave era mantenernos en el mismo lugar como lo has hecho tú. ¿Crees que lo hice, o lo hago por eso? —Y asumo que se refiere al Inventario de Paranormos, el que no pudo evadir y que limitó su posibilidad de asumir una nueva nacionalidad. Algunos como Yavana, Francis, y yo dejamos el país antes de esa fecha, nunca supimos lo que pasó con los que quedaron aquí. La mayoría. Me entero que los que luego quisieron permiso de salida tardaron diez años en conseguirlo. Pero ella nunca lo intentó, y añade— Alex, sí estoy envejeciendo como todos, quizás más rápidamente justo porque estoy aquí. Voy a ripostar, pero sus niñas: las alergias o las pesadillas, reclaman su atención. Mejor acordamos una cita —dice, y el corazón me da un vuelco— en mi consulta, claro... para el jueves —comprueba en una agenda— a las cuatro. Asiento y le mando un tímido beso digital antes de desconectar.

Kate es la misma, no solo físicamente es casi exacta a como la recordaba; es casi exacta en su contención, en lo correcto y ordenado de su vida. Comprendo que mi plan inicial, el que existe mucho antes de saber que Karen Érmus y Kate, mi Kate, son la misma persona, sigue siendo el único plan posible. Miro a través de mi ventana la ciudad, que no es la misma ni tampoco su gente. Y el tiempo es de látex ultrarresistente, y se estira con indolencia hasta el día del reencuentro.

3

— Esto no es ningún lugar... —tenue sorpresa—. Quiero decir, estoy en un sitio que parece aislado del tiempo.

— Estás en un punto entre dos vidas... Puedes avanzar si lo prefieres, o explorar el lugar.

— Hay tanta paz aquí. Como si realmente supiera. La hierba, el aire, el sonido de las aves... Hay una fuente, una fuente de mármol. Me acerco a ella... El agua es purísima.

— ¿Bebes del agua?

Niega suavemente.

— Hay una inscripción labrada en el mármol.

— ¿Puedes leerla?

Él sonríe. En los sensoramas que replican cada señal cortical, decodifican y muestran imágenes mentales de la progresión, la fuente ocupa el primer plano. La fuente y la inscripción: “Agua de la Sabiduría solo sed de Amor complacería.”

La terapeuta cierra los ojos. Pero el hombre bajo el trance no la ve temblar. Él acaricia el borde rotulado de la fuente y la deja fluir.

Un minuto después abre los ojos tras la cuenta regresiva que lo devuelve al presente.

No es que me sienta físicamente cansado, incluso conservo la ligereza que me ha inducido Kate durante la relajación, pero no estoy satisfecho. En la panopantalla sigo la compilación vertiginosa de mis progresiones. Con sensoramas en la época del instituto los registros de las anticipaciones habrían sido mucho más exactos. Entonces se limitaban a nuestros subjetivos relatos y al registro de las variaciones de ondas thetas y ondas P, activadas durante el trance, usando las viejas tomografías eléctricas cerebrales. Kate graba mis registros a un mnemochip, lo coloca dentro de un sobre y me lo extiende.

— Todas tus progresiones de hoy, para que las repases en casa si lo deseas...

Asiento mientras tomo el sobre, manteniendo mi mano a pocos centímetros de la suya, como si un simple roce pudiera quemarnos. Todavía no creo que el reencuentro fuera ese intercambio protocolar, amable y aséptico; sin un beso, sin un abrazo, sin un apretón de manos. Muy en el fondo, sé que debe ser así. Pero en ese fondo hay muchas otras cosas que se niegan a continuar ahí. Y emergen.

— Varias veces, Kate, aunque recuerdo bien todo lo que vivimos, me he preguntado por qué terminamos...

— Schrödinger— musita ella. Y la miro extrañado.

— ¿El gato de Schrödinger?

Ella asiente.

— Existíamos como pareja, hasta que se nos ocurrió observarnos. Entonces dejamos de serlo. Así de simple.

Así de simple. Veinte años perdidos por cuenta de un maldito gato... o del colapso de la función de onda que, para el caso, me consuela lo mismo.

Kate alza la vista y me observa, y por un instante creo que voy a desaparecer, a ser colapsado por el escrutinio de sus ojos.

— Sabía que vendrías.

Ahora yo la miro mientras me embarga la conciencia de mis inútiles precauciones. Cuando franqueé la puerta de su consulta anteponiendo la mezcla exacta de emociones que disimularan estos años de extrañarla, inventarla en otras, llenar el tiempo con toda suerte de complicaciones; cuando hablo ahora, mostrando falsas cicatrices para disfrazar las verdaderas, inventando una distorsión a lo inevitable, Kate ya **sabía** —con un 88% de eficacia— que vendría a verla.

Ella, como si escuchara mi desconcierto o tal vez justo porque no lo escucha, se apura

en añadir.

— Entonces, mientras comíamos pasteles y lanzábamos las migajas a los gorriones del parque, cuando habíamos dejado de ser novios, pero seguíamos pretendiendo ser amigos, no tenía ni idea de por qué estaba anticipando este futuro... — suspira y clava en mis ojos su mirada febril, ¿ansiosa?, ¿inquisitiva?— ¿Por qué estás aquí, Alex? ¿Por qué entre los tantos futuros posibles? Veinte años después de aquel día.

¿Veinte años? Casi susurro. ¡Veinte años! En el instituto Kate había realizado anticipaciones de hasta un año y medio, sin afectar su inmarcesible índice de efectividad. Pero yo sabía entonces que podía llegar a tres años desde aquel susurro en la tarde, cuando mi mano buscaba la de ella entre la hierba dúctil, y aferraba sus dedos como si fueran tallos delicados de flores silvestres. Mirábamos el ocaso sobre el cerro en cuyas faldas se alzaba el Instituto. “Todo lo que conocemos va a desaparecer, Alex.” Sonreí y con aire pedante intenté acusarla de retórica, pero ella añadió: “En tres años.” Entonces capté el brillo violáceo en sus iris ámbar, que no se debía a los tintes de la tarde, sino al estado de trance de la *anticipación*. “La escuela, el proyecto, el futuro que auguran para los paranormos... terminará.” Sus labios temblaban cuando precisó categórica: “Resolución 23-405 del 24.” La atraje hacia mí y la besé con fuerza, con furia, quizás con desesperación. La besé para que callara, para que saliera del trance, o tal vez porque éste la hacía más deseable y bella. Cuando descendimos tomados de las manos por el camino hollado a golpe de fugas crepusculares, cargábamos el peso de una sentencia horrible. Sentencia que habíamos acordado, tácitamente, no decir a nadie. Por meses deseé que aquel trance fuera un “falso positivo”, o que Kate hubiera perturbado lo suficiente. Tenía motivos para la esperanza, porque en el instituto nadie había anticipado una fecha exacta más allá de los nueve meses. Y si ocurría, tal vez no sería en tres años, sino en diez. O no sería exactamente de esa forma. Pero 88% es demasiada probabilidad.

— ¿Qué buscas en las progresiones?

Me permito mentir, al sonreírle y al contestarle.

— Busco una continuidad. Una razón que le de un sentido a mi vida ahora, sabiendo que este cuerpo no será el fin, ni ha sido el principio... Algo que alivie mi ansiedad de creación, Kate... Convencerme de que seré útil **después...**

Es ella quien sonríe, irónica, divertida.

— Te leíste mi libro... —y añade— eres un cabrón mentiroso.

Me relajo un poco, y creo que ella también. Entonces me autorizo a ser sincero.

— Te busco.

Arquea la ceja izquierda en ese gesto tan propio y me alegra que no lo haya perdido.

— Cuando perdí la esperanza de encontrarte, Kate. Cuando me pareció que ni Vía-Net, ni los escaneos satelitales, ni los caracoles y cocos de los brujos de la Florida me revelarían tu paradero, decidí buscar consuelo en el futuro.

Me mira, los ojos muy abiertos; luego se tornan tristes, o compasivos.

— ¿Consuelo en el futuro, Alex?

Pero su conmiseración no me acalla, ahora que se me ha abierto un boquete en el alma y mis entrañas se derraman por él.

— Tal vez en alguno de ellos volvería a encontrarte. Y si hay un solo futuro, una sola

posibilidad de volver a encontrarnos en esa otra vida, pondré fin a ésta inmediatamente para atenuar al máximo cualquier perturbación.

Los párpados de Kate aletean como estrellas temblorosas. Se levanta y camina hacia su buró. Mientras ajusta la iluminación y el contraste de una 3D de las niñas recupera su tono profesional, su compostura, su rol de esposa-madre-terapeuta impoluta.

— Seamos sensatos, Alex. No sé que es lo que funciona en esta terapia, si los deseos de las personas que construyen en el subconsciente una escena acorde con sus filias y fobias, o si soy yo quien induce ese estado. Tengo prohibido anticipar y trato de no hacerlo. No solo por cumplir las reglas, sino porque no quiero. Pero también sé que puedo hacer transferencias de estados mentales, lo sé desde que estaba en el Instituto... pero me caían muy mal los *transferidores*... — me aclara a modo de excusa por no haberme confiado su secreto entonces, pero yo me limito a sonreír satisfecho de comprobar lo que siempre supe. Kate bordea el escritorio y continúa en tono didáctico, en impenetrable pose de conferencista—. Tal vez soy quien está transfiriendo mis propias anticipaciones de sus vidas, que igual pueden estar afectadas por un coeficiente de perturbación de miles de años que...

— La gente se cura, Kate... ¿es tan importante cómo funciona? — intento desarmarla con sus argumentos, los de sus artículos.

— ¡Claro que importa, coño! — golpea con furia la madera. Me sorprende la pasión en su voz, de repente ronca—. Por años he tratado de hacerle entender a la gente que el mañana solo puede ser importante cuando se vuelve presente... Trato de que se curen en el presente, que se alimenten de presente, y que dejen de pensar en el maldito, indefectible y escurridizo futuro que solo será importante cuando sea hoy.

— Pero la gente necesita proyectarse hacia el futuro... — he perdido la perspectiva de este diálogo, porque ella lo controla ahora y no sé hacia donde va.

— Cállate, Alex — su voz es más grave y las lágrimas han comenzado a escurrir de sus ojos de estrellas—. Que tenga que explicarte a ti, el daño que hace ver... el daño que produce husmear en el tiempo por venir... Varado en ningún momento... siendo siempre parte del nunca... Siendo solo recuerdos del mañana... — me mira con vehemente decepción y su voz se quiebra al terminar la frase—. ¿Y tú quieres morir para vivir **después?**

No quiero morir, Kate, quiero vivir contigo... pero si el precio de eso fuera esta vida... pienso y callo. Mis palabras resuenan dentro de mi cabeza como pueriles pataletas de adolescente, insustanciales, estúpidas. Pienso en Nietzsche, que sugería vivir de modo que llegues a desear vivir otra vez, “porque uno revivirá de todas formas”. Y creo que ni él podría justificarme.

Porque Kate sigue llorando frente a mí, un llanto que parece guardado por siglos, y yo no me atrevo a tocar sus manos donde un anillo de compromiso repele como un resguardo; sus manos como tallos de flores silvestres que ella cruza y descruza y lleva hasta su cara para regarlos con las lágrimas que intenta escurrir inútilmente.

— Tú has pasado veinte años intentando borrar el pasado... Yo he pasado veinte malditos años, intentando olvidar el futuro, Alex. Porque cuando anticipé el día en que vendrías, que cruzarías una puerta y volverías de algún modo a mi vida no sabía cuándo

exactamente sucedería. No sabía si pasaría en ocho años, en doce... No sabía si era un “falso positivo”, o si había perturbado demasiado. No podía pararme y esperar. Pero así he vivido, Alex, día tras día, detenida en ese instante; sabiendo que tú ibas a cruzar esa puerta y el mundo se pondría de cabeza. Y ahora eres presente... Mi presente. Y no sé que hacer contigo porque resulta que no cabes en él.

Y el llanto de Kate llueve un apocalipsis sobre mi desesperanza, como una fuente de la que mana toda la sabiduría de este instante-infinito. Cuando el mundo se derrumba, se hace polvo ante los ojos en un definitivo holocausto personal, cuando entiendes con cada célula, con cada átomo, que tu sistema de creencias —integradas, sistematizadas, convertidas en axiomas— es pura mierda, lo sabio es dejar que estallen novae, que reviente el universo... Volverá a componerse, de algún modo. Cada cosa buscará sitio, en un nuevo orden —tal vez tampoco sea el correcto, pero se admite el beneficio de la duda—. Al fin de cuentas el tiempo es una rueda inmensurable y nosotros las ardillas que la hacemos girar corriendo adentro.

Me levanto del asiento y camino hacia Kate. Tomo su mano, la mano engarzada en el anillo, y los tallos húmedos se aferran a mis dedos, sacudiendo recuerdos eternos. La miro a los ojos, enrojecidos por el llanto, donde no he visto latir desde hace mucho ningún presagio violeta. *Vamos*, digo sin pronunciarlo. *Ahora*.

Cruzando el umbral tomados de las manos, en tácito acuerdo, el *dèjà-verrai* se desata ante mis ojos. Una efímera chispa violácea que ella no alcanza a ver, pero que me hace vibrar desde el aura hasta los huesos. En minutos, acaso dos o tres horas, hay al menos un 73% de probabilidades de que esté besando los labios de Kate.

Anabel Enríquez Piñeiro (Santa Clara, 1973) Máster en Comunicación Organizacional. Licenciada en Psicología. Como narradora y ensayista ha obtenido premios nacionales (Calendario 2005 de Ciencia ficción, Juventud Técnica 2005) y la Beca de Creación “Ernesto Che Guevara”. Ha publicado: “Nada que declarar” (Cuentos, Casa Editora Abril, 2007), y relatos en las antologías “Secretos del futuro” (Sed de Belleza, 2005), “Crónicas del Mañana, 50 Años de la Ciencia ficción en Cuba”, (Ediciones Letras Cubana, 2009), “Tiempo Cero” (Casa Editora Abril, 2011), The Apex Book of World Science Fiction II (Antología de ciencia ficción global, Lavie Tidhar, 2009), “Terapia de progresión y otros relatos” (Islida.com. Edición digital, 2012) y en “Soñando en Vindravan y otras historias de ella” (La Pereza Ediciones, 2014). Relatos, artículos y ensayos aparecen en varios sitios webs y ezines internacionales de España, Argentina, Israel, Estados Unidos, y en diversas publicaciones nacionales impresas. Como parte del Grupo de Creación Espiral del género fantástico, del que es fundadora, ha promovido y organizado más de diez eventos y festivales del género donde destacan el Encuentro Juvenil de Ciencia ficción y fantasía: VILLAFICCIÓN 2002 y VILLAFICCIÓN 2013; las cuatro ediciones del Evento Teórico del género fantástico ANSIBLE (2004-2007) y de los Festivales de Arte y Literatura fantástica Concilio de Lorien (2004-2006) y Arco de Korad (2007). Es egresada del VII Curso de Técnicas Narrativas del Centro Onelio en el 2005, del I Curso de Guiones Audiovisuales de la Casa Productora de Series y telenovelas y el Centro Onelio (2006), Como guionista

coordinó e integró el equipo de creación y de guion de la teleserie de aventuras deportivas Adrenalina 360 (TVC 2011), y participado en la escritura de los guiones de Basilisa la Hermosa (Dpto. Animación ICRT, 2011), La chica de las botellas (Mediometraje de ficción, ICRT, 2014), Las Aventuras de Juan Quinquín (ICAIC, Estudios de Animación, 2014). Es la autora del sitio web: Algo que declarar, sobre literatura y arte fantástico en español (<http://algoquedeclarar.ucoz.es>) y su sello de ediciones digitales AqD Ediciones. Actualmente reside en Miami, Florida.

Estación A
Signes Urrea, Carmen Rosa

Can you help me
Help me get out of this place
Slow sedation
Ain't my style ain't my face
Givin' me a number
Nine, seven, eight
Gimme back my name

**Crazy (A Suitable
Case For Treatment) de Nazareth**

La voz retumba como si procediera del interior de un recipiente metálico.

“Corre desnudo, huyendo despavorido. Antes de llegar, ha recorrido diez veces la distancia que separa el punto de partida de la estación A”.

—Nada podía ser peor, dijeron —recuerda. —Obedecemos a fe ciega. El paso del tiempo nada cambió. ¡Ojalá alguien esté al otro lado del intercomunicador! Me incomoda seguir solo... y este lugar parece no tener fin.

“Respira con dificultad, la comprensión de su lenguaje se complica”.

— ¿Te importa que me sienta?... Cómo va a importarte, si, quizá, ni tan siquiera puedas verme, como yo a ti. Nada es como lo recordaba. Sin ir más lejos, fue aquí... O no... Se parece todo tanto. Disculpa.

“Desvaría. Aparecen los primeros síntomas de la desorientación. Confiaba más en la fuerza y la astucia de este individuo, ahora, comienzo a dudar”.

— Revivo las imágenes de mi recuerdo como un mal sueño exento de color: el desfile de aquellas tropas automatizadas, compactas, temibles, creadas para sofocar las turbulentas manifestaciones de quienes deseábamos poner fin a todo; las largas colas sanitarias; el camino a los refugios; aquel mutismo de los políticos.... Te preguntarás que por qué te lo cuento... ¡lo necesito! ¿De qué sirvió el esfuerzo? Después de todo el tiempo que pasamos aislados los unos de los otros, de las precauciones desmedidas ante el contagio....

“Alcanzado el objetivo, a su llegada a la estación A, la respuesta del sujeto ha sido la correcta. Pese al desconcierto inicial, al no hallar a nadie, no ha decaído, sigue firme”.

—Me contraría saber que posiblemente soy el último hombre vivo... Desearía estar equivocado, aunque ¡cómo si no! A la epidemia siguió el exterminio... Mis compañeros cayeron. Fue cuando decidí salir de allí, huir para intentar sobrevivir en soledad. ¿Qué esperanza me queda?

La voz metalizada cambió de registro, el altavoz del intercomunicador la proyectó por toda la estación.

—¡Enhorabuena! Usted ha alcanzado su destino. Tire de la palanca roja, no olvide retirar su premio y continúe el camino.

—¿Hay alguien? —dijo abalanzándose hacia el aparato que le devolvía lo más

parecido a una respuesta. –Sí, debe haber alguien. Dice que tire de la palanca. ¿a ver qué ocurre? –al golpe del impulso le siguió un chasquido rítmico como de carraca que finalizó con la apertura de una portezuela que dejó escapar un torrente de alimento compuesto en forma de croquetas menudas. –¡Y esto! Parece comida... —engulle y cae narcotizado en el suelo.

“Aprovecho el estado de somnolencia del individuo para inocularle una dosis del antídoto y lo retorno al punto de partida. Minutos después, se ha despertado. Desorientado, corre. Pulso el cronógrafo. Le queda mucho camino hasta llegar a la Estación A. El profesor estará contento, creo que el espécimen número 6873/881212 que ha vencido al hambre, y superado la enfermedad, podrá sobrevivir a la guerra.”

Carmen Rosa Signes U. (Castellón-España, 1963), ceramista, fotógrafa e ilustradora. Lleva escribiendo desde niña, tiene publicadas obras en páginas web, revistas digitales y blogs (Revista Red Ciencia Ficción, Axxón, NGC3660, Portal Cifi, Revista Digital miNatura, Revista Planetas Prohibidos, Albim Off, *Breves no tan breves*, *Químicamente impuro*, *Ráfagas parpadeos*, *Letras para soñar*, *Predicado.com*, *La Gran Calabaza*, *Cuentanet*, *Blog Contemos cuentos*, El libro de Monelle, 365 contes, etc.). Ha escrito bajo el seudónimo de Monelle. Actualmente gestiona varios blogs, dos de ellos relacionados con la *Revista Digital miNatura* que co-dirige con su esposo Ricardo Acevedo, publicación especializada en microcuento y cuento breve del género fantástico. Ha sido finalista de algunos certámenes de relato breve y microcuento: las dos primeras ediciones del concurso anual Grupo Búho; en ambas ediciones del certamen de cuento fantástico *Letras para soñar*; *I Certamen de relato corto de terror el niño cuadrado*; *Certamen Literatura móvil 2010*, *Revista Eñe*, *El Dinosaurio 2008 (Cuba)*. Ha ejercido de jurado en concursos tanto literarios como de cerámica, e impartiendo talleres de fotografía, cerámica y literarios.

Granjeros espaciales Cano Farragute

En la pantalla aparecieron las características del *Sujeto Experimental Ciento Quince*. Parecía el más apto para reproducirse, pues a juzgar por los parámetros estándar de la especie, sus genes serían escogidos por la naturaleza si la ciencia no intervenía, así que una aceleración del proceso a través de los métodos de selección artificial ayudaría a progresar a la especie.

- El embarazo de estas criaturas dura demasiado tiempo, Doctor Flavis –comentó el Señor Rubri, pasándose la mano por aquellos rizos rojos que gobernaban su cabeza-. Me temo que la alimentación nos sale más cara que mantenerlos a largo plazo.

El científico rubio que había a su lado era un anciano ducho en materia alienígena. Desde pequeño había sentido una gran pasión por los animales, pero en lugar de optar por la rama de la veterinaria, prefería trabajar entre los granjeros, donde podía controlar la natalidad de todo ser descubierto y mantener la especie.

Flavis pasó sus temblorosas manos por la pantalla digital, donde sólo aparecían algarismos con información de cada sujeto experimental.

- Deberemos dosificar su comercio, de momento, y la expansión de la especie será sólo cuestión de paciencia –expresó el doctor. Señaló la pantalla-. Añadan a la celda del *Ciento Quince* a las hembras marcadas desde la *Trescientos Treintaitrés* hasta la *Trescientos Cincuenta*, con la salvedad de la *Trescientos Cuarentaiocho*, pues según estos datos –seleccionó un punto de información de aquella pantalla táctil-, padece una enfermedad venérea.

- La *Sujeto Experimental Trescientos Treintaicinco* no parece óptima para la reproducción –apuntó Rubri, con una mueca de disgusto, tras ojear su grado de salud.

- Cuando reciba los análisis más detallados, ya descartaremos los sujetos experimentales que no nos sirvan o deban pasar una cuarentena.

El Señor Rubri, firme ante el doctor, asintió. Una luz parpadeó en el brazal del empresario.

- ¿Qué ocurre? –quiso saber el Señor Rubri, pulsando el botón que había junto a aquella lucecita roja.

- Señor Rubri –le llegó una voz-; hemos tenido un altercado en la jaula número cuarenta.

- ¿Qué tipo de altercado? –curioseó el empresario, echando una mirada a Flavis.

- El *Sujeto Experimental Setentauno* ha herido de gravedad al *Quinientos Diez*. Ambos son machos.

Los ojos de Flavis mostraron curiosidad.

- Creí que eran dóciles –expresó el doctor, sorprendido-. ¿Podemos saber la causa? –preguntó al interlocutor que se comunicaba a través del dispositivo del Señor Rubri.

- Parece ser que ha sido la lucha por una hembra, Doctor Flavis.

Rubri asintió, mirando al doctor.

- ¿Inició la pelea el *Quinientos Diez*?

- No, señor –respondió el otro tipo.
 - Pues entonces, llévenlo al matadero, pero fustiguen al *Setentaiuno*, para que sirva de ejemplo al resto de machos de la jaula.
 - Así se hará, señor.
- La comunicación a través del dispositivo finalizó.
- Espero haber tomado la decisión correcta –comentó Rubri, rascándose la cabeza.
 - La pérdida de un solo sujeto experimental carece de importancia en estos momentos. Mientras no sean hembras, la investigación nos durará unos años –trató de tranquilizarlo el doctor Flavis-. Ha sido sabio por su parte –matizó-. Tal cual está el desequilibrio de sexos, por cada macho podríamos mantener unas quince hembras.
 - ¿Cree que están listos para copular entre los de la camada número cuatro y la uno? –indagó Rubri, cambiando de tema.
 - Podemos poner a un macho de la uno y a una hembra de la cuatro en la misma jaula, y comprobar la compatibilidad.
 - Dé usted mismo las órdenes, doctor Flavis –respondió el Señor Rubri-. He de ver a mi esposa. Mi hijo espera probar un nuevo plato, así que cogeré un par de ejemplares.
 - Es su negocio –concedió Flavis.
 - Buenas tardes.
 - Adiós –se despidió el doctor.

* * *

<<Qué curioso –se dijo Flavis, que habiendo abandonado el laboratorio, se hallaba estudiando la comunicación del *Sujeto Experimental Un Millón Ochocientos Mil Cuatrocientos Diez*, de la camada uno, frente a la hembra número *Doce* de la camada cuatro-. No se hacen daño, y sin embargo, la hembra está llorando>>.

A juzgar por la posición de aquellos animales, estaban sentados, el uno frente al otro, y se comunicaban. Aunque Flavis no podía entender nada, claro, ya que aquellos gorjeos primitivos parecían componer algún tipo de lenguaje cuyas frases eran tan largas que quizás aquella conversación duraría días.

* * *

Mientras tanto, un grupo de jóvenes científicos observaban a los ejemplares de la jaula número cuarenta.

El *Sujeto Experimental Setentaiuno*, grande y mucho más fuerte y feroz que el resto de los machos, se apareaba con la hembra que había defendido el *Sujeto Experimental Quinientos Diez*, pero ésta luchaba por liberarse del victorioso *Setentaiuno*, en lugar de disfrutar de su placer. Las demás hembras se acurrucaban al final de la jaula, llorando. Los otros dos machos protegían a sendas hembras, junto a ellos; pero el resto se arremolinaban entre sí.

Los jóvenes tomaron apuntes.

Cuando el apareamiento hubo concluido, la hembra quedó en el suelo, como exhausta.

El macho rugió. Entonces, la apertura superior de la jaula se accionó y llovió comida, suministrada por el profesor que instruía a los jóvenes.

- Si no obtienen recompensa, no seguirán haciéndolo. –Explicó a los alumnos. Con una vara electrificante, impedía a los dos machos pasivos acercarse a la comida-. Tienen que comprender que han de ganarse los alimentos y las hembras.

Los sujetos experimentales hembra tomaron aquellos alimentos sintéticos, aunque nadie se atrevía a acercarse al *Setentaiuno*. Tampoco podían compartir con los machos pasivos, ya que ningún alumno enkéfalo se oponía a las inconcusas decisiones de su impenitente profesor, quien también atizaba a las hembras más generosas con aquellos dos machos.

* * *

Sujeto Experimental Un Millón Ochocientos Mil Cuatrocientos Diez, de la camada uno, contemplaba a la hembra *Doce* de la camada cuatro.

- ¿De dónde eres? –quiso saber el macho.

- África –respondió la mujer de piel oscura, entre balbuceos de miedo y tristeza-. ¿Y usted?

- Yo soy alemán –contestó él, tratando de mantener la calma y la compostura-, pero trabajaba en América.

- Mi esposo era americano –balbució ella-. Y mi hijo también...

- Su hijo estará bien, señorita...

- ¡¿Que estará bien?! –estalló *Doce*-. Yo soy una respetada arquitecta que ha ayudado a redificar Francia después de la Cuarta Guerra Mundial, y estos monstruos me han convertido en una yegua de cría... y mi hijo será alimento de estos alienígenas una vez crezca. –La mujer estalló en un horrisono llanto.

Un enkéfalo los observaba desde su privilegiada posición, fuera de los rediles que eran las celdas para humanos. La criatura era macho, según habían aprendido a diferenciar. A pesar de su superior inteligencia, los enkéfalos seguían dándoles miedo por su aspecto: eran bulbos cubiertos de pelo, con un par de extremidades que se bifurcaban (debían ser dedos), y ojos estampados en la zona carnosa, apenas cubierta por uniformes que se deducía que serían de los científicos. Flotaban en el aire, ayudados por una máquina a suspensión que llevaban incorporados en el extremo trasero de su ovoide figura.

- Y yo trabajaba en una hamburguesería –se encogió de hombros *Un Millón Ochocientos Mil Cuatrocientos Diez*, que quería amenizar aquella situación a base de conversaciones, por muy insustanciales que fuesen-. Estas criaturas que nos esclavizan no ven la diferencia.

- Pues es más que evidente.

- Entre un cerdo y nosotros, para ellos, el contraste es anodino, si es que son capaces de percibirlo. Verás –comentó, acercándose a ella. La mujer lo rehuyó, debido a la desnudez de sus cuerpos, que creaba reticencia al tacto-. Está bien, como quieras –dijo, alzando las manos en señal de inocencia. Deteniéndose, cubrió sus partes para no incomodar a la chica-. Su inteligencia está tan por encima de nosotros que el que seas

arquitecta o hagas hamburguesas, les da igual. Apostaría a que nos han puesto juntos porque eres negra y yo ario. Tampoco entienden de racismos: quieren conocer nuestra compatibilidad. –La mujer torció el gesto, lleno de dudas. El hombre, sentado, dejó que su nuca tocara la pared, alzando la vista hacia aquel doctor rubio-. Desean ver un hijo nuestro.

Doce, aterrorizada, se alejó algo más de *Un Millón Ochocientos Mil Cuatrocientos Diez*, sutil. No podía aceptarlo, pero ya era un hecho: habían sido abdicados a aquellos alienígenas.

* * *

El Señor Rubri disfrutaba al ver sonreír a su hijo. Su mansión, estaba llena ampulosos detalles que serían imperceptibles para el ojo humano, y probablemente habría pasado por una primitiva e inconexa hacienda, pero la economía de la disposición y extensión espacial de sus hogares era también producto de una sofisticada evolución, mezcla de la naturaleza y la ciencia.

- ¿Qué te parece esta nueva especie? –quiso saber, palmeándose el vientre tras el festín.

- Están bien, papá –dijo el pequeño-. Pero prefiero el pescado.

- También hay que comer carne –sonrió el Señor Rubri.

Las conversaciones entre los enkéfalos eran, en realidad, de un par de sílabas como mucho. Su elaboradísimo lenguaje, derivado de un sinfín de cuerdas vocales respecto al ser humano, les permitía emitir un importante discurso en tan solo un segundo. Su abecedario, lleno de millones de sonidos, poseía entonaciones de una sola sílaba que componían frases enteras. El avance de la especie era mayor que el de ninguna otra conocida, ya que no se perdían en conversaciones banales más allá de un par de segundos. Las discusiones acababan pronto y, con una fluidez tal para el diálogo y la comprensión hasta grados de empatía insospechados, el concepto de la guerra entre ellos era impensable, así que el Universo, consciente o no de ello, estaba rendido a su inminente dominio.

- Cariño –le llegó la voz de la Señora Rosus. El enkéfalo se giró, y aquella enkéfala de cabellos negros le sonrió-: ¿mañana puedes traer otro más? –Comentó, mostrando el plato donde un humano despellejado y cocido yacía entre un montón de verduras-. Quiero invitar a la Señora Venetus, que vendrá con su esposo. Tienen un hijo de la edad de nuestro Viridis, y su empresa de transporte interplanetario podría hacer buenos negocios con la nueva granja.

- Sí, mi amor –dijo él-. Siempre pensando en los negocios. A veces me pregunto por qué no los llevas tú misma. Nos iría mejor. –Se le notaba cansado. La conquista de un planeta tan pequeño como la Tierra lo había conducido a un quebradero mental para economizar el espacio, y cada celda, de apenas cuatro metros de ancho por cuatro de largo, ya empezaba a contener una docena de aquellos seres.

- Tranquilo... tranquilo... -pronunció con voz sosegada, acercándose al Señor Rubri y

besándolo-. Este planeta aún es virgen; una factoría gigante.

Aquella invasión podría convertirse en el magnicidio de toda la especie humana, pero sus conquistadores lo consideraban un avance, una nueva fuente de alimento y economía. Eran una analogía de la perspicua crueldad de la que la humanidad había sido dueña tantos años, vilipendiando a hombres y mujeres, hasta convertirlos en zaheridas caricaturas de valor económico y científico.

* * *

La hegemonía humana había tocado su fin; la celda cuarenta era la viva prueba de ello, un nido de terror. *Setentaiuno* mandaba, y ya era el último macho.

- Yo soy vuestro señor –se señaló, acercándose a *Cinco Mil Millones Seiscientos Once Mil Veintitrés*, una mujer asiática, agarrándola por la muñeca-. Si alguna se me opone, la enviarán al matadero junto a esos dos que eran vuestros esposos.

Las esposas de los dos últimos varones que había en la celda rompieron a llorar. *Setentaiuno* sonrió, apretando contra él a *Cinco Mil Millones Seiscientos Once Mil Veintitrés*.

Era un esclavo, pero daba igual cuán destruida estuviese la humanidad: siempre habría alguien que sacaría provecho aun en tiempos funestos. *Setentaiuno*, un violador convicto, ahora tenía la misma dignidad que un entregado hombre de paz, y su pasatiempo favorito se había convertido en una recompensa que casi podía considerar su profesión. Había descubierto que cuantas más mujeres fuesen embarazadas, más le llevarían, y cada día diferentes. Si rechazaba a las feas, éstas eran llevadas a otra celda o al matadero, descartadas por la ciencia de los enkéfalos como sujetos experimentales invalidados para la procreación.

Quizás aquella locura de esclavitud sería la forma de condonar los cientos y miles de años de abuso a los seres vivos que la humanidad había considerado como inferiores a ellos, hasta deificarse por encima de los principios éticos que habían erigido sus antepasados.

El racismo y el sexismo se habían acabado, llegando a una denigración promiscua y sin distinción.

Setentaiuno se había convertido en un semental para sus captores. Su conocimiento jamás le llevaría a reconocer que, en un pasado que apenas abarcaba unas semanas, la especie humana se entronizó hasta el punto en que la diferencia de un objeto a un animal era nula, y todas las mujeres de aquella jaula podían considerarse simples objetos usados por los enkéfalos, que premiaban a su violador.

* * *

El Señor Rubri y el Doctor Flavis se hallaban reunidos, sobrevolando el Atlántico.

- Es curioso –comentó Rubri- ¿para qué cree que se desplazarán estos seres en esos primitivos ingenios?

Flavis observó el barco, desde su privilegiada posición en la aeronave que se

deslizaba sobre el océano.

- Es un misterio –admitió Flavis-. Pero ya lo averiguaré.
- ¿Cómo ha dicho que llaman a ese aparato? –quiso saber el hombre.
- “Barco” –respondió Flavis.

El Señor Rubri se estremeció espasmódicamente.

- Qué espanto –exclamó, estupefacto-. Utilizan dos horrrisonas sílabas para designar un objeto tan simple.

- Así es.

Pensaron en milésimas de segundo en todo el tiempo que habían perdido al pronunciar la palabra “barco”, y se sintieron estúpidos. Nunca llegarían a una comunicación plena con ningún ser terrícola.

- Estos seres humanos son unos animales de lo más extraños.
- Se especula que pudieran ser la especie más desarrollada del planeta.

Rubri se encogió de hombros.

- Para lo que les ha servido... –musitó.

Científico y empresario sentían lo mismo, en realidad. No podían hacer nada por una especie que se pasaba el día deprecando en un idioma que les era ajeno, patéticos en sus celdas, solitarios en su plural lamento. Al igual que había sido el humano, los enkéfalos ahora eran déspotas inconscientes, y la especie ex dominante de la Tierra no tenía nada que reprocharles si no se señalaban antes a sí mismos.

Ahora tenían un mensaje que jamás llegaría a las futuras generaciones, y ya de nada serviría, pero solo habiendo llegado a aquella situación, los humanos comprendieron lo endémicos que habían sido para el resto de las especies con quienes convivieron en el pasado, por un futuro próspero, un futuro libre del pecado del que ahora eran víctimas, un futuro que llevaba prolongándose siglos y siglos sin que detuvieran la atrocidad que estaban haciendo, un futuro que se habrían pasado entibándose unos a otros para proteger sus conciencias.

De la misma manera que siempre hubo animales salvajes, ajenos al mundo humano, ahora, paradójicamente, sólo las más remotas tribus que vivían aisladas eran mesteños de la Tierra.

* * *

El Señor Rubri, junto a su esposa Rosus, descansaban aquel domingo, y habían acudido a la ermita erigida en aquel remoto mundo al que, según las escrituras, debían llamar Planeta Tierra.

El reverendo subió al estrado y abrió La Biblia. Era la hora de las lecturas, y aquel día eligió empezar por el pasaje del Génesis número uno, versículo veintiocho:

- Creced, multiplicaos, conquistad los mundos y sometedlos; dominad los peces de sus mares, las aves de sus cielos, y todos los animales que caminen sobre estos planetas...

Satisfecha, la Señora Rosus apretó a su marido contra ella, sabiendo que sus granjeros espaciales ayudaban a que la labor que Dios les había encomendado se cumpliera.

- ...a todo ser que respire, la hierba verde les servirá de alimento...

Aquella era su fe. Loaban los pasajes bíblicos en pos de un dominio completamente espurio, atribuido a sí mismos a través de una escritura que limpiaba sus conciencias. La crueldad sólo era fehaciente cuando se experimentaba desde el lado de las víctimas y no de los verdugos.

- Amén –dijeron todos los presentes al unísono, una vez el reverendo hubo finalizado la corta lectura.

Cano Farragute, de 26 años, nacido en Málaga, donde reside; empezó con la publicación del bolsilibro "*Estatuas de Venus*", por parte de **NeoNauta Ediciones**, este mismo año 2014. También ha participado en las revistas digitales **MiNatura** (nº131) con el relato "*No dijeron ser terrícolas*" y en **Portal ciencia y ficción** (nº3) con el relato "*Museo*"; también este 2014.

Actualmente se encuentran en proceso de edición (a fin de ver la luz este 2014) sus siguientes obras:

- *Preludios de Fimbulvetr* (**Editorial Sonolibro**): nueve relatos mitológicos de la Escandinavia medieval, agrupados en antologías y en formato audiolibro.
- *Entrañables reptiles* (**Editorial NeoNauta Ediciones**): un bolsilibro pulp de ciencia-ficción.
- *Valor incalculable* (**Editorial Nevsky Prospects**): relato cómico de steampunk que formará parte de la antología "The best of spanish steampunk".
- *Honor ambiguo* (productora **13deOctubre**): metraje sobre el narcotráfico y la corrupción, del que creó el guión.
- *Biológico* (revista **Alfa Eridiani**): relato de ciencia-ficción especulativa.
- *Minimalia* (revista **NM**): relato de fantasía (basado en el microcosmos de Final Fantasy®).

Tenía la carta en la mano **Pérez Gallo, Víctor Hugo**

*A mi amigo Manuel,
que en Zaragoza
vive mundos paralelos.*

Tenía la carta en la mano para protegerla de la humedad. Había estado lloviendo todo el día. Miró fuera de la chabola el agua que corría hasta perderse en el monte.

Mañana sería 7 de diciembre de 1896, día en que el Mayor General Antonio Maceo y Grajales y su ayudante de campo e hijo del Generalísimo Máximo Gómez Báez, el capitán Panchito Gómez Toro, debían morir ambos en una escaramuza sin importancia, traicionados por uno de los muchos agentes a sueldo que los norteamericanos tenían entre sus tropas.

Pero él sabía lo que iba a ocurrir y por eso mismo tenía en la mano una carta falsa de Gómez, carta donde se le ordenaba a Maceo levantar el campamento hoy mismo y regresar a territorio de La Habana para reunirse con él.

Empezó a dar vueltas por el campamento; un piafar de caballos, dos mambises limpiando un vieja tercerola a su izquierda, un caldo que se cocinaba a la derecha. El jefe militar mulato estaba al final hablando con sus ordenanzas.

Como en sueños se le acercó y gritó: —¡General Maceo, correo urgente del General Gómez!

Y como en sueños lo vio abrir el sobre y sin dudar de su contenido ordenar de inmediato recoger el campamento y dar de beber a los caballos, que para mañana deberían estar en la provincia de La Habana.

Después sólo fue esperar.

Cuando viajó al pasado sabía que sería inmortal, que tendría que vivir todo el tiempo desde finales del lejano siglo XIX hasta su siglo XXV, pero que así al menos disfrutaría la ventaja de ver los cambios que como en su propia línea temporal tendrían lugar en aquel pequeño país sin importancia que era Cuba y que, decididamente, no influirían de modo notable en el orden mundial.

Maceo no murió; siguió desarrollando su guerra de desgaste en el Occidente del país y se opuso vehementemente a la intervención norteamericana en Cuba. “Creo que como único estaría de parte de los españoles sería en caso de una invasión de los norteamericanos”, había dicho.

Por eso no sorprendió a muchos el armisticio firmado entre cubanos y españoles ante el enemigo común, ni la unión de sus fuerzas en la grandiosa batalla de La Socapa, donde tuvo lugar la inesperada y humillante derrota de las potentes fuerzas norteamericanas^[1] que habían invadido Cuba por Oriente. En tal acción militar fue tomado preso el general Shafter y “un hombre pequeño y cobarde que lloraba de miedo”, según testificó Roa, “de apellido Platt”, que tiempo después llegaría a ser senador en su país. Entre los muertos estaba Teddy Roosevelt.

Maceo pidió a cambio de los miles de prisioneros diez millones de dólares que,

aunque renuente, al final tuvo que pagar Wall Street, bajo la presión del poderoso estado de opinión que se creó en la población norteamericana. Los libros de historia dicen que quizás sólo ha existido otro tan fuerte cuando el pueblo alemán se opuso a la invasión de Vietnam en 1968 por el V Reich.

Precisamente con ese dinero es que Maceo puede luego reactivar la economía cubana, tan debilitada por la larga y cruenta guerra.

Entretanto los mambises, unidos a la escuadra del Almirante Cervera, rechazan a la poderosa flota yanqui, ya que el viejo marino hispano no sale a presentar una suicida batalla naval en mar abierto, como le habían ordenado, sino que deja a sus navíos prudentemente fondeados en la bahía de Santiago, bajo la protección de la potente artillería con base en tierra del Morro local, y se limita a tirarles torpedos de manufactura mambisa a los acorazados yanquis, así como a hacerlos víctimas de diversos sabotajes, valiéndose de pescadores cubanos que conocían muy bien la zona.

Es conocido por todos cómo por esos mismos días el Titán de Bronce, como han llamado después los historiadores a Maceo, sometía a juicio militar al general Calixto García por permitir a los yanquis desembarcar en Cuba y, pese a la intercesión de Gómez por el viejo militar, fusilaba inexorable al General García^[2] por traidor

Los primeros años del siglo XX son testigos de la instauración en Cuba de una auténtica dictadura militar por quienes habían formado parte del estado mayor de Máximo Gómez^{[3]#}. Dictadura velada al principio^[4] porque votan los Partidos Republicano y Nacional, grupos políticos formados tras la disolución del Partido Revolucionario Cubano por Maceo, argumentando que si el fin para el que se creó, la libertad de Cuba del yugo español, ya había sido alcanzado, no tenía sentido su existencia.

Después de la muerte del popularísimo general dominicano, en 1905, Antonio Maceo es elegido en elecciones libres y democráticas como primer presidente de la República de Cuba y como vicepresidente Panchito Gómez Toro.

La primera medida dictada por el flamante mandatario es fortalecer al Ejército Mambí e institucionalizarlo, priorizando a los viejos combatientes por sus años de lucha. A Doña Leonor Pérez, madre de Martí, le otorga una generosísima pensión vitalicia, al tiempo que fomenta la construcción de Universidades en las ciudades de Santiago de Cuba y de Camagüey. Otras medidas populistas toma el nuevo gobierno: declara la educación y la salud gratuitas derecho de todos, funda escuelas públicas, reparte tierras entre sus hombres y los campesinos, prohíbe los latifundios y fija un precio límite a los productos alimenticios. Se dedica a construir una muy necesaria carretera central desde la capital hasta Santiago de Cuba y a industrializar el país. Proclamando que el principal enemigo de la nacionalidad cubana son los Estados Unidos, y que su misión histórica sería “impedir que estos cayeran con esa fuerza más sobre nuestros pobres pueblos de América”.

Don Tomás Estrada Palma^[5], entonces senador y antes último presidente del Partido Revolucionario Cubano, tras la muerte de José Martí, se opone con todas sus fuerzas a muchas de estas medidas, que afectan los intereses de los bancos ingleses y norteamericanos, y sus ardientes panfletos en contra de lo que llamaba “el militarismo

civil de Maceo” son publicados en los últimos ejemplares del luego prohibido periódico *Patria*.

Poco después Estrada Palma se levanta en armas, apoyado por las tropas de los generales de la Guerra de Independencia Gerardo Machado y Mario García Menocal. Durante los primeros días todo pareció irles bien, pero pronto las tropas mucho más numerosas y mejor armadas de Maceo y Quintín Banderas rodean a sus efectivos, y él y los suyos mueren todos macheteados en masacre muy criticada por la opinión pública mundial.

Muchos reprenden las supuestas y superiores prerrogativas de los negros sobre los blancos durante la presidencia de la república de Antonio Maceo, pero nada más incierto: los hechos históricos dicen bien claro que el hijo de Marcos y Mariana siempre tuvo claro que hombre significa más que raza.

En 1930, a la muerte del Titán de Bronce como consecuencia de las decenas de heridas sufridas durante sus años de guerra, Panchito Gómez Toro lo sucede en la presidencia del país.

En 1933 se produce una pequeña revuelta de nuevos anexionistas que querían abrir el país a inversiones extranjeras. Sin poder controlar otros puntos claves políticos ni militares, se parapetan en el Hotel Nacional, esperando atraer con su alzamiento la atención de la prensa mundial. Pero Gómez Toro, inflexible, ordena quemar al hotel con todos los rebeldes adentro y cuando el oficial al mando se niega a cumplir tal orden alegando “razones humanitarias”, un oscuro sargento de apellido Batista lo destituye del mando y personalmente maneja los lanzallamas que incendian al histórico inmueble, siendo de inmediato ascendido personalmente a coronel por Panchito Gómez Toro, como reconocimiento a esa brillante y audaz acción.

Por otro lado, tras años de que los comunistas le dieran continuos dolores de cabeza, el gobierno finalmente ilegaliza el Partido y rompe relaciones con la URSS, con el beneplácito del potente vecino del norte, los EUA... aunque el presidente de Cuba dice claramente que no le importa mucho si los Estados Unidos aprueban o no su nuevo sistema de relaciones internacionales.

Ya da frutos el sentimiento anti-norteamericano que Maceo y Martí tanto se esforzaran por sembrar.

En 1940, ante la amenaza de una nueva guerra mundial, Panchito Gómez Toro, tras haber redactado una Constitución considerada entre las más avanzadas del mundo, legaliza de manera inesperada al Partido Comunista y el gobierno establece una firme alianza con su líder, Blas Roca Calderío^[6].

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, Cuba conoce una gran bonanza económica: entre otras mejoras, se crean varios nuevos centros de investigación de todo tipo, gracias no sólo a los altos precios del azúcar en el mercado, sino también a las ganancias reportadas tanto por la inteligente explotación de las minas de níquel y cromo que se habían descubierto pocos años antes en Moa y Nicaro, en el Oriente de Cuba, como las ventas internacionales de los productos con tal material fabricados, especialmente los muy modernos aviones y tanques de guerra ensamblados en las grandes fábricas de la conocida trasnacional gubernamental Taíno.

No en balde, en sus célebres memorias *¡Panzerkrieg!*, el general alemán Heinz Guderian escribe: “sin el avanzadísimo prototipo de tanque cubano en base al cual nuestro ingenieros construyeron los Tigers, nunca habiéramos podido hacer frente y destruir a las hordas de T-34 rusos”.

En ese mismo año el presidente Gómez Toro sorprende una vez más a la prensa mundial al comunicar oficialmente: “estamos dispuesto a recibir en Cuba a todos los emigrantes judíos que quieran vivir aquí, así como en ofrecerles alojamiento y empleo”.

Y, en efecto, poco después fugitivos hebreos de toda Europa comienzan a llegar al Caribe. Primero por cientos y luego por miles: técnicos, profesores, músicos, científicos, profesionales de distintas clases, todos huyendo de la guerra. Cuba, según lo prometido por su presidente, acoge con los brazos abiertos a tan calificada fuerza de trabajo: se les pagan buenos salarios y se les emplea en los teatros, en las escuelas de arte, en las filarmónicas, en los centros de investigación. La Cátedra de Psicoanálisis de la Universidad de Oriente, presidida por el psicólogo Sigmund Freud, se hace célebre y es frecuentemente visitada por eminencias de todo el mundo. Un tal Einstein, que luego se haría a su vez famoso, imparte electrizantes conferencias en la Universidad de Camagüey.

El presidente Gómez Toro encarga a un joven llamado Antonio Guiteras Holmes dirigir la construcción de una nueva fábrica en las sierras de Nipe, que sería fundamental para el desarrollo del país: la obra permanece día y noche rodeada de miles de efectivos del poderoso Ejército Mambí, y a ella son llevados los mejores ingenieros y químicos de todo el país. Se trata de una fábrica de agua pesada que varias veces durante la contienda es objeto de sabotajes por fuerzas, no se sabrá nunca si de los aliados o los alemanes... aunque oficialmente Cuba es todavía un país neutral.

1942 es un año crucial; Goering visita la mayor de las Antillas en un viaje secreto cuyos objetivos y pormenores sólo se dan a conocimiento público cuando termina la Segunda Guerra Mundial: oficialmente el Reichsmarschal había acudido a solicitar el apoyo militar de Panchito Gómez Toro y las modernas, numerosas y bien entrenadas fuerzas armadas cubanas, prometiéndole todo el sur de Estados Unidos como zona de influencia, más Centroamérica y Venezuela, Colombia, y la Guyana.

Ya para esa fecha comenzaba la explotación de los pozos de petróleo de Varadero y del Golfo de México, y Cuba estaba exportando oro negro a muchos países del mundo. La naciente industria informática, aún llamada cibernética, tenía también en la ínsula caribeña a una de sus naciones punteras, que incluso vendía patentes a la IBM estadounidense... de hecho, se comentó que lo que en realidad buscaba Goering era la fórmula para el Arma Definitiva, mezcla de tecnologías atómica, coheteril y cibernética, que sus Servicios de Inteligencia le habían informado que Cuba estaba desarrollando aceleradamente con medios propios.

Cierto o falso, lo indiscutible es que poco tiempo después la primera bomba nuclear nazi explota en Londres, llevada a la capital inglesa por uno de los mismos misiles alemanes V-300 que pocos días más tarde destruían Nueva York, Washington y Los Ángeles con otras bombas de varias decenas de kilotones. La gente corre desnuda por las calles, quemándose hasta los huesos en el intento de escapar, y cuando las grandes

ciudades de Estados Unidos comienzan a ser destruidas una tras otra sin que su fuerza aérea, su marina o su ejército puedan hacer nada por impedirlo, el país que nunca había visto una invasión extranjera a su territorio tiene que capitular.

Con el fin de de la conflagración, el mundo queda repartido de una insólita manera: ahora los Estados Federados Cubanos incluyen todo el sur de Estados Unidos y el norte de América Latina; el resto de las Américas se lo dividen las otras potencias triunfantes, de modo que apenas si quedan unos pequeños estados “libres” en lo que fuera Brasil, aunque dependiendo económicamente de La Habana.

Pero ningún secreto lo es eternamente. Los planos de la Bomba llegan a Kennedy, presidente de Boston, el primer país no aliado de Cuba o Alemania en desarrollarla, y con ello obtener su independencia, gracias a su agente el coronel Fulgencio Batista, oficial del ejército antillano encargado de la construcción de la segunda central electronuclear de Juraguá, especializada en la obtención de plutonio, tan valioso para la tecnología atómica.

Capturado tras la entrega y brutalmente interrogado sin que jamás delate a sus cómplices, los feroces servicios de inteligencia cubanos degüellan a Batista sin juicio previo... junto a su familia, mujer y niños, antes de que estos logren escapar.

Esto ocurre el 13 de marzo de 1952, y los periódicos no publican la noticia, censura que viene denunciada por un oscuro abogado de nombre Fidel Castro, que en su querrela proclama: “Cuba ya no aguanta más esta férrea dictadura, que si bien ha dado al país y su población glorias ingentes y un alto nivel de vida, también ha impedido con su celosa supervisión patriarcal que el pueblo cubano sepa lo que es la libertad por la que tan duramente lucharon sus próceres”.

Tras tan arriesgada declaración, junto a un grupo de universitarios, ataca dos cuarteles en el Oriente del país, y aunque no tiene éxito en tal acción, logra escapar a las montañas de la Sierra Maestra, desde las que crea una organización cívico–militar para derrocar a Panchito Gómez Toro.

En pocos años, para sorpresa del mundo, y pese a lo moderno y organizado del Ejército Mambí, Fidel triunfa el 1º de enero de 1959, y ante el abortado intento de invasión al país por Bahía de Cochinos, por parte de los Estados Confederados de Rusia, proclama La Unión de Estados Socialistas de Cuba.

El resto está en todos los libros de historia...

El viajero del tiempo, chasqueando los labios, dejó caer la carta y la pisoteó en el barro, largamente.

Antonio Maceo y Panchito Gómez Toro murieron en una tonta escaramuza al día siguiente, 7 de diciembre de 1896.

Victor Hugo Pérez Gallo (Cuba, Nuevitas, 1979)

Narrador, Sociólogo y ensayista. **Premio de Cuento Escalera de papel**, Santiago, 2000. **Mención Premio Cuento Erótico**, Camagüey, 2000. **Premio NEXUS de cuento fantástico**, La Habana, 2003, **Premio de Cuento Corto Minatura**, La Habana, 2003. **Mención Premio Celestino de Cuento**, Holguín, 2003. Tercer Premio de Cuento **Tristán de Jesús Medina**, Bayamo, 2006. Beca de Creación **Sigfredo Álvarez Conesa**,

La Habana, 2007. Premio de Cuento de Ciencia Ficción **Oscar Hurtado**, La Habana, 2010. Ha sido publicado en la antología de cuento erótico **Nadie va a mentir** (Acána, 2001), en la antología de cuento fantástico **Sendero del Futuro** (Sed de Belleza, 2005), las antologías de narradores cubanos **Todo un cortejo caprichoso** (La Luz, 2011), **No hay que llorar**(Ediciones Centro Pablo, 2012), **Mambises del Siglo XXI**(Editorial Abril, 2012), **Raíles de Punta**(Sed de Belleza, 2013), **Hijos de Korad**,(Gente Nueva 2014) y en diversas publicaciones electrónicas internacionales y en revistas literarias cubanas. Premio **Mejor Autor Novel**. Santiago de Cuba 2012 . Premio de **Novela Fantástica Hydra**, la Habana, 2013. Tiene publicado el libro de cuentos, **La Eternidad y el Peligro de Morir** (La Luz, 2011) y la novela ucrónica **Los Endemoniados de Yaguaramas** por la editorial Abril(2014). Formó parte del segundo curso del Centro Nacional de narradores Onelio Jorge Cardoso.

Dirige un taller literario con adolescentes que viven en las montañas, en la comunidad de Farallones y otro en la universidad de Moa. Forma parte de la Asociación Hermanos Saíz (AHS). Miembro de la Red Mundial de Escritores en Lengua Española.

[1] El primer revés militar de Estados Unidos en América Latina, según el historiador R. Guerra

[2] Vladimir Ilich Ulianov (Lenin), en su libro Imperialismo: fase superior del capitalismo, escribió: “la guerra hispano-cubano-americana fue el primer intento del capitalismo norteamericano de consolidar su hegemonía sobre la América Latina y el Caribe; la derrota recibida en Cuba demoró por años la consolidación de nuevos mercados para sus productos y por tanto el desarrollo financiero de sus Cártels y Trusts. Y tal vez por un efecto dominó, el desastre militar ante las fuerzas españolas en las Filipinas hizo también que el dominio político y económico en el Oriente siguiera en manos del ya decadente imperio inglés”.

[3] Máximo Gómez, en una de sus cartas dice de los españoles: “Se han ido alegres, yo tenía acariciado el viejo sueño de despedir a los formidables españoles como amigos y lo he logrado, alegres se han ido ellos y alegres hemos quedado nosotros”. Sobre El Morro habanero ondea la bandera de la estrella solitaria, y un poeta desconocido llamado Bonifacio Byrne le dedica un poema cuando llega a Cuba, “Allí está mi bandera cubana/ la bandera más bella que existe/ orgulloso la vi esta mañana/ gracias, Maceo, ¡alta tú la pusiste!”.

[4] José Martí había tenido razón en su reunión de La Mejorana cuando discutió con Maceo y Gómez el futuro de la Revolución; evidentemente veía venir un gobierno voluntarista de militares, que decidieran todo... y no le gustaba la perspectiva. Como ya le había dicho a Gómez, “General, un pueblo no se funda como se manda un campamento”.

[5] Tomás Estrada Palma había tenido que renunciar a su ciudadanía norteamericana para ser elegido senador, y era un bien conocido anexionista.

[6] La facción de Roca pacta con el gobierno de Panchito Gómez para controlar tanto a aquellos obreros que se querían lanzar a la huelga, como a los elementos más izquierdistas dentro del Partido que ya incluso consideran la lucha armada como opción

para derrocar al antiguo ordenanza de Maceo. Estos elementos, por cierto, están apoyados desde Moscú de manera más o menos encubierta por Lev Davidovich Trotskyi, segundo presidente de la URSS a la muerte de V. I. Lenin.

Capilla Blanca Peralta, Patricio

Bruma.

Nunca había visto algo así.

Bancos de niebla densa que son duros y rápidos y se mueven como si fueran elefantes de vapor.

Nunca había exagerando tanto.

A veces el viento se encajona en los callejones y la bruma se repliega al suelo y a las paredes. El flujo queda marcado en la niebla y todo parece como pintado con un lubricante etéreo.

Es la medianoche, o un poco más tarde. Aquella bruma envuelve esta ciudad que no es Londres, o al revés. Además de la humedad y del anterior empedrado, algunas otras cosas parecen enmeztrecarse.

Es 30 de Agosto y curiosamente así se llamaba el lugar donde naciste, en *Esta* vida claro. 30 de agosto, ni siquiera un pueblo, apenas un paraje, un lugar tan olvidado como tus últimas horas, no tanto como tu antiguo nombre.

Era 30 de Agosto, mejor dicho, ahora nadie parece habitar estas calles. Algún perro aúlla. Pocos quedan ya despiertos. Vas caminando, acelerás el paso. Aguzás tus sentidos.

Te extraña el olor, como a basura, desaparece el aroma a tilo, desaparece el olor a gas. Los motores se transforman en un ruido de cascos de caballos que se aleja.

Soledad.

Silencio.

Entre las nubes la luna que te ríe.

Marte que se achica y no hablamos del miedo que imponés.

El empedrado sigue siendo empedrado pero es diferente, la calle y las aceras son angostas, seis metros de pared a pared. No hay luces ni edificios, sólo casas antiguas. No es Londres, aunque parece. No era Londres, o es London, o era... estás tan atontado que ya ni sabés quién estás, ni dónde sos... te quedás quieto unos minutos hasta que la quietud te trae la claridad.

No hay carteles indicadores, pero el callejón es, sin duda Bucks Row. Sabés que es improbable, ya no imposible, comprendés por qué robaste un bisturí en la clase de anatomía, por qué te quedaste en el bosque como absorto, esperando la hora señalada. De por qué, día atrás, en la mostración, como insisten en llamarla en medicina, preguntaste por el libro del doctor Polly Nichols. De que después corregiste, Doctora Mary Ann Nichols.

No le diste importancia a la respuesta: "No conocemos a ese autor en esta cátedra"

Ahora, 31 de agosto, Nichols cae y hacés el trabajo rápido, sin la prolijidad infundida en la clase magistral. Levantás el trofeo jugoso. Tantas veces adquirido. Tantas veces saboreado.

Sabés todo, como si lo hubieras estado viviendo todo en sucesivas reencarnaciones. La bruma te alcanzará otras veces y te llevará. Quizá luego todo suceda en alguna otra vida.

Salís corriendo, cerrás los ojos... sabés que en algún momento, Whitechapel se convertirá otra vez en diagonal 77.

Un perro se cruza y lo pateás.

Estás a salvo. Marte es grande otra vez. Adivinás la luna creciente bajo el horizonte.

Te prepararás para el 8 de Septiembre, para el 30, y para el 9 de Noviembre.

Apretás los dientes y la sangre explota.

La Plata, Siglo XXI, 2003, lugar seguro, tiempo seguro.

Tantas veces alguien hará lo mismo...

Patricio Peralta

Argentino nacido en la ciudad de Lincoln Argentina, radicado en la ciudad de La Plata. Egresado de la carrera de informática de Ciencias Exactas de la UNLP.

Blogger (

<http://elcanelondeperalta.blogspot.com.ar/2014/03/teniamos-que-evacuar.html>

). Humorista malhumorado. Publicaciones en Diario La Razón (

<http://hiperhistoriasbeta.blogspot.com.ar/2014/10/nodo19-imitaciones.html>) y Piedra Libre . Colaboraciones periodísticas y textos radiales varios. Cursó estudios de guión cinematográfico.

Talleres literarios con Vicente Battista y José Supera entre otros.

Publicación en Antología 2003 (Vuelo de noche) El relato Capilla Blanca fue originalmente concebido y seleccionado para una tertulia radial literaria organizada por radio universidad de La Plata. Finalmente fue editado en formato libro en la ciudad de Buenos Aires en la antología El diálogo nos amontona, de Editorial Dunken.

Algunos nodos de su obra hiperhistoria.beta se encuentran en el mismo blog (

<http://blogspot.com.ar/2012/05/nodo-8tipco.html>)

Marty
Díaz Marcos, José Luis

pues el presente -él lo intuía- no comienza ni finaliza en sí mismo, sino que es punto de intersección entre lo sucedido y lo por suceder, llama entre la madera y la ceniza.

Preludio
Cuaderno de Nueva York
José Hierro

Parque Arqueológico de Atapuerca, Burgos, España.

El aforo de la sala escogida en el Centro de Recepción de Visitantes, moderno y rectilíneo edificio de dos alturas, para celebrar la rueda de prensa, había sido cubierto con creces: más de un centenar de periodistas venidos de todo el mundo ansiaban su comienzo. A pesar de la escueta y misteriosa convocatoria que los había traído hasta allí, sus respectivos medios, seducidos por el inagotable tesoro arqueológico de Atapuerca, no habían dudado ni un instante en admitirla.

El repentino cese de conversaciones y la reubicación apresurada de informadores anticiparon la entrada sobre la tarima de un hombre de aspecto severo. Tras sentarse a la larga mesa allí dispuesta, comprobar el buen funcionamiento del sistema de megafonía e identificarse, el paleoantropólogo Ricardo Gracia entró en materia:

—Antes de pasar a informarles del motivo por el que les hemos reunido, asegurarles previamente que todo cuanto voy a contarles ha sido verificado de manera inequívoca. No existe, por tanto, posibilidad alguna de error. «¿Y por qué esta advertencia?», se preguntarán. Porque, seguramente, como nos ha ocurrido a nosotros mismos, no van a creer casi ninguno, por no decir ninguno, de sus pormenores.

Un eco de sorda expectación recorrió la sala.

—Si bien ya habrán supuesto, y habrán supuesto bien, que tratándose de Atapuerca *sólo* podemos anunciar un nuevo hallazgo arqueológico, esta acertada sospecha es, no obstante, inexacta: no hemos hecho un descubrimiento, ... sino dos. De manera casi paralela, y a cual de ellos más extraordinario.

»Todo empieza en la llamada Sima de los Huesos, pozo de unos trece metros de profundidad excavado a su vez en el interior de Cueva Mayor-Cueva del Silo, complejo cárstico situado a doce kilómetros al este de la ciudad de Burgos. Sus sedimentos datan del Pleistoceno Medio, hace unos cuatrocientos mil años, y conservan una extraordinaria riqueza de restos humanos. Tanto es así, que desde 1984, año en que comenzó su excavación sistemática, se han encontrado más de seis mil quinientos fósiles humanos de

la especie *Homo heidelbergensis*.

»Aquí ha aparecido el esqueleto de un varón de unos treinta y cinco años de edad, íntegro y en magnífico estado de conservación. Pero la rareza del asunto no viene referida sólo al hecho de su hallazgo, que también, sino a su mera presencia en el lugar, a sus características anatómicas y al objeto que lo acompaña.

»El sujeto, ya bautizado como «Marty», pertenece, atención, a la especie *Homo sapiens*[1]#, la de ustedes y mía, la del hombre moderno, y su existencia en la Sima de los Huesos es, sencillamente, incongruente. ¿Por qué? Porque los *Homo sapiens* son, somos, una especie *posterior* a la del *Homo heidelbergensis*[2]. Literalmente, ¡Marty aún no existía en el Pleistoceno Medio!

Un murmullo, ahora de escepticismo, llenó el aire.

–En cuanto a sus características anatómicas, decirles que la mandíbula inferior de Marty presenta un molar y un incisivo artificiales. Y cuando digo «artificiales», quiero decir fabricados industrialmente e implantados, además, con una cirugía tan avanzada, al menos, como la actual.

El estupor, ya libre de disimulos, invadió a los presentes. El profesor Gracia esperó unos momentos, comprensivo, antes de seguir.

–Y el tercer elemento al que hacía referencia, el objeto, es otra prótesis: un complejísimo pie... *biónico... todavía no diseñado*.

–¿De qué habla?! ¿Un *sapiens* muerto antes de nacer, intervenido, deduzco,... en una clínica dental?! ¿Y con un pie... *biónico... fantástico*?! –estalló un periodista.

–Ya les advertí que no lo creerían...

–¿Insinúa que ese individuo sometido a una «cirugía tan avanzada, *al menos*, como la actual» y su «complejísimo pie *biónico*», *ahora inexistente*, viajaron en el tiempo desde nuestro futuro hasta aquel pasado remoto?!

–¡Claro! –secundó un tercero, burlón–. ¡Por eso lo llaman «Marty»: por Marty McFly, el personaje de Michael J. Fox en *Regreso al futuro*!

Superado el límite aceptable de la credibilidad, el auditorio estalló en una sonora carcajada.

Ricardo Gracia suspiró, estoico:

–Por absurdo que pueda parecerles, lo insinúo y lo afirmo. Ese viaje en el tiempo será, es y ha sido real: desde un espacio y un tiempo futuros aún desconocidos, hasta aquí, hasta la Sierra de Atapuerca en algún momento, como les decía, de los últimos cuatrocientos mil años.

El semblante serio y la rotundidad del profesor evaporaron de inmediato el ambiente jocoso.

–Y antes de que lo pregunten, ya les confirmo que sí: Marty utilizó una máquina para desplazarse a lo largo del continuo espacio-tiempo. Ese es, precisamente, el segundo «tesoro» descubierto, por así decirlo.

La estupefacción generalizada abrió los ojos presentes como platos.

–Fuera aguardan dos autobuses. Si son tan amables de seguirme, les llevaremos hasta el lugar en el que se detuvo ese... DeLorean[3].

El paleoantropólogo bajó de la tarima, siguió por el pasillo central y abandonó el

salón con la misma parsimonia con la que había llegado. Tras un instante de asombrada incertidumbre, el grupo de reporteros cargó sus numerosas pantallas y teleobjetivos antes de agolparse en la puerta.

Sierra de Atapuerca, Burgos, España.

Los dos autocares se detuvieron ante la caseta de atención al público, modesto inmueble bajo una enorme cubierta rectangular sustentada por andamios. Tras este acceso, y al otro lado de una verja protectora, se extendía la Trinchera del Ferrocarril, arqueada brecha de más de quinientos metros de longitud y otros veinte de profundidad abierta quince kilómetros al este de la capital burgalesa, entre los municipios de Ibeas de Juarros y Atapuerca.

El origen de la Trinchera se remontaba al final del siglo XIX, cuando el emprendedor británico Richard Preece Williams creó la «Sierra Company Limited», empresa ferroviaria destinada a transportar el carbón y el hierro extraídos en la Sierra de la Demanda hasta las siderurgias vascas.

Mister Preece modificó el trazado inicial de la vía (Burgos-Bilbao) derivándolo hacia las cumbres que finalmente acabaría dinamitando: las de Atapuerca. Disipado el polvo de las explosiones, salieron a la luz los tres yacimientos arqueológicos que, a partir de entonces, jalonarían la extensión de la formidable hendidura.

Superada la caseta, y cubiertos con gorros de baño (cautela contra la contaminación orgánica del lugar) y cascos de obra, el numeroso grupo precedido por el profesor Gracia se adentró en el cañón que describía la Trinchera del Ferrocarril. Alguien, sobrecogido por la altura de las paredes y su naturaleza prehistórica, mencionó la descomunal entrada a *Parque Jurásico*.

—Señoras y señores, nuestro destino se encuentra al final de la Trinchera, frente al tercero de sus tres yacimientos: Gran Dolina —informó Gracia mientras avanzaban—. Previamente, ya lo tenemos a la vista, pasaremos ante la Sima del Elefante y, unos metros más allá, ante Galería.

Sendas cubiertas también sostenidas por andamios, gemelas de la ya superada, cubrían el cielo de la pared derecha.

—Para que se hagan una idea de su importancia, sepan que, de modo general, la antigüedad de los yacimientos supera el millón de años, y en ellos se han encontrado restos pertenecientes a tres especies humanas: Homo antecessor, Homo heidelbergensis y Homo sapiens.

»Obviamente, podría decirles muchas más cosas. Pero considerando el motivo que nos acerca a la Trinchera, podemos dejar esos comentarios, si no les importa, para mejor ocasión. Al fin y al cabo, no todos los días se tiene la posibilidad de vivir un momento histórico.

El profesor había acelerado el paso considerablemente, y la nube de periodistas se esforzaba para seguirlo.

Rebasada ya la Sima de los Elefantes, y también sobre el lado derecho del enorme corredor, apareció una tercera cubierta rectangular apenas cincuenta metros después de la correspondiente a Galería: era Gran Dolina.

Abajo, frente a ellos, apareció un reducido e insospechado grupo: dos mujeres y un hombre seguían, absortos, los datos ofrecidos por las pantallas de un seudomilitar puesto de observación. Otros dos verificaban la cobertura de sus respectivos manos libres antes de aislarse con sendos monos anticontagio.

Los periodistas esgrimieron, de manera casi instintiva, la débil defensa de sus objetivos.

–¿Quiénes son?

–¿Qué ocurre?

–Han venido a abrir... el DeLorean –informó Gracia, irónico.

Muchos buscaron en el entorno.

–¿Dónde está?

–No creo que ninguno de estos aparatos...

–¡Señoras y señores –comenzó el profesor, histriónico–, ante ustedes, y ante el mundo, la máquina del tiempo utilizada por el primer crononauta en la historia de la Humanidad! ¡Aquí, en Atapuerca! –Su dedo acusador apuntó a la parte alta del yacimiento.

De la pared vertical, primigenio pastel de sedimentos rocosos, sobresalía una abollada y sucia semiesfera de indeterminado color claro. Su diámetro rondaba, aproximadamente, los dos metros, y en su superficie se entreveía el perfil de una posible escotilla. Ningún nombre o signo manifiesto que delatara su lugar y tiempo de origen.

Decenas de exclamaciones, más o menos censurables, anticiparon la inmortalización mediática del extraordinario vehículo.

–Como pueden observar, se encuentra alojada en el penúltimo estrato de Gran Dolina, el TD10[4], estrato que se corresponde con el período geológico de la Sima de los Huesos, hoyo éste, todo sea dicho, del que estamos, aproximadamente, a un escaso kilómetro de distancia. Eso significa que Marty no llegó muy lejos en su exploración del mundo prehistórico. Y si consideramos, además, que los heidelbergensis utilizaban la Sima como depósito funerario, es bastante probable que Marty no llegara *nada* lejos.

–¡Eh, empiezan a subir! –advirtió alguien.

Así era: pertrechados con diversos ingenios, los dos hombres embutidos en sendos trajes anticontaminación ascendían el primer tramo de peldaños que llevaban hasta la esfera.

El profesor Gracia corrió a situarse tras los técnicos que atendían los equipos electrónicos. La nube de corresponsales hizo lo propio.

Además de una retahíla continua de magnitudes aparentemente incomprensibles, las pantallas ofrecían, desde diferentes ángulos, otros tantos puntos de vista de la misma escena. Algunos intentaron situar la ubicación de las cámaras.

Los dos hombres se detuvieron en el último trecho de escaleras: midieron el entorno, y la propia nave, con varios dispositivos.

«No se registra actividad radiológica. Procedemos a la apertura», se oyó, al cabo, en el concurrido asentamiento. El gentío enmudeció.

Arriba, sobre el andamio, empezaron a manipular la superficie curva en un punto estratégico. Minutos después, desechado por inútil el método seguido, ambos optaron por

la contundencia: mientras uno empuñaba una extraña lanza conectada a una bombona de oxígeno por uno de sus extremos, el otro prendía el extremo libre de aquélla y la convertía, literalmente, en eso, en una lanza *térmica*. Ningún metal, ya fuese de caja fuerte o de máquina del tiempo, estaban seguros, sería capaz de soportar, como mínimo, tres mil quinientos grados centígrados sin derretirse.

Y así fue:

«Misión cumplida».

La escueta frase, nítidas sílabas tras el sordo chisporroteo de la fusión, estrechó el agolpamiento de periodistas sobre los monitores.

La punta de un destornillador, parecía, se introdujo en el perfil cóncavo labrado en la superficie de la nave. Acto seguido, ésta, forzada por los dos cerrajeros, se abrió hacia fuera: dentro, encastrado en la sección curva, un asiento anatómico con arneses.

Los hombres se asomaron a la negrura de la burbuja, a su aire enrarecido por una clausura milenaria.

«¡Dios santo!».

—¿Qué ocurre?! —exclamó, ansioso, Gracia al manos libres, al oído, de uno de los técnicos.

«¡Hay... hay... huesos!».

«¡Sí, es un esqueleto!».

—¡¡No toquen nada!!

Abriéndose paso a codazos, el profesor corrió hacia el andamio y empezó a subir los escalones de dos en dos. Sin encomendarse a nadie, un primer reportero, cámara al hombro, fue tras él. Y un segundo. Y un tercero. Y...

Sin reparar siquiera en su falta de traje aislante ni en la posible presencia de primitivos y, tal vez, nocivos agentes patógenos, aquél se asomó, asfixiado por la empinada subida, al interior de la esfera.

El tropel se detuvo (afortunadamente para el equilibrio de la estructura que lo soportaba) tras él, expectante. Gracia se volvió exhibiendo...

...un cráneo.

—¡¡Marty no viajaba solo!!

—¡P, pero...!

La calavera parecía, cuando menos, atípica. Poseía un rostro plano con arcos supraciliares, mejillas marcadas, gran abertura nasal, mandíbulas salientes...

—¿No lo ven?! ¡No es ningún acompañante!. ¡¡Es un Homo heidelbergensis!! Quizá Marty dejó la esfera abierta, el espécimen entró a curiosear, quedó atrapado y ya no supo salir. Y como el vehículo es hermético, no sólo ha quedado su esqueleto, evidentemente sin fosilizar, sino también el resto de su masa orgánica. Reducida, eso sí, a un poso marchito y viejísimo por la acción de las bacterias y el paso del tiempo, pero masa orgánica al fin y al cabo.

—Disculpe, señor... —pidió una mujer de rasgos orientales—. Eso quiere decir, si no me equivoco, que es posible extraer ADN.

—Si, claro. A pesar, como digo, del transcurso de los milenios. De hecho, hemos logrado secuenciar el genoma completo de un oso que vivió en esta misma sierra hace cuatrocientos mil años.

La mujer sonrió, entusiasmada:

–O sea: técnicamente sería posible clonarlos a ambos y crear un parque jurásico, como el de la película, lleno de hombres y osos prehistóricos.

Soslayando los matices éticos y morales, la idea, fascinante en sí misma, enmudeció al paleoantropólogo Ricardo Gracia.

Aldeanueva del Castillo, Alicante, España.

El hombre miraba el televisor sin dar crédito a sus sentidos:

«...en plena Sierra de Atapuerca. Al parecer, y por increíble que pueda resultar, el extraordinario artilugio habría llegado aquí hace miles de años. Sí, han escuchado bien: hace miles de años. Por otra parte, ...».

De súbito, la puerta exterior de la vivienda se abrió: «¡Ya estamos en casa!», anunció una voz femenina. «¡Sí, ya estamos en casa!», coreó otra, infantil. Los pasos de ambos, mujer y niño, precedieron su entrada en el salón.

–¡Hola, papá! –saludó el pequeño, alegre. Cojeaba.

–¡Hola, campeón! ¿Qué tal en el cole?

–¡Guay: he sacado otra matrícula en «mates»! ¿Y tú qué ves?

–No estoy seguro de saberlo...

–La noticia de Atapuerca, supongo –terció la mujer –. No se habla de otra cosa.

–No puede ser cierto. Seguro que el numerito forma parte de alguna campaña publicitaria. O de una broma como aquella de Orson Welles, el director de cine, en los años treinta, cuando retransmitió una supuesta invasión alienígena por la radio[5].

–Eso creía yo también, pero parece que la cosa va en serio: hay declaraciones de las autoridades confirmando el triple descubrimiento.

–¡Mi nave! –interrumpió el niño señalando el televisor–. ¡¡Es mi nave, mamá!!

–¿Qué nave?

–¡Mi nave del tiempo! ¡La dibujé la semana pasada en Plástica!

–Será parecida, cariño.

–¡No! ¡Es esa! ¡La mía!

–Bueno, bueno... Sólo hay una forma de averiguarlo –intervino el hombre, conciliador –. Enséñanos tu dibujo.

–¡Voy a buscarlo! –decidió aquél saliendo a toda prisa, renqueante.

–¡No corras! –censuró la mujer, inquieta.

El niño regresó poco después, con su bloc.

–¡Aquí está!

La hoja mostraba una esfera blanca cuyo cuadrante superior derecho había sido señalado a modo de parabrisas. Tras éste, un sonriente piloto. En el lado opuesto, una compuerta con picaporte. Líneas cinéticas horizontales expresaban el avance e ineludible choque del artefacto contra un gigantesco cronómetro.

–¿Lo veis?! ¡Es mi nave! ¡Cuando sea mayor, inventaré una para viajar en el tiempo hasta la prehistoria y ver los dinosaurios *en persona!*

Ambos adultos se miraron, sorprendidos por la...
...¿coincidencia?

[1] Su origen se retrotrae cuarenta mil años.

[2] Entre ambas especies se sitúan los neardentales.

[3] DeLorean (DMC-12). Automóvil deportivo fabricado por DeLorean Motor Company (DMC) entre 1981 y 1982. Se caracteriza por sus puertas de ala de gaviota y su carrocería metálica de acero inoxidable. Es mundialmente conocido por su aparición en la trilogía cinematográfica *Back to the Future*.

[4] Trinchera Dolina (nivel) 10.

[5] El 30 de octubre de 1938, Welles retransmitió la adaptación radiofónica de la novela *La Guerra de los Mundos*, de **H.G. Wells**. El realismo de la narración provocó que muchos oyentes, especialmente en Nueva Jersey y Nueva York, huyeran presa del pánico. Cabe preguntarse hacia dónde.

José Luis Díaz Marcos

José Luis ha escrito un poco de todo: letras raperas (<http://descanse-en-rap.webnode.es/>), poesía romántica (<http://tquiero.webnode.es/>), terror (<http://jose-luis23.webnode.es/>), ciencia ficción (ya lo véis), guión cinematográfico (cortos y un medimetraje), monólogos humorísticos (http://www.amazon.es/Veinte-mon%C3%B3logos-humor-risadesaforadaebook/dp/B008C82SAC/ref=sr_1_2?ie=UTF8&qid=1400085397&sr=8-2&keywords=desaforada), relatos varios...

Cuando los vértices se juntan

Montenegro, Richard

La sierpe de plata se desliza rápida por los campos plagados de postes eléctricos mientras el paisaje vanamente intenta aferrarse a su piel. Tan rápida e inexorable como el expreso donde la vida va, plácidamente sentada leyendo el periódico y degustando un té con galletas, rumbo a la muerte.

Él despertó en la mañana. No había nadie en el cielo raso metálico. La noche había sido buena porque el ronroneo amortiguado del expreso le había arrullado durante todo el trayecto acallando las voces que bullían en su cabeza. Bajó del catre anatómico y se posó frente al lavabo. Se examinó el rostro, la barba le había crecido bastante y la esclerótica estaba algo amarillenta. Entró a la minúscula ducha y se echó unas gotas aclarantes en los ojos. Giró la llave y una fina lluvia comenzó a tocarlo de manera obscena mientras esparcía sobre su piel un costoso jabón líquido adecuado para su pH. Luego procedió a afeitarse con su espuma habitual y su máquina de seis cuchillas. Al terminar de afeitarse toma una bolsa plástica de cierre hermético y con sumo cuidado comienza a recolectar los restos espumosos de barba que yacían huérfanos sobre la reflectante superficie del lavabo. Se dedicaba a esta tarea pensando en el tiempo que tardó esta sierpe de aluminio en recorrer este país. Tuvieron que pasar dos siglos y pico para que el ferrocarril se instalara en esta parte del mundo y casi no se queda gracias a esa serie de accidentes que sufrieron las máquinas chinas. Inolvidable fue el choque y descarrilamiento sobre el soberbio Orinoco. Nuestro presente no es más que una pesadilla victoriana propulsada con electricidad y con conexión Wi-Fi. Él dijo para sus adentros: “Menos mal que voy en una eficiente unidad alemana”. Revisó con cuidado el lavabo para ver si algún resto de su barba había escapado de su cacería y al estar seguro cierra la bolsa y la guarda en un bolsillo de su mochila. No pensaba abandonarla. Se secó su cabellera y trepó a su catre donde una sombra, reflejada en el techo bruñido, le decía que esperara a que la sierpe plateada mordiera la estación destinada a él mientras, afilaba con parsimonia su cuchillo de monte.

El sol se escurre entre las porosas cortinas. La secretaria observa el reloj cucú, uno de esos que hacen en la Colonia Tovar, ese retoño tropical de Kaiserstuhl. Se levanta, va hacia la ventana y mira hacia la acera izquierda. Ahí viene uno de los pacientes predilectos del Doctor; una predilección que ella no comparte. Él levanta el rostro, la ve y por saludo solo da una económica reverencia. Corre la cortina, se sienta y por el intercomunicador le avisa al doctor:

- Doctor Jung, su víctima preferida se acerca al consultorio.
- Gracias Freudland, recíbalo con todos los honores.

Y de mala gana la señorita espera la llegada del caminante. Contabiliza el tiempo que según el principio de incertidumbre, debía tardar en dar el salto de la calle al consultorio. Escucha el descompasado caminar de esa persona, mira el reloj y como siempre se equivoca en el cálculo. La puerta cede y emerge la figura recortada del individuo. Entra y la Secretaria da inicio a su tradicional y trivial duelo de adivinar los autores de citas célebres y como era usual ella pierde. Entonces, ella aspira un poco de aire, agarra un

lápiz y lo parte. El rostro del descompasado personaje se encomilla, mostrando media sonrisa, se encoge de hombros y le dice:

— Esas clases de yoga le sientan bien.

Luego mira a una puerta, que escupe la barbada figura del Doctor a la escena que sonrío y comenta:

— Amigo mío, tanto tiempo sin verlo. Veo que su cabello está algo más largo, pero venga pase.

El Caminante no demuestra ninguna reacción, mira hacia un lado y ve en una mesa un jarrón con enormes tulipanes holandeses frescos vestidos de colores dignos del mejor alucinógeno, evidentemente eran transgénéticos. Se les acerca, toma uno y al entrar a la oficina afirma:

— A usted le gusta gastar bien su dinero, definitivamente la crisis no tocó su consultorio.

El Doctor le sigue, cierra la puerta y responde:

— Bueno, amigo mío esas son las ventajas de un nombre establecido y de ciertos ajustes en la tarifa, usted me entiende, je je jemmm.

—Creo que lo entiendo. En fin que se puede esperar si patentaron la variedad original del maíz. Hoy serán tulipanes, mañana será usted o yo. ¿Quién sabe si algún día hallan el ADN del espíritu? Si lo hacen le aseguro que Anyway lo venderá concentrado en envases de seis litros a todos sus afiliados. Me imagino que uno de los lemas que usaran los tele-vendedores será: ¡Una gota te durara sesenta años! ¡Llame ya, a los teléfonos en pantalla! ¡Satisfacción garantizada!

El Doctor, permaneció en silencio, solo sonreía y el Caminante al terminar de hablar se recuesta en el sofá estilo Chippendale. El Doctor se deja caer en su sillón y le pregunta:

— ¿Dónde estuviste, en todo este tiempo?

— De viaje, como siempre a pie o en lo que se pudiera.

— ¿A dónde?

— Entre otros sitios, a Korkos, Machu Pichu y Tiahuanaco.

— ¿Podría contarme algo interesante?

— ¿Por qué no?, Aunque creo que no debo.

— Pero por qué no, amigo relájate recuerda que aquí puedes contarme todo. Lo que aquí se dice aquí se queda.

— Es que... ¿Eso es lo que realmente dudo?

— ¿Pero cómo? , desconfías acaso de mi capacidad profesional. Dice el Doctor con cierta molestia.

— Bueno doctor (evasivo), ah, su esposa por cierto ¿cómo esta?

— Muy bien, de maravilla, no te imaginas como le han asentado las clases de Power yoga.

— En serio, uhmm, ¿sabe algo Doctor?, su esposa lo engaña.

— ¡Pero! ¿Cómo se le ocurre? ¿Cómo? ¿Con quién? ¡No! ¿Debes estar equivocado?

— Pues no estoy equivocado. Ah y es justamente en las clases de yoga y con su mano derecha, bueno en su caso de su izquierda; ¿pero acaso no se dio cuenta de que ahora son

inseparables?

El Doctor, solo alcanza a balbucear, frío y sudoroso hasta que se levanta, abre la puerta y grita:

— ¡Freudland!

Ella solo atina a verle perpleja, intuyendo el motivo de tal comportamiento. El Caminante sonríe recordando que según Freud las mujeres envidiaban el falo; pero este no era ese caso. Este triángulo dispararía las ventas de Psifarándula. Esa revista española que ni él y ni el Doctor leían. Esta sería una noticia de primera plana como la del alcoholismo del autor de “*Tus Zonas Erróneas*”. Toma su mochila, saca de un bolsillo una bolsa de plástico con cierre hermético, la abre y mastica con gusto un poco del contenido.

Apenas se puede escuchar un chasquido giratorio que abre la puerta, dejando entrar a la recepción un:

— Hola Feudland!

Luego voltea, abre los brazos y dice con una descomunal sonrisa:

— ¡Hoooola Querid...

— ¡Tu! ¡P...!

Dijo el Doctor entre otras cosas, al mismo tiempo que cerraba con fuerza sus puños. El trío ahora se completaba. La discusión se acalora y vuelan objetos por todo el consultorio. El Caminante seguía embelesado con el preparado de la bolsa, se mete el dedo en la boca para humedecerlo luego lo mete en la bolsa para despojarla de cualquier resto y lo saborea con gusto. Ya vacía ahoga la bolsa entre sus manos y la arroja al cesto de basura. La bolsa tenía estampado lo siguiente: Granola Artesanal, marca Anyway. El Caminante con una completa sonrisa se levanta, da un portazo, los sujeta, los arrea y los lleva al ascensor. Ahí sigue la trifulca, saca de su mochila el inmenso cuchillo de monte, se hace un silencio automático y el Caminante suelta estas palabras:

— ¿Saben? Les haré un favor.

Destroza el tablero, el elevador se detiene entre chispas. Rompe las aureolas de neón y entre gritos ahogados y una lluvia de polvo y vidrios rotos se hizo una noche súbita. Y la oscuridad fue desvirgada por un silbido en zigzag que bajaba con deseo.

Richard Montenegro. Escritor y promotor cultural, nacido en Valencia, la de Venezuela.

Perteneció a la redacción de las revistas Nostromo, Ojos de perro azul y formó parte de la plantilla de la legendaria revista universitaria de cultura Zona Tórrida de la Universidad de Carabobo. Es colaborador habitual del blog del Grupo Li Po: <http://grupolipo.blogspot.com/> .

Es autor del libro 13 fábulas y otros relatos publicado, por la editorial El Perro y la Rana, en 2007 y 2008 y coautor de la Antología terrorista del Grupo Li Po publicada por la misma editorial en el 2008. Sus crónicas y relatos han aparecido en las siguientes publicaciones periódicas venezolanas: El semanario Tiempo Universitario de la

Universidad de Carabobo, la revista “Letra Inversa” del diario Notitarde y en El Venezolano, Diario de Guayana.

El Teletransportador De Lisio, Marcelo

La señora Gutiérrez siempre había sido ilusa o tirana con sus hijos. Pensaba que porque habían salido de la misma panza podrían volver a compartir el mismo espacio cuando quisiera, y que mágicamente los problemas entre ambos se arreglarían. Por eso, en el invierno de 2015, cuando Mario y Augusto estaban peleados a muerte, Didi Gutiérrez, organizó un cumpleaños sorpresa para los dos, sin importar que uno cumpliera en marzo y el otro en noviembre; uno doce y el otro quince.

La fiesta, como era de esperarse, fue un desastre total. La temática (el amor entre hermanos), la diferencia de edades, la ausencia de invitados, el frío (aquel 15 de julio de 2015 congeló las cañerías de la casa y debieron bañarse con agua fría), el indivisible regalo (un hámster que llamaron Dolly), finalizó con Mario y Augusto a las trompadas.

Pasó lo mismo cuando eran adolescentes. La señora Didi los obligó a jugar juntos en el equipo de fútbol del *Club Tuyutí* para que se reconciliaran de una pelea de polleras, sin advertir que ambos jugaban en la misma posición. Los dos número nueve del equipo, los hermanos Gutiérrez, terminaron otra vez a las piñas, el partido se suspendió y el Club cerró por dos meses.

Ocurrió nuevamente cuando Mario y Augusto estaban desempleados, y la madre los obligó a trabajar con su amigo Gregorio en la misma empresa de telefonía; ambos despedidos a la semana por pelear en el trabajo, caída de ventas y el cierre de la empresa.

Los hermanos se habían criado juntos, pero parecía que cada vez que compartían el mismo espacio, solo había una segura y nefasta resolución.

Por eso, cuando Augusto se marchó lejos, por primera vez Mario se sintió aliviado. Esa vez habían discutido por una deuda de juego. “No había sido para tanto, una diferencia de treinta y cinco pesos, el precio del paquete del arroz” había dicho Gregorio tratando de mediar en el conflicto, pero los hermanos no volvieron a hablarse.

Pasaron los años y no se supo más de Augusto. “La distancia corroe los vínculos más rápido que las peleas, pero por lo menos dejan íntegro el espíritu de uno” reflexionó nuevamente Gregorio, insinuando que desde la partida de Augusto la familia andaba mejor (aunque el país seguía empeorando, la nafta se había ido a las nubes y el precio del arroz ya estaba en cuarenta y tres pesos).

Sin embargo, la Sra. Gutiérrez hizo su último acto para reunirlos. No lloró, no se enfermó, no suplicó; se endeudó hasta el fin de los tiempos: compró el Teli 275 ¡en dólares!

Augusto, afecto a lo medieval, le había dicho a Mario alguna vez, que los reyes de la Edad Media controlaban a sus caballeros mediante un sistema muy particular. Le compraban un regalo tan caro que la única manera de devolver el favor era poniéndose a su servicio. Eso hizo Didi cuando le regaló a Mario el Teli 275 para que se reúna con su hermano.

Para Mario “El Augusto” era un caso cerrado desde que se enteró que se había radicado en la localidad de Garruchos, en la provincia de Corrientes. Pero el Teli 275 reabrió la vieja herida.

El Teletransportador de Mario era el tercero en la provincia. El primero lo tenía el ex Gobernador de Misiones, Jorge Solé, el otro, un actor de telenovela, Sergio Echeverría. Al primero le permitió cumplir con los ciento cinco actos de campaña del mes de diciembre. Al segundo, según la revista “*Corazones*”, le facilitó una visita a todo su club de fans el día de la premier del film “*El caza recompensas*”.

En un pueblo como Apóstoles, el Teli 275 era cosa rara. Sobre todo porque ya no circulaba nada por las calles, ni autos nafteros ni híbridos. En Europa, en cambio, se usaba hacía rato; la gente ya no utilizaba los antiguos medios de transporte. Era del tamaño de una pila (eso decían los anuncios) y con solo presionar un botón y pensar en un lugar, el portador se trasladaba donde quería.

Cuando Mario se enteró del regalo tenía esa imagen en mente. Pero luego descubrió que los modelos para Argentina (decía la caja: no utilizable fuera de Argentina, posibles efectos secundarios: vómitos, diarrea, ataques de pánico) eran muy diferentes.

El envío llegó a la vieja estación que era una polvareda de tierra sin uso. El paquete era grande y al parecer había sido teletransportado de Europa (en cambio las teletransportaciones de Argentina a Europa requerían enorme papelería y pérdida de tiempo que nadie se molestaba en hacer. Se desconfiaba que en estas teletransportaciones internacionales viajase algo o alguien más que lo declarado en los formularios de aduana).

Cuando Mario abrió el paquete se encontró con un aparato un poco más grande que una pila, era más bien del tamaño de un carrito de supermercado. Incluso tenía rueditas plegables.

La versión nacional del Teli 275 no tenía un solo botón, sino cincuenta y cuatro y un manual de trescientas veinte páginas.

Ni bien llegó a su casa se puso a mirar el manual “¿Cómo se pasa de un botón a cincuenta y cuatro?” se preguntó Mario con sus anteojos de leer puestos. La diferencia estribaba en algo sencillo. En Europa la gente ya pensaba en coordenadas de GPS, por eso con un botón (encendido) y una coordenada clara y precisa la teletransportación era exitosa. Nadie terminaba en el baño del vecino. Sin embargo Argentina era la tierra del “acá derecho” o “dos cuadras para arriba”, las coordenadas no eran claras, de ahí la necesidad de cincuenta y cuatro botones que asistan geográficamente al usuario en los vaivenes del territorio nacional.

Para Mario, el problema de las coordenadas no era tan grave, pues su madre tenía en claro dónde debía ir. Un solo lugar: “El Bar del Augusto, Garruchos, Corrientes”. El problema principal con el Teletransportador era otro: la señal.

El Teletransportador funcionaba con señales satelitales, similares a las de Internet. La compañía de teletransportación “AyCO” (Abrir y Cerrar de Ojos), ofrecía mejores servicios en algunas zonas como Buenos Aires, donde el mercado era más grande, mientras que en el interior, las señales no existían, o en el mejor de los casos, las conexiones eran débiles.

Mario desconocía todas estas cuestiones y mandó a llamar a Gregorio, quien nunca había usado dicha tecnología pero había trabajado más tiempo en la compañía de celulares de la ciudad. Juntos leyeron los manuales por tres días. Gregorio le resaltó

nuevos riesgos del Teli 275: “¿Y si nunca llegaba a destino el Mario?” “¿O si llegaba demasiado tarde?” Y es que el Gregorio, con básicos conocimientos de tecnología celular, comprendió algo que Mario y la Sra. Gutiérrez no comprenderían ni en dos vidas. A saber: que para que la teletransportación sea exitosa requería de dos señales: la primera en el lugar en el cual estaba el usuario, la que le permitía desintegrarse atómicamente (aunque Mario entendió “anatómicamente” y un frío le corrió por la espalda) para emprender el viaje deseado; y la segunda, en el lugar hacia donde se quería ir, para recomponer esos átomos en la misma persona de carne y alma y poder llegar a destino.

Mientras Didi Gutiérrez preparaba unos mates con anís, Gregorio explicó que Garruchos era famosa por la falta de señal. “¿Qué pasaría si el Mario se desintegrara en mil pedazos y nunca encontrara esa señal que le permitiese volver a la vida?” “¿Qué pasaría si el Mario viajara hoy pero llegase dentro de dos meses, cuando hubiese señal en Garruchos?” “¿No sería más prudente probar el primer viaje con la Dolly XV, el canario de los Gutiérrez?”. La Sra. Gutiérrez, acostumbrada a obviar los problemas, negaba con la cabeza y respondía con una sonrisa forzada todas las preguntas. – ¿Y si ya fuese muy tarde para Augusto? – preguntó Gregorio con voz grave mirando a la Sra. Gutiérrez. – Le había pasado al ex Gobernador, quien había llegado tan tarde al primer acto de su campaña electoral en Mojón Grande que se perdió la elección. El diario “*El Territorio*” informó que, dos meses después, tres campesinos perplejos de San Javier habían visto aparecer de la nada, entre rayos y luces, a un hombre desnudo que alegaba haber quedado atrapado en el Teletransportador demasiado tiempo. A pesar de sus protestas, no se volvieron a realizar las elecciones. No por nada en el interior del país, el Ministerio de Comunicación y Tecnología de la Nación, solo recomendaba la teletransportación de carga (no de personas).

Marcaron las doce y la Dolly XV observaba la sala nerviosa desde su jaula (fue idea de Augusto la de utilizar el mismo nombre para las mascotas de la familia con la clara intención de armar una genealogía medieval en la casa). Nuevamente sonaron las doce, el canario soltó un chillido agudo, y Gregorio, con cierta inquietud, dijo entre dientes, como retomando una verdad olvidada: – Además, tu hermano siempre fue un poco abusivo.

A pesar de las recomendaciones del Gregorio y la apatía de su madre, Mario se decidió a viajar. Para tranquilizar a su amigo bromeó: – después de todo, el problema de señal no es tan grave, hasta quizás tenga suerte y nunca encuentre a mi hermano –. A sus ojos, lo más grave era repetir otra vez la vieja escena de las trompadas, aunque en el fondo lo extrañaba un poco.

Naturalmente Mario no podía ir acompañado, porque el Teli 275 era de uso individual, ¡no vaya a ser que se mezclen las partículas y salga un mutante! En Rusia, donde había vuelto el comunismo, probaron los Telis Colectivos. Los resultados, dicen, fueron espantosos.

Apenado de no poder llevar su equipo de mate, pues no quería terminar mitad termo mitad humano, se decidió a viajar (a riesgo propio, decía el manual) con una musculosita blanca, unos shorts cortos del Club Tuyutí y unas ojotas brasileras.

Allí, los tres reunidos en el living de la Sra. Gutiérrez, aguardaron el iniciado del aparato, la búsqueda de señal y la carga de datos del viaje. Mario se introdujo con alguna

dificultad en el Teletransportador; tuvo que empujar dos veces sus piernas para adentro de tanto que le quedaban colgadas para afuera. Ahí nomás conoció la absoluta desintegración atómica de su cuerpo. En pleno viaje, le aparecieron imágenes del Augusto, las piropadas en el bar del turco, los pedos falsos que tanto lo hacían reír, tantos recuerdos que a Mario le dibujaron una sonrisa...

Hubo un destello y un poco de humo. El Gregorio pestañeó dos veces y ahí estaba Mario en el coche despatarrado a su lado. Sus ropas estaban rasgadas y su rostro hinchado, de su labio inferior corría un fino hilo de sangre.

– ¿Lo encontraste? – le gritaron eufóricamente su madre y su mejor amigo.

– ¡Sí! – Respondió Mario con la boca adormecida – mejor ni les cuento...

Mi nombre es **Marcelo De Lisio** y soy Profesor de Historia de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente vivo en Apóstoles, Misiones, donde trabajo como docente. Siempre me fascinó la ciencia ficción (aunque no estoy del todo seguro de apegarme estrictamente al género). “¿Quién habló de robots? y otros cuentos”, es mi primer libro publicado. Los escenarios, los personajes, las temáticas y los paisajes del libro son producto de mi vida en un pueblito chico, religioso, rural, en el que pensar la ciencia ficción es tener que pensar en la familia, las costumbres del pueblo y los grandes espacios verdes, antes que en los avances tecnológicos o los avances de la modernidad.

Greix

By Pacoman

Corría y seguía corriendo. El sudor resbalaba por su redondo cuerpo. Las fofas carnes al saltar producían el característico sonido de grasa sobre grasa. En su mente asfixiada en sebo podía ver el círculo que se estrechaba, creía sentirlos, sólo era cuestión de instantes que lo alcanzasen. Siguió corriendo y corriendo. El aire se negaba a entrar en la tráquea estrangulada por el tejido adiposo. Tras de sí dejaba el tufo de los gordos antes de morir, el reguero de sudor lo delataba como cartel luminoso.

Corría y seguía corriendo. En su cerebro la esquina se resistía a ser alcanzada, sus pasos menguaban y la interminable distancia a la bocacalle no se reducía. Los perseguidores estaban encima, le alcanzaban, su aliento sediento de su sebo le azotaba su rolliza nuca. Siguió corriendo y corriendo, el sudor manaba de su atocinado cuerpo como saliva de perro de Paulov. El riachuelo que fluía de su gordura permitía engrasar la maquinaria de la ciudad durante un mes.

Corría y seguía corriendo, los golpes caían sobre su carnosa espalda, los impactos traspasaban las infinitas capas sebáceas y herían su cuerpo. El dolor aplastado por el peso de su humanidad se abría camino y le producían ganas de vomitar. Seguía corriendo y corriendo, los perseguidores habían acomodado la carrera a su trote cochinerero. Los puñetazos, patadas y dentelladas caían en su achaparrado cuerpo pausadamente. El caudal de sudación caía envuelto de rugidos de fuente en fiestas.

Corría y seguía corriendo. La lejana esquina harta de huir del gordo corredor, se dejó atrapar entre sollozos de doncella violada. Con el último aliento y las carnes abiertas en sangriento saludo a sus perseguidores, ganó la esquina. Nunca más seguiría corriendo y corriendo, el silbante tajo de la yugular paralizó su porcino trote. La sorpresa del escalofrío del acero sesgando la epidermis, rajando la arteria y rompiendo el músculo, cedió paso al pánico. Incapaz de contener el raudal del rojo elemento, se permitió caer al suelo entre aplausos de sus maltrechas carnes. Sangre y sudor se mezclaban en humanas morcillas, delicia de ratas e indigentes.

Moría y seguía muriendo. La mezcla de embutido amenazaba con ahogar a los perseguidores y el improvisado matarife se vio comprometido a cumplir su obligación.

Por el artículo veintitrés de la Constitución de Europa y el decreto cuatro barra Junio guión dos mil treinta y cinco de la Comisión delegada y por el reglamento jurisdiccional de los agentes Preceptores del Orden. Se te sentencia y ejecuta por la evidente violación del artículo tres de la Constitución. El forense corroborará la apreciación de culpabilidad. Tu ajusticiamiento se registra con el código: 002/agente 1.456 Ec, Peter Martínez/ 3 de Sep. 2047.

Moría y seguía muriendo. La morcilla líquida le asfixiaba, con los últimos restos de energía de sus músculos levantó la cabeza del enorme charco que brotaba a dúo de su sudoroso montón de grasas y el corte en su garganta. Los ojos se nublaban pero mientras moría y seguía muriendo contempló cómo el agente que le había ejecutado, se ponía a buen recaudo del mar de humores que amenazaba inundar la calle. Murió asfixiado entre sudor y sangre.

El lejano zumbido, fue creciendo por momentos y se hizo evidente que el despertador invitaba a abandonar al solícito Morfeo. Pedro agradeció el sonido que le despabilaba cada mañana laborable. Las gruesas pesadillas le estaban gastando la salud mental. Su cabo no dejaba de sonreír al observar sus crecientes ojeras, fruto según su opinión de cacerías nocturnas tras musulmanas, que poder violar bajo la impunidad de su ilegalidad.

- Juan ¿Cómo estás?
 - Hola Pedro. Tienes más ojeras, que pelos el bigote de una mora.
 - Calla, calla. Las pesadillas de gordos no me dejan en paz.
 - ¡Hostia!, ¿sabes que Manolo está fuera de servicio por baja?
 - No, ¿Qué le ha pasado? preguntó Pedro con inquietud.
 - Se ve, que fue a "beneficiarse" moras y hartó de no encontrarlas, él y los demás se fueron a las chabolas beréberes y le prendieron fuego a una.
 - ¡Qué!, ¿que hicieron qué? cuestionó Pedro.
 - Sí tío, le metieron fuego al chamizo; cuando salía una tía la agarraban y al resto se lo cargaban.
 - ¡Joder!, que huevos le echaron.
 - Sí, pero el último de esos perros, salió con escopeta y se llevó por delante a Manolo.
 - Se le va a caer el pelo.
 - ¡Bah!, no lo creo. ¿a quién le importa un moro más o menos? afirmó Juan mientras acababa de ponerse el uniforme.
- "Agentes Peter Martínez y John García, acción de servicio. Repito, agentes Peter Martínez y John García acción de servicio".
- Mierda Pedro, muévete que ya tenemos "faenita".
 - Joder.
 - Da gracias, que al ser tan temprano, ésta no lo querrán retransmitir.
 - Sí, pero tampoco nos pagarán prima por el espectáculo soltó Pedro mientras cerraba la taquilla y se ponía bien el casco.

El vehículo se acercó lentamente a la dirección que indicaba la orden de acción. El edificio no revelaba la existencia en su interior de una posible violación del artículo tercero.

Los gordos eran gentes normales, buenas personas, sus amigos no notaban nada extraño en su comportamiento. Pero un buen día, comían más de la cuenta y su organismo era incapaz de desechar el exceso de nutrientes y comenzaba la degeneración de su esencia humana. La repugnante grasa se infiltraba en sus tejidos y simultáneamente su adecuación a la sociedad desaparecía. Un gordo es inhumano, un delincuente, es un peligro para la sociedad, un egoísta y sobre todo una anormalidad estética. La familia de un gordo es peligrosa, debe ser aislada y estudiada para evitar futuros casos. Europa se protege de este peligro social y elimina el problema en cuanto aparece por la raíz.

Pedro y Juan corrieron hacia la puerta. ¡Boom!, patada y puerta al suelo. Una voltereta con caída en posición de acecho.

– ¡Que nadie se mueva!, agentes del orden. Esto es una operación oficial. Todos quietos y no pasará nada chilló Juan desde el centro de la habitación.

Pedro cubría las entradas a la estancia, pero nada se movió, parpadeó o respiró. Lentamente Juan se levantó del suelo, hizo un gesto a Pedro y se acercó a la primera puerta. Abrió y miró, el cuarto estaba vacío.

Pedro mira arriba, yo registré aquí.

Pedro asintió con la cabeza y subió por las escaleras de la casa. La puerta de lo que parecía un lavabo, estaba cerrada. La intentó abrir. El cerrojo no cedió. El agente Preceptor del orden tomó impulso y la derribó con el hombro. Cayendo observó la gorda en el centro de la estancia.

– ¡Gordo! – chilló Pedro, mientras se incorporaba sin dejar de apuntar a la criminal.

– Sí soy una gorda replicó la repelente cuasi-mujer.

– Calla, engendro de Satanás. Y no intentes nada espetó sorprendido Pedro, mientras observaba a su alrededor en busca de alguna trampa.

– ¿Tanto miedo me tienes?, sólo soy ...

– ¡Calla, monstruo! – interrumpió Pedro a la vez que le golpeaba la cara con el anverso de la mano. La gorda cayó con sonido amortiguado.

Juan entró en el lavabo, cuchillo en mano.

- Eh, ¡qué pasa aquí! se abalanzó sobre la caída obesa y con un ágil gesto seccionó las venas y arterias del cuello.

El río carmesí brotaba de la herida y la tráquea abierta pitaba en un intento de chillido.

Por el artículo veintitrés de la Constitución de Europa y el decreto cuatro, Junio del 2035 de la Comisión delegada y por el reglamento de Preceptores del Orden. Por ser gorda te sentencio y ejecuto. El forense lo legalizará. Tu registro es: 001/agente 1.134 Ec, John García /15 de Oct. 2047. – ¿Qué te pasaba Pedro? ¿Por qué estaba todavía viva? – inquirió con agresividad.

Pedro seguía observando cómo la gorda moría de asfixia, el aire no acertaba a entrar por la tráquea anegada.

Cuánta sangre tienen los gordos. Por lo menos un litro más que nosotros. Fíjate va a inundar el cuarto.

– Tío, ¿qué tienes?, ¿te ha hecho algo? preguntó Juan.

– ¿Crees que escuchan la sentencia?.

– Eh, tío estás mal. ¡Reacciona!, ¿por qué no te la cargaste?.

– Me habló. No intentó huir, ni pegarme, se quedó ahí en medio y me habló.

- Un gordo hablando, ¿estás seguro?

– Sí.

– ¡Bah!, vámonos. – Venga, fuera Juan echó un vistazo al grueso cuerpo caído en medio del gran charco. – Vámonos, está muerta.

El ambiente en el interior del vehículo era tenso, Juan no entendía nada y Pedro no rompía su silencio.

– Duermes poco y mal. Mira, esta noche te vienes a follar negras.

Pedro no dijo nada. Juan le miró y la incipiente sonrisa se congeló en los labios.

– Mierda tío. Va, despierta. ¿Cuánto tiempo hace que no la metes en caliente? los continuos intentos de Juan no hicieron efecto, Pedro seguía cabizbajo.

Durante bastante tiempo el silencio llenó el vehículo.

– Sabes Juan, en mis pesadillas yo soy el gordo.

– Mira Pedro, tienes que ir al "arregla seseras", no estás bien.

– Creo que piensan. En la pesadilla lo hacen, además la gorda me habló.

– Tío, en la central ni se te ocurra decirlo y porque los de la tele no estaban, que sino estás bien jodido soltó Juan observando la reacción de Pedro.

– ¿Tú crees que ...

– Cállate y no sigas. Un gordo es un subnormal, un criminal y además no piensan. ¡Te enteras! Juan intentaba contenerse, Pedro había sido un buen compañero y amigo, el problema es que dormía mal.

– A ver Pedro, jodes poco, siempre te lo he dicho. Esta noche te vienes conmigo y nos tiramos unas negritas. ¿Vale? Sabes, José el de "anti-socialistas", me ha dicho que en la montaña hay unas dominicanas que acaban de llegar. Venga, cepillarnos alguna estará chupado.

– Gracias Juan, pero no... no puedo.

– Pedro, si insistes en ser un cabezota voy a tener que contarlo en la central. Eres mi amigo pero no me voy a dejar emplumar por tus tonterías.

El mutismo de Pedro impuso su ley, la pesadez del ambiente era más que evidente y Juan comenzaba a creer que Pedro tenía más problemas de los que podía digerir.

La tarde era plomiza y desde la ventana de su apartamento la ciudad de sus pies era aún más gris. La suciedad de los cristales no impedía ver lo frío y deprimente de las fachadas diseñadas por el gusto de dos décadas atrás. Pedro apartó la frente del gélido cristal y se dirigió al interior del oscuro cuartucho. Marcó el número privado del jefe.

– Sí – dígame respondió la voz del jefe de sección de los Preceptores del Orden.

– Soy el agente Peter, señor respondió dócilmente Pedro.

– Hombre Pedro, ¿Cómo estás?, hace tiempo que no te veo.

– Bien... bueno no. Señor quiero que me traslade.

– ¿Por qué?, eres un buen agente y nunca has tenido problemas.

– Es que..., sueño señor. Sueño con gordos que piensan y hoy una gorda me habló. No creo que pueda seguir ajusticiando gordos, señor.

– Algo he oído. Te voy a dar un consejo: no vuelvas a decir nunca más que un gordo te habló. Pedro eres un buen hombre y te tengo aprecio, pero si te empeñas en decir que los gordos hablan, no podré hacer nada por ti. ¿Lo entiendes?

– Si, señor. Gracias señor contestó servilmente. La ansiedad le crecía en el estómago.

– Señor, ¿me va a trasladar? preguntó dubitativamente Pedro.

– Pedro, ¿estás seguro de querer trasladarte?. Y si descansas unos días y luego lo comentamos. Eh, ¿qué te parece?

– Bueno... señor, creo que sería lo mismo. No creo que pueda seguir, señor.

– Bien, como tú quieras. Creo que hay una vacante en el servicio de Evaluación de subversión intelectual y otra en el de Control esterilizador de teratológicos.

- Perdón señor, no... no los conozco.
- Creo que les llamáis "anti-socialistas" y "Subnormales".
- No sé, señor. ¿Cuál me recomienda?, señor.
- Para ti creo que el mejor será el servicio de deficientes.
- ¿Qué tendré que hacer?, señor.
- Es fácil, deberás captar a los subnormales.
- Perdona señor, ¿Por qué no se eliminan?
- Bueno, creo que los médicos necesitan probar sus medicinas... pero no te preocupes, tú sólo tienes que meterle los cojones en una solución a cuatrocientos cincuenta y un grados Fahrenheit.
- Gracias... gracias por todo señor Bradbury.

¿Quién habló de robots? De Lisio, Marcelo

Le dijeron, pues él nunca salía de la habitación, que la nueva municipalidad, con un robot como Intendente a la cabeza, era muy estricta en cuanto al cuidado del medio ambiente. Don Manuel, hombre de ochenta y cinco años, poco interesado en esta vida, creyó confirmarlo un sábado temprano en la mañana, cuando le llegó el comunicado oficial con el logo de la flor estampado.

– ¡La nota, Laurita! – gritó golpeando el respaldo de la cama con el bastón en préstamo del PAMI. Tenía la voz gastada y su boca era una represa de saliva a punto de estallar. Una joven de quince años, lánguida y despreocupada, apareció en la habitación con el papel en la mano. – Noelia es mi nombre Don – dijo la chica, manteniendo una distancia prudencial con el patrón en cama. Don Manuel Gutiérrez la quedó mirando reflexivo, tratando de recordar día, mes, año, o lugar de contratación de la doméstica desconocida. Noelia, adivinando su dificultad, replicó: – su hijo me contrató hace dos meses –.

La oscuridad creada por la ventana clausurada no le dejaba ver el rostro de la muchacha. A pesar de sus quejas, nadie había terminado de desbloquearla. “Por los robos”, le había dicho su hijo la última vez que lo vio. Inútilmente, Don Manuel le explicó que temía más por el jardín de Nora que por lo que tenía dentro de la casa.

– ¡Leo el comunicado otra vez! – dijo fastidiada la chica. Leyó rápido, sin ocultar cierta diversión:

“Sr. Ciudadano: Es de común acuerdo entre los habitantes de nuestra ciudad que el cuidado de nuestro hábitat ecológico es, hoy día, una prioridad en todas las sociedades del mundo. En este sentido, se redactó la ordenanza N° 1468/11, que establece como obligatoria la colocación del cesto de basura reglamentario en todos los hogares de la ciudad, respetando la siguiente estipulación: color del cesto: verde, con tres compartimentos: uno para basura orgánica, otro para inorgánica y otro para objetos duros y/o metálicos que sirvan para reciclado de partes biomecánicas. Se le otorga un plazo de 24hs. para su colocación so pena de las consecuencias estipuladas en la carta orgánica de nuestra localidad.”

Luego de leerla, la niña aclaró que la carta estaba firmada por el Intendente Mario Racu. Y destacó, con cierta gracia, que anteponiéndose al nombre y al cargo se había agregado la palabra “ROBOT” con letra mayúscula.

– ¿Reciclado de partes biomecánicas? – interpeló indignado Don Manuel. Un hombre que con el paso del tiempo solo veía en la política corrupción, en el deporte la victoria de los grandes equipos y en las noticias, desgracias. Se sintió mareado, y como en las películas de ciencia ficción en las que los personajes viajan al futuro, se preguntó qué año era ese.

Don Manuel había vivido mucho: dos grandes guerras mundiales, un amor, un funeral y la soledad. Se preocupó de joven por la justicia social, la tecnología y la paz mundial. Pero nunca se preparó para estas dos nuevas preocupaciones: los robots, pero sobre todo, la basura. Al menos, de los robots había visto muchas películas durante la *Guerra Fría*,

aunque siempre los consideró una fantasía. De la basura, sin embargo, siempre se había encargado Nora.

– ¿No tenemos tacho nosotros ya? – preguntó Don Manuel y sintió un profundo olor a podrido que provenía del patio trasero. Tosió dos o tres veces y soltó una saliva que caía y subía por su boca como una goma de mascar. Sintió que la doméstica lo incomodaba con la mirada fija y que se contenía para no reír. “Ya no vienen respetuosas como antes”, pensó el anciano y volvió a formular la misma pregunta, esta vez con la boca seca, ya que la baba se había aflojado sobre la colcha.

– ¡Don, no puedo repetirle ochenta veces lo mismo! – rebatió irritada la jovencita, pero el dueño de casa jamás había escuchado la respuesta, seguro que menos la repetición. – ¿Pero dónde miércoles tiramos la basura acá? – estalló en gritos Don Manuel y notó que hablaba solo, a un cuarto vacío.

Sonó el teléfono bajo la almohada. – José Álvarez, Doctor en Ciencias Jurídicas – se presentó una voz nerviosa que pretendía aparentar seriedad. Don Manuel Gutiérrez, viejo, y ya lento para hablar con fluidez, no logró evitar que el abogado se respondiera a sí mismo. – Le agradezco que me haya llamado y me haya puesto al tanto de su situación. Me interesó mucho su caso – dijo el abogado utilizando la estrategia de la falsa llamada. Del otro lado de la línea, Don Manuel se quedó preguntando quién había llamado a quién, sin caer del todo en la trampa. – ¿Qué caso? – dijo furioso Don Manuel, dándose cuenta, a través de un arduo razonamiento, que no podía ser él quien había llamado al abogado, pues estaba seguro de no haber usado el teléfono en los últimos meses y además, no estaba todavía claro en su mente cómo funcionaba aquel aparato.

– El que usted se niega a tirar la basura siguiendo las estipulaciones que propone el robot Intendente –.

– Disculpe, pero usted entendió todo mal. Yo ya tengo cesto Sr. Álvarez. No tengo ningún problema con la basura, ni creo que la misma sea tan importante como para hacer de ella un caso judicial o una causa política – Don Manuel apostó que con esa brutal contestación, podría volver a dormirse un rato más.

– Estoy con usted de acuerdo en todo, pero una sugerencia: no vaya a decir eso delante del robot Intendente porque acabaría preso. Los tiempos han cambiado, Don Manuel. La ecología es hoy la preocupación principal de la humanidad. No crea que el Intendente ganó las elecciones solo por ser frío y calculador, o por ser menos corruptible que los otros candidatos. Ganó porque hoy día el robot es el que más defiende los derechos de la naturaleza frente a las agresiones y abusos de los humanos. Eso sí, a costa de nuestros ciudadanos – agregó el abogado con rencor. – Yo no lo voté y seguro que usted tampoco – completó sin respirar, pretendiendo familiarizar al viejo con su causa –, pero tampoco hay que ser ingenuo y creer que solo lo votaron los jardineros o los botánicos del centro de la ciudad.

– ¿Qué? – alcanzó a decir Don Manuel, desistiendo de la difícil tarea de recordar la película en blanco y negro que había sido su última elección municipal. Por más que lo intentase no podía acordarse a quién había elegido. Sin embargo, de tres cosas estaba seguro: no había sido un comunista, ni alienígena y menos un robot; porque los robots, si mal no recordaba, no existían para esa época.

– Tenga cuidado Don Manuel, muchos hacen de la ecología un negocio – aconsejó el Dr. Álvarez con gravedad –. Todo el tiempo se cambia el color de los cestos reglamentarios. Hoy tiene que ser de color verde, mañana rojo, y pasado quién sabe, tal vez naranja, como el cabello artificial del Intendente –. El abogado forzó una risita, que paradójicamente, Don Manuel juzgó bastante artificial.

– Si el pobre ciudadano no cambia el cesto, el Intendente, con su lógica mecánica, no entiende razones y cobra la multa, mete preso; todo por el bien de la naturaleza ¿vivo? ¿Y los humanos qué? – terminó por preguntar, pensando que con esas incógnitas el abuelo se engancharía con el asunto inmediatamente –. Don Manuel no respondió, pues estaba sintiendo las primeras señales del sueño. La mano que sostenía el teléfono estaba medio dormida.

– ¿Puedo preguntar qué hace usted con la basura? – insistió el abogado.

Don Manuel alejó un momento el tubo de su oído y descansó su mano. Sin preocuparse mucho, escuchó disminuida la voz del Dr. Álvarez que proseguía su monólogo. Ansió pasear por el jardín de su mujer, sentir el aroma a jazmín, el calor del sol de la siesta, el cielo azul; pero terminó lamentándose por su invalidez, la muerte de Nora, el abandono de la familia, la insolencia de la doméstica y sobre todo por los jazmines; los más lindos de la ciudad.

– ¿Se regaron los jazmines de mi mujer? – gritó a la empleada, pensando que con esos calores no habría planta que aguante. Nadie contestó. Volvió a llamar pero le respondió el ruido del segundero del reloj. Y más al fondo, una música lejana y molesta, una de esas incompresibles para un hombre de su edad.

– ¿Tiene casos parecidos al mío? – volvió a la conversación telefónica, obligándose a interesarse por su caso; sabiendo, no obstante, que su caso era otro. – Sí, claro. – respondió el abogado, recobrando entusiasmo al ver que el anciano se comprometía con la causa – Todos terminaron presos. No los pude salvar – reconoció en voz baja –. Lamentablemente el Sr. Intendente cuenta con una red muy amplia de contactos en el Juzgado Provincial. Imagínese que la mayoría son humanos – agregó con impotencia, aunque Don Manuel percibió resentimiento. – ¿Sabe usted que se hace llamar Mario? Como si con un nombre pudiese ocultar estar hecho de metal y hojalata... ¿sabe que anteponiéndose al nombre y al cargo, se hizo agregar la palabra “ROBOT” con letra mayúscula, como si importase más esa condición que la de funcionario público? ¿Sabe que...

– ¿Qué hicieron? – interrumpió Don Manuel, poco interesado en los acertijos del abogado sobre los detalles biográficos del nuevo Intendente.

– Pastos mal recortados, cestos no reglamentarios, personas que no aceptaron el pago con flores de los sueldos atrasados, cultivo de plantas no estipuladas por la Municipalidad. En definitiva, gente que no aceptó que se ponga por encima la uniformidad de plazas recortadas y flores en extinción, sobre su propia condición de ser humano ¿Usted sabe que como la rosa está en extinción, Mario – y rió burlonamente al decir su nombre – impone la obligación de plantar al menos dos por maceta?

– ¿Está floreciendo la florcita de Nora?– preguntó Don Manuel al abogado, con una voz ida, desvariando. Fue la primera vez que logró callar al Dr. Álvarez, quien por un

segundo pareció dudar de su caso. Sin embargo el hombre de leyes obvió el acto de senilidad y no se dio por vencido.

– La prensa dice que lo que pide el robot Intendente es legal pero no ético... o al revés, no me acuerdo –. “¿Qué tiene de especial un robot que no tengan mis jazmines?” reflexionó Don Manuel ensimismado en su mundo, muy distinto de aquél que le describía el abogado, mezcla de robots y basura.

– En todo caso, que el que pida sea un robot, aunque sea el nuevo Intendente, complica las cosas ¿no? – continuó José Álvarez, pero el anciano no lo escuchaba porque el brazo volvió a dormirse y el teléfono cayó sobre las sábanas.

– Dicho sea de paso, me dijeron que lo de su perro es grave – se escuchó en algún lado de la cama – ¿es verdad que transporta basura por toda la ciudad?

Don Manuel levantó el aparato y desorientado preguntó: – ¿Cómo dice? – El abogado se armó de paciencia y volvió a preguntar: – ¿Que si es verdad que transporta basura por toda la ciudad?

– ¡Cómo quiere que lo haga hombre si no puedo moverme de la casa! – respondió ofuscado Don Manuel, convencido ahora, que todo el asunto era una cargada.

– ¿Qué hizo usted todo este tiempo con la basura? – insistió el abogado, ahora él también irritado por las incoherencias del abuelo.

– Adiós – se despidió agotado Don Manuel y colgó el teléfono. Ni bien hecho eso, olfateó nuevamente el hedor nauseabundo que provenía del jardín y con desagrado prorrumpió en chillidos incoherentes, desesperanzados.

– Laura ¿cuántas veces dije, cuántas veces dije...? – repitió tres o cuatro veces, equivocando el nombre, sin terminar la oración. Escuchó risitas y cuchicheos y se preguntó cómo alguien podía interesarse en confabular en su contra a esta altura de su vida.

Quedó solo nuevamente. Llamó dos o tres veces a la doméstica, pero no hubo caso. Trató de recordar si le había ordenado barrer el patio, pero no lo logró. Se durmió consolándose con la idea de que lo había hecho.

Soñó con jazmines, basura y chatarra mecánica. Supuso que había llorado en el sueño pues, ni bien despertó, una voz en la oscuridad del cuarto le susurró al oído:

– Andan todos asustados con el nuevo Intendente robot. Entreabrió los ojos y advirtió una silueta parada frente a él. Medio dormido preguntó: – ¿Hijo...?

– No, Don, soy Raúl, el amigo Raúl. Y surgió una figura inmensa, de cabellera larga y cuerpo bronceado. – Usted no es mi amigo – respondió asustado Don Manuel.

– Como quiera – dijo indiferente el hombre corpulento –. Soy el novio de Noelia. Ella me dijo que necesita ayuda con un cesto de basura –. Don Manuel lo observaba estupefacto, medio dormido. El joven, al notar la lentitud del anciano, trató de acelerar la conversación metiéndole miedo.

– Mejor se apura Don, porque en los barrios comenzó la llamada “guerra de la basura”. Hay robo de cestos y los que no tienen tachos le tiran la basura a los que tienen. Además, mañana a primera hora sale a controlar el mismísimo robot, y usted sabe cómo controla un robot ¿no?

– Los jazmines pibe, ayúdame con eso – suplicó Don Manuel desesperado.

– Necesito gente del barrio, además es tarde. Está bastante feo allá atrás – respondió el novio de la doméstica y mostró la palma abierta de la mano buscando llenarla con dinero.

– ¿Ahí tiramos la basura? – insistió Don Manuel, mientras sacaba plata de debajo de la cama y explicaba sin palabras que eso era todo lo que tenía.

– Al robot Intendente y a su ejército de funcionarios no le va a gustar cómo se ve su patio, hay mucho trabajo por hacer...– dijo el hombre, ahora oculto en las sombras, intentando justificar el dinero invertido en su trabajo.

– ¿Quién habló de robots? – preguntó Don Manuel sorprendido. – Decime cómo están los jazmines – rogó el anciano. Se tapó con la manta e intentó dormirse. Recién pudo lograrlo unas horas más tarde, cuando sintió los rayos de la tormenta y las gotas de agua espesa caer sobre la tierra seca del jardín.

El Intendente Mario, de traje ajustado, tapando con vergüenza las partes mecanizadas a la vista, inició su recorrida por la ciudad, en el extremo opuesto a la casa de Don Manuel; a duras penas, pues estaba lloviendo y sus suelas metálicas se hundían en el barro. Caminó todo el trayecto a desgano y solo, pues el auto de la Municipalidad estaba siendo usado para la organización de las Fiestas Patronales. Los vecinos más antiguos miraron incrédulos, desde las ventanas de sus ranchos, al artefacto de cabellera anaranjada moverse penosamente por el camino de tierra. Los jóvenes, rezagados de última hora, se apuraron en emparejar, con brocha gorda, los frentes de las casas.

El Intendente echó un vistazo a los grotescos intentos de cestos sostenidos con alambres, los compartimentos de inorgánicos y metales duros, hechos de cartón, de colores rimbombantes y anexados con cables, arrancados de las instalaciones eléctricas. Los miró desesperanzado, con los ojitos de hojalata de color azul apagados. Parecía que iba a llorar, ahí solito, rodeado de calles con montañas de basura, cuadras sin árboles, jardines con pastos crecidos y un olor a podrido que brotaba de la ciudad entera.

Marcelo De Lisio Profesor de Historia de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente vive en Apóstoles, Misiones, donde trabaja como docente. Siempre le fascinó la ciencia ficción. “¿Quién habló de robots? y otros cuentos”, es su primer libro publicado. Los escenarios, los personajes, las temáticas y los paisajes del libro son producto de su vida en un pueblito chico, religioso, rural, en el que pensar la ciencia ficción es tener que pensar en la familia, las costumbres del pueblo y los grandes espacios verdes, antes que en los avances tecnológicos o los avances de la modernidad.

Recon Aragonz, Dan

Se despertó en medio de un charco de sangre. Desconocía por completo cuánto tiempo llevaba en esa posición. El torrente que manaba de su cabeza ya había cesado. Estiró el cuello tratando de levantarse pero el dolor era intenso. Escuchó pasos que se acercaban y trató de ponerse en guardia, pero su vista se nubló por el esfuerzo. Su implante óptico derecho estaba destrozado. Apenas pudo mantenerse en pie y menos reconocer a quien le tenía prisionero en esa oscura celda. Sus manos impactaron de golpe contra el piso, amortiguando la caída al no resistir un segundo más. Antes de caer, reconoció aquel olor nefasto que le había traicionado.

Un par de horas antes, un vehículo clandestino transportó a Kimo desde el mercado negro hasta la ciudad de Vitali. Al bajarse del automóvil su huella se impregnó en el charco de agua podrida que se había acumulado durante el tiempo que estuvo ausente. La mayoría de los edificios de la urbe parecían deshabitados, pero en ellos aun moraba una diversidad de seres que por leves gestos lucían aun como humanos.

Kimo entró en un viejo edificio hecho de materiales baratos de los años noventa, de esos que se vendían como oficinas burocráticas en esos años. Lo único que parecía no perder su brillo en la ciudad, eran los letreros luminosos inmortales que alumbraban sus noches y pesadillas. Después de subir las escaleras y no ver a nadie deambulando por los pasillos, excepto una enorme rata que se escabulló por una tubería rota que goteaba, se acercó a una puerta, vieja y carcomida por las termitas. Introdujo una llave de cobre en la cerradura, y abrió seguido de un leve crujido.

El departamento estaba abandonado y permanecía tal cual lo había dejado su ocupante un mes atrás. Colgó su chaqueta negra en el perchero de metal de siempre y dejó su sombrero encima de una mesa. Encendió un cigarro que se consumía lentamente entre sus dedos, mientras el humo se esparcía por la habitación, anhelando que apareciese su sensual vecina. Esperaba que la mujer de enfrente se dejara ver. Solo podía espiarla una vez al mes, tras volver de sus negocios en el mercado negro. Era muy raro que ella se mostrara a esas horas de la noche. Al acabar su cigarro movió las cortinas con sus toscos y ásperos dedos, dejándola entre abierta. Movié un viejo sillón de pluma hasta el centro de la sala, que estaba en condiciones deplorables, pero que servía de todas formas para descansar un rato después de su largo viaje. Se sentó y clavó su mirada hacia la ventana vecina. A penas podía mantener sus ojos abiertos porque estaba muy cansado, pero tenía que estar atento en esa extraña ciudad llamada Vitali. Se auto convenció que con un par de minutos descansaría lo suficiente. Tenía planeado visitar a su antiguo jefe para saludarle antes de marcharse de la ciudad hasta el mes siguiente.

Un fuerte disparo que parecía venir del pasillo lo alertó. Kimo sacó una subametralladora pequeña de un cajón y aquietó su respiración convencido que había sido algún habitual ajuste de cuentas. Se tranquilizó dejando el arma junto a su sombrero y de su chaqueta sustrajo lo que parecía ser una lata de pintura. Giró la base del cilindro metálico dejando ver una serie de tubos apilados que contenían una cantidad no menor de capsulas de distintos colores, almacenadas en orden. Depositó una sobre su lengua y en

en solo un segundo despues de tragársela, la pupila del ojo natural que le quedaba, cambió rápidamente de tamaño una y otra vez.

Rápidos golpes en la puerta lo alertaron. Kimo pensó que podía ser algún cliente que lo había seguido hasta su guarida para conseguir alguna capsula de Recon. Desconfiado, se acercó un par de metros hasta la puerta, mientras las viejas tablas del piso se resquebrajaban tras cada pisada. Al asomarse por la oxidada mirilla, vio a un joven flaco y desnutrido de aspecto totalmente inofensivo. Le apuntó directo a la cabeza a través de la puerta, sin que el joven si quiera se diera cuenta que sus sesos podían decorar el desolado pasillo. Contuvo la sospecha y bajó su arma, mientras su pupila seguia cambiando de tamaño aleatoriamente hasta que se tranquilizó.

—¡Abra la puerta, he venido desde muy lejos en busca de su ayuda! —dijo el joven mientras se alejaba un poco de la puerta, sospechando que Kimo le observaba.

—Vete de aquí, no sé de qué demonios hablas. —dijo Kimo, dando media vuelta para retomar su breve descanso.

Mientras se alejaba, la puerta se abrió lentamente. Kimo se quedó en blanco, pues nunca esperó que aquel joven desconocido le recordara tanto a su pequeño hijo Cris. Suprimió la sensación pasajera de golpe.

—¿Cómo diablos abriste la puerta?— kimo amagó como si quisiera darle un tiro y acabar con el asunto de una vez.

—La calle enseña muchas cosas señor, sobre todo a sobrevivir — explicó el joven.

—¿Qué quieres?— se dio media vuelta y lanzó su arma sobre el sillón.

—Necesito que me acompañe hasta dónde está mi padre postrado.— el rostro del muchacho pareció derretirse despues de lanzar sus desesperadas palabras.

—Niño, vete antes de que me enfade y te dispare.— kimo no dejaba de darse vueltas por la sala.

El joven sacó de su bolsillo una bola de metal que brillaba mucho. Kimo al verla quedó sorprendido por la paz que emitía el objeto.

—Mi padre respetuosamente se la envía para agradecer su ayuda, vale una fortuna en el mercado negro.—el joven asintió con la cabeza para que la aceptara.

Kimo le dio la espalda al joven, sin poder evitar imaginar qué edad tendría su hijo.

—¿Qué le pasa a tu padre?—

—Sufre un cáncer letal, llamado Necrula. Sus células se mueren rápidamente y no pueden generar defensas, ni sobrevivir.— el joven dejó caer sus hombros cansados.

—He oído algo al respecto.—dijo Kimo, que recordó que ésa fue una de las razones por las cuales su hijo había perdido la vida.

—Escuché que alguien en Vitali fabricaba nanotecnología de punta, y con ella una esperanza de poder ayudarle se me metió en la cabeza.—

—¿Esperanza? —dijo kimo, haciendo un gesto de confianza para que el joven lo siguiera hasta la sala contigua.

—Aparte del presente que le he traído, llevo conmigo suficiente dinero que junté todo este tiempo. — el joven sacó de sus bolsillos un montón de billetes arrugados, dejándolos sobre la mesa junto al sombrero.

—¿Cuál es tu nombre ?— kimo se relajó al ver que el muchacho solo estaba

desesperado.

—Cris, señor.— el joven lo miró directo a los ojos.

Kimo se puso pálido. Pensaba que el muchacho no podía llamarse como su hijo, así que tomó su chaqueta y se puso el sombrero.

—Llévame donde está tu padre, veremos qué puedo hacer por él — kimo sintió la necesidad de ayudar al joven. Algo le decía que podía enmendar sus errores del pasado.

—Lo espero abajo señor, mientras enciendo el coche. —dijo el joven que salió de allí contento, desapareciendo por el pasillo.

Kimo guardó la lata con capsulas dentro de su chaqueta. Tomó su arma y antes que la duda de arrepentirse le invadiera, salió del apartamento. Bajó las escaleras y se encontró con la rutina diaria de algunas inquilinas. Prostituir sus almas a todas horas del día. Al salir a la calle se encontró con el mismo aroma de espesa corrupción y tretas que habitaba en cada esquina. Bajó el sombrero para cubrir su rostro de la policía que patrullaba cerca. Nunca andaban por barrios tan peligrosos, si no fuera porque también, necesitaban conseguir unas cuantas dosis de Recon.

Kimo se subió al viejo Cadillac negro donde el joven lo esperaba. Tras treinta minutos de viaje por la ciudad en el más absoluto silencio, se dio cuenta por qué ayudaba al muchacho. No por dinero, sino porque se sentía condenado por la muerte de su hijo. Ya que por su culpa, por confiar en su antiguo equipo de trabajo, pasó lo que pasó. Pero era algo que no quería recordar.

En un acto reflejo como si tuviese un radar incorporado en la cabeza, pidió al joven que se metiera por algunas calles que no estaban en el trayecto original. Kimo pensó en pasar a saludar a su antiguo jefe y darle las gracias por todo lo que había hecho por él en el pasado.

—Sólo pasare a saludar, no te preocupes. Espérame aquí. —dijo Kimo.

Al bajarse, pisó con su bota derecha un charco de líquidos nauseabundos provenientes del fondo del callejón. Caminó por la insalubre vía entre antiguos departamentos consumidos por el óxido y la humedad. Un llamativo letrero de neón color azul con algunos fusibles quemados le indicaron que estaba cerca. Los vidrios de las ventanas a su alrededor estaban destrozados por la infinidad de tiroteos de cada día.

Cuando ya estaba por llegar donde su antiguo jefe. Vio como un tipo salió disparado del bar donde se dirigía. El sujeto destrozado por los golpes de alguien, quedó estampado contra el muro, cayendo sobre el piso mojado. Tenía el rostro lleno de sangre. Trató de ponerse de pie, pero un golpe certero le voló gran parte de los dientes, tumbándolo junto a un basurero donde algunas ratas comían las sobras de las sobras.

Por la puerta del bar, salió una mujerzuela que lloraba sin consuelo, no paraba de gritar el nombre de su amado. Kimo presenciaba el espectáculo con la mano dentro de su bolsillo, empuñando su arma por si alguna sorpresa se presentaba.

—¡Mi amor! ¡Mi amor! —gritó la puta.

Llevaba su cara maquillada para cubrir las quemaduras de cigarrillo que otros clientes le habían dejado como respuesta a su amor. Se arrodilló junto al cuerpo moribundo sin dientes y metió sus manos dentro de la chaqueta de su enamorado, sacando una billetera de cuero que abrió desesperada.

No encontró un solo billete y se la arrojó en la cara al pobre sujeto. Kimo se aburrió del show y entró al Bar Orgo. Se acercó al cantinero que limpiaba la barra y éste no le reconoció, quizás por la prótesis óptica que llevaba en su ojo derecho. Con una seña hizo entender al cantinero enseguida que buscaba al dueño del bar, al Búho. El cantinero le reconoció e hizo una seña hacia el fondo del bar, donde habian unos tipos que se golpeaban brutalmente sobre pequeño ring. Caminó por entre las mesas recordando el viejo lugar de las apuestas, donde todo el mundo quería ganar dinero con una de las mayores atracciones nocturnas de Vitali. Nadie se perdía ese espectáculo porque conservaba el viejo espíritu humano de ser verdaderos animales descontrolados.

Un tipo a metros del ring, le hizo señas a Kimo mostrándole aquella archiconocida puerta oxidada donde los negocios se sanjaban. Al cruzar vio una extraña luz bailar a un costado del pasillo rodeado de rejas de acero. Al fondo del pasadizo estaba la pequeña casucha de las tranzas. Escuchó murmullos de dolor cerca, quejidos como si de un alma en pena se tratara, mientras cruzaba por el largo e interminable pasillo. Tras unos bidones enormes de combustible, a pocos metros de alcanzar su objetivo, observó cómo los guardias del bar quemaban lo que parecía ser un cuerpo humano amordazado. No prestó atención, y se concentró en su encuentro con el Búho. La muerte era la forma mas habitual de cerrar un negocio que no habia sido productivo.

Nada más entrar en la estancia, le sobrevino el recuerdo de todas aquellas transacciones que en su día le habían producido grandes beneficios. Sacó un cigarro de su chaqueta y lo encendió despacio. Por una puerta casi invisible apareció el Búho que semejaba no caber por la pequeña entrada. Era un corpulento sujeto lleno de tatuajes que parecia no tener muchos amigos. Se paró junto al escritorio que había en el centro de la sala. Apoyó sus manos sobre el mueble con una mirada desconfiada hacia Kimo.

—¿Pensé que habías muerto? —dijo el Búho que se rascaba el bigote.

—Hace mucho que no vengo por aquí. —dijo Kimo que se alegró de ver a su antiguo amigo.

—Te dije que ésta era tu casa, pero parece que lo olvidaste, porque nunca más recibimos una de tus visitas.—replicó el Búho.

—He estado ocupado, pero no me guarde rencor. Siempre le estaré agradecido por su ayuda, señor.— kimo se mostró humilde con su antiguo jefe.

El búho se acercó en silencio a la ventana. Miraba como el cuerpo envuelto en llamas se convertía en cenizas.

Cerró la ventana y regresó.

— Hace unas semanas unos tipos entraron al bar preguntando por ti. Parecían muy interesados en encontrarte. Parecian buscarte para hacer negocios.— el buho se cruzó de brazos esperando una respuesta.

—Deben ser adictos al Recon.—soltó Kimo.

—A muchos les ayuda a recuperar sus miserables vidas, jamás consumiría tus capsulas nanotecnológicas. Prefiero morir dignamente que infectado por tus pequeñas criaturas.—dijo el Buho que se mostró un tanto enfadado.

—Me gustaría quedarme pero debo irme. —dijo Kimo.

—Que visita tan corta, regresa cuando quieras muchacho. —dijo el búho antes de

desaparecer por la misma puerta de antes.

Kimo pensaba en las palabras de su antiguo jefe al salir del bar. Cris esperaba dentro del Cadillac y cuando vio a quien podía ayudar a su padre, encendió el motor. Después de recorrer varios kilómetros, llegaron a los límites de la ciudad donde encontraron un montón de fábricas abandonadas. Dejaron el vehículo estacionado y continuaron a pie a través de la extensa zona hostil que había dejado el terremoto del 2017.

Mientras avanzaban, veían como unas enormes ratas se daban un banquete con el cuerpo de un vagabundo, al cual el cráneo le brillaba por el trabajo de las lenguas roedoras. Ni en un millón de años unos gusanos podrían haber logrado un trabajo tan impecable. Kimo quien caminaba algunos metros detrás de Cris hasta el sitio donde se encontraba el viejo enfermo.

—¿Tu padre se encuentra cerca? —preguntó Kimo, quien se giró al instante al escuchar un ruido por su espalda.

Una ráfaga de luz roja le hirió en el hombro, atravesándolo. Cris logró escabullirse entre los tubos de sarro, llenos de restos secos de comida transgénica que quedaron tras el abandono de las fabricas en los 90. Kimo escrutó con su mirada en todas direcciones para descubrir de donde provenia elk ataque.

Entonces apareció frente a él un niño. No podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Recordó que cuando trabajó para Cormicom, un científico amigo había hecho una proyección visual de su hijo, de como luciria cuando tuviera distintas edades. Kimo sonrió al verlo. El niño se mantuvo quieto sin emitir una sola palabra. La sangre del balazo le caía lentamente por la chaqueta a Kimo.

—No puede ser, yo te vi no nacer. —dijo Kimo que se acercó para abrazarlo.

Pero entonces, un haz de luz verde fue lanzado a sus pies, atrapándolo, y tirándolo al suelo. Al caer, el impacto le destrozó su prótesis óptica. No se dio cuenta que alguien se acercaba por su espalda inyectándole algo que lo desvaneció por completo. Lo último que alcanzó a ver fue la cara inmóvil de su hijo, desvaneciéndose en la oscuridad por efecto del somnífero.

Se despertó en medio de un charco de sangre. Desconocía por completo cuánto tiempo llevaba en esa posición. El torrente que manaba de su cabeza ya había cesado. Estiró el cuello tratando de levantarse pero el dolor era intenso. Escuchó pasos que se acercaban y trató de ponerse en guardia, pero su vista se nubló por el esfuerzo. Su implante óptico derecho estaba destrozado. Apenas pudo mantenerse en pie y menos reconocer a quien le tenía prisionero en esa oscura celda. Sus manos impactaron de golpe contra el piso, amortiguando la caída al no resistir un segundo más. Antes de caer, reconoció aquel olor nefasto que le había traicionado.

Por el pasillo que conducía hasta la celda de Kimo, una enorme sombra se proyectaba entre los rocosos muros que formaban el tunel de acceso. Unas enormes manos se agarraron de los barrotes que lo mantenian encerrado y entre estos, la cara tosca del Búho apareció sigilosa. Se giró y quedó de espaldas hacia la celda.

-Sabes que siempre me ha gustado mucho el dinero, sobre todo la cantidad que me ofrecieron estos sujetos por un desconocido como tú.- El buho guardó silencio

Del fondo del pasillo, se escucha una seguidilla de pasos que se acercan, como un

grupo de personas alineadas en fila que sonaban como un escuadrón de soldados. Kimo logró ponerse de pie, tras apoyarse en los barrotes.

—Llegaron preguntando por un Doctor Nanotec y por la fotografía, me di cuenta que se trataba de ti. Pensé que a mí también me habías ocultado cosas sobre tu pasado. No sé qué van a hacer contigo, pero tampoco me importa Kimo o como te llames. Fue un placer hacer negocios viejo amigo.— el Búho se cruzó con el grupo de científicos que se acercaba hacia la celda y desapareció.

—Ha pasado mucho tiempo Doctor Nano. Eres muy difícil de encontrar. —dijo uno de los científicos.

—Necesitamos que regreses con nosotros. Eres el único que sabe realmente cómo funciona la nanotecnología. Fue un error que hayas dejado la comunidad científica. —dijo otro científico.

—Los propósitos eran otros, no los que ustedes querían. Al principio fue ayudar a los enfermos como lo estaba mi hijo.— los esfuerzos de Kimo lo debilitaban.

—Entonces a eso venias cuando te atrapamos, a ayudar a un enfermo que nunca existió. —dijo un científico, mientras todos se reían burlescamente.

—Son unos enfermos si desean la Inmortalidad. —dijo Kimo que lentamente perdía fuerzas y sus manos se deslizaban por los oxidados barrotes.

—¿Viste a tu hijo?— Podemos darte cientos de ellos, pero está en ti ayudarnos a que los nanobots perfeccionen infinitamente las células hasta volverlas inmortales. Eres el único que maneja el arte de la reconstrucción.

—Ese no era mi hijo. Él nunca existió. Nunca les revelaré el arte de la Recon.— gritó kimo mientras se caía al piso después del esfuerzo.

—Eso pronto lo veremos doctor. Llévanselo a recuperación total. Borraremos su memoria. Volverá a ser el doctor Nanotec.—

Dan Aragonz ha grabado unos cortometrajes cine B de bajo presupuesto. Y está en proceso de escribir nuevos relatos cortos relacionados con el genero del terror y la ciencia ficción.

Ha escrito:

- Recon.
- Ceremonia Muru.
- Eterna sospecha.
- Biocam.

Los monstruos de la niebla

Moledo, Manuel

Al tercer día, Manuel estalló. Me arrancó de las manos la bocina con que señalaba nuestra posición y la lanzó al mar con un gesto fiero.

—Para ya con esa mierda. ¡No hay nadie ahí fuera! Llevamos navegando noventa y seis horas en esta niebla del demonio. ¿Viste que se hiciera de noche en ese tiempo? Si piensas que aún estamos aún en la condenada ría de Mugarodos, es que ni tienes ojos, ni nada en la sesera.

Tentado estuve de darle un puñetazo. No por la pérdida de la bocina, aunque no teníamos otra, sino porque estaba seguro de que mi amigo tenía razón.

—Asúmelo, esto no es Kansas—Manolo escupió, desesperado, y volvió bajo cubierta.

Tomé de nuevo el timón y repasé los instrumentos. El GPS, sin localización. El radar, sin señales de vida. La radio, muerta. El gasoil, casi agotado. Ni pizca de viento. El agua estaba como un plato. Cerré los ojos y respiré hondo para alejar la desesperación. Volví a mirar los mandos. En el borde del radar, apareció una mancha.

—¡Lolo! ¡Lolo, sube!

Ni caso. Goberné el barco con cuidado. No quería abordar a alguien por error. Lo que quiera que fuese aquello, no se movía. O estaba anclado o al paio. Fue fácil acercarse despacio, incluso sin ver nada.

—¡Eh! ¿hay alguien aquí? —aullé— Nadie me respondió. Salté a cubierta con un cabo en la mano y lo amarré en la borda.

La embarcación era toda de madera. Ni una hebra de fibra de vidrio. En el medio de esa extraña luz lechosa, me admiró lo bien tratada que estaba. Me llamó la atención un rollo de cable muy fino, bien encerado, larguísimo, sito en la proa. ¿Qué función tendría? Le eché la mano, y poco faltó para cortarme al hacerlo. Un cruel filo metálico se ocultaba entre los cordajes. Tomé el objeto, incrédulo. Un arpón. Un arpón afilado como una navaja. Manda carallo.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Recorrí incrédulo la chalupa, que era muy marinera. El tacto gastado, el olor a sebo y a brea vieja. Todo me lo decía a gritos. Es real. Es auténtico. Estás en una lancha ballenera.

No encontré a nadie. Si, bajo el banco de popa, una pequeña caja hermética; y en su interior, un pequeño camafeo de nácar y un librito. Volví a llamar a Lolo, que ignoró mis voces.

Me senté. El librito era el diario de un tal Dick Paltrow, oficial y cirujano dentista en el ballenero Massachusetts. Aunque el papel estaba nuevo (un papel bueno, del que ya no se ve, cremoso y áspero y con ese aroma a pulpa de madera) databa sus últimas entradas en el año 1852.

La última había sido escrita brevemente en el 12 de Agosto. En su perfecto inglés y con letra gótica, el marino había descrito que le había extraído una muela del juicio al grumete. También que aguardaba con impaciencia llegar en dos días al puerto de Nantucket y besar a su mujer y a sus hijos. La siguiente anotación no tenía ni fecha, y la

letra se mostraba diferente, angustiada, retorcida.

“No sé con seguridad cuantos días hace que no cumplo con la cotidiana tarea de escribir mi diario. Tal vez tres semanas. Tal vez algo más. Siento próxima mi muerte y quiero dejar constancia de los hechos extraordinarios de los que fui testigo.

Toda esta locura comenzó con un albatros herido que se posó en el buque, en medio de una niebla densa. El bicho renqueaba por la cubierta, alborotando a la tripulación. Unos marineros gritaban, otros reían, los más daban variopintas indicaciones veterinarias y era todo un caos.

El carpintero, abandonando su tarea, trato de hacerle engullir una galleta mojada en vino, sin mucho éxito. Todo esto envenenó al capitán. He de añadir, y siento hablar así de un hombre muerto, que este era una persona cruel y brutal, y los marineros no lo apreciaban.

—¡Si no quiere comer, que beba! Echad fuera esa bestezuela, que si se muere aquí aún va a ser de mal augurio.

La gente del mar es supersticiosa, y existe la creencia de que los marinos muertos se convierten en albatros. No obedecieron. No fue algo así como un motín; no entonces. Simplemente bajaron la mirada, y se quedaron quietos y callados.

Si el Capitán se hubiera marchado en ese momento, dando por sentado el cumplimiento posterior de la orden, quizás los marineros hubieran reaccionado. Tal vez acabarían escondiendo el animal en la sentina, pero al menos mantendrían las formas.

No lo hizo.

—Tú mismo, Tom. Si, hablo contigo, Tom Colins. Cógelo y títalo fuera.

El albatros miraba a uno y otro lado con sus ojos llenos de inteligencia. Vi como las dudas surgían en el rostro de Tom, y creí que se negaría. No hizo tal cosa. Mordiéndose la lengua, cogió el pájaro, que no se resistió, y lo lanzó por la borda. Los marineros corrieron a popa. El ave se perdió en la distancia, flotando en el agua como un pato, inerme y con aspecto desvalido.

Quiero dejar claro que no es un fenómeno natural. Esta bruma no amaina. El mar quieto no tiene más olas que las que nosotros provocamos con los remos de las chalupas. Y la luz, esa maldita luz difusa que ciega sin alumbrar, es siempre la misma a cualquier hora.

Cuando vieron que la noche no caía, los marineros comenzaron a murmurar entre ellos. Del Capitán, del Albatros y del Purgatorio. Estallaron los gritos, al fin, cuando el cocinero quiso coger algo de agua de mar para hacer un guiso de pescado, y descubrió que no estaba salada.

—¡Esto es cosa del albatros!

—¡Agua dulce! ¿No estamos pues en el mar?

—¡En el Infierno, ahí estamos!

—¡El infierno está caliente! ¡Este desgraciado llevó el barco al Limbo!

—Esto me pasó una vez en el Brasil, frente al Amazonas...

—¿El Brasil? ¿Tu ves que desemboque por aquí el río más grande del mundo, imbécil?

Un tiro como un trueno calló a todos en el acto, devolviendo la autoridad al Capitán, que empuñaba el fierro con firmeza.

—¡Volved al trabajo, panda de vagos! ¡Es agua del deshielo de un iceberg, nada más! ¡Pasa a veces! ¡Montad en las balleneras, si no nos llega viento, solo queda bogar! ¡Más que marineros parecéis viejas chochas!

Súbitamente calmados, los marineros obedecieron. Bogar con las chalupas para tirar del barco es un trabajo duro, pero todo parecía mejor que quedarse en ese desierto de agua, esperando quien sabe bien lo qué. Yo me libré de bogar porque un hombre, el mestizo Dave Clay, cayó entre la chalupa y el casco del navío, sufriendo terribles heridas. Durante casi cuarenta y ocho horas intenté salvar su vida. No lo conseguí. Cuando me iba a retirar, derrengado, descubrí que me habían encerrado en el pañol donde estaba tratando al moribundo. Pegando la oreja, pude sentir ruido de lucha a través de los mamparos. No había duda. El Masachussets era presa de un motín.

Aguardé acontecimientos, con el corazón latiendo fuerte en el pecho. Al cabo de un rato, los marineros Lorenzo Costa y Duncan Crow abrieron la puerta, con sendos cuchillos de destazar en las manos.

—Salga, doctor. Con usted no va la cosa, pero lo precisamos arriba. Hay heridos. Debe prometerme que no hará ninguna tontería, ¿estamos?

En los dos días sin noche que había pasado enclaustrado, la situación se había viciado completamente, llevando a los hombres a la desesperación más abyecta. De los veinte tripulantes de la fragata, dos yacían muertos en cubierta. Un marino de primera, Mike Kapowsky, hombre de inmensa fuerza física, había intentado resistirse. Fue acuchillado tras partirle la crisma a un rebelde con una tabla, y herir a otros tres. Quiero dejar constancia de que los dos fueron afortunados. Al menos murieron en el acto, sin pasar privaciones y luchando como hombres.

También se encontraban en la cubierta, presos de manos y pies, el Capitán y tres más que se habían mantenido fieles pese a las amenazas: Jhon White, arponero. Zebulón Smith, marineros de primera. Gabriel Red, segundo. Si alguien llega a leer esto alguna vez, puede afirmar sin miedo que todos ellos se mantuvieron íntegros ante Dios y los hombres hasta el final.

El Capitán tenía una fea herida en la cabeza, pero conservaba toda su lucidez.

—Esto lo vais a pagar caro, chusma. Apropiarse de un barco es un acto de piratería, y con la sangre de este pobre hombre—y aquí el Capitán, su grueso cuerpo temblando de ira, señaló al cadáver de Kapowsy—sumáis un asesinato. He de veros a todos colgados por el cuello.—y sus ojos lanzaban chispas del Infierno.

Algunos de los amotinados se revolvieron inquietos, mirándose las puntas de los pies. Un sueco enorme llamado Marcus Gustavson parecía especialmente contrito y acariciaba el Cristo de madera de su pescuezo con la mano. Jebediah Long, el piloto, le pegó una bofetada al Capitán para acallararlo. Viendo el rictus cruel de aquel hombre alto de pelo oscuro, y a su lado a Cassius, el enorme negrazo, que ponía los ojos en blanco como el mismo diablo, me quedó meridianamente claro quien había armado la rebelión.

—A callar, gordo, o serás tú el que se balancee colgado de una verga. Tú, doctor, atiende a los heridos. Empezando por los nuestros, ¿entendido?

Y así lo hice, aunque esta vez no me salvé de los duros turnos de remo.

Nuestra vida se convirtió en bogar y dormir. El barco, por más que remásemos, no llegaba a ningún lugar en aquel infierno brumoso sin noches. La carne pronto se acabó, y hubo que racionar las galletas. Presos del hambre, comenzamos a comer cualquier cosa masticable, tras freírla en la grasa de ballena que cargábamos en la bodega. Las lapas del casco, las ratas, el cuero de los cinturones. Los estómagos estaban estragados, sangrábamos profusamente por las encías, y el aliento nos hedía.

Pronto se cometió la primera verdadera atrocidad. Sin previo aviso, Jebediah nos juntó a todos y mandó traer el capitán a cubierta.

—Este de aquí es el que nos trae la desgracia. Él mandó tirar el albatros al mar, y ahora lo tiraremos a él para que cambie nuestra fortuna.

El piloto parecía más magro, alto y oscuro que nunca. Empuñaba con furia el revólver del Capitán. El negro, a su lado, descansaba su enorme puño en el mango de un facón que pendía de su cinto. En una suerte de regresión a su religión pagana, llevaba el torso desnudo, y extraños dibujos y amuletos pendían de su cuerpo. También había pintado su cara como si fuese una calavera con ceniza y carbón. Su aspecto hacía estremecer. Aun así, me decidí a hablar.

—Eso que pretenden es un asesinato y una felonía. ¡No lo hagan!

Hubo tres hombres que asintieron ante mis palabras. Marcus Gustavson era uno de ellos.

—¿Cómo? ¿Con esas nos ponemos? — Jebediah resollaba, como una fiera— votemos pues. ¡Hola! Parece que solo cuatro votos contra siete, y los demás se lavan las manos... ¡Cassius, tírame a este puerco por la borda! Y tú, doctor, no quiero verte volver a meter baza.

—¡Él se lo buscó! ¡Mejor él que todos! ¡No se perderá gran cosa! —gritaron los marineros, encendidos por la sed de sangre y el miedo.

Cassius fue a cumplir la orden recibida. Pero el capitán, incluso débil como estaba, lo detuvo con su voz potente.

—¡Eh! Tente ahí, sucio pagano, o mi alma te perseguirá mientras vivas y hasta que mueras de mala muerte... ¡Jebediah!

—Habla, gordo.

—¿Juegas a ser el capitán del barco que lanzó a Jonás cerca de las costas de Tarsis? ¿Comparas contrariar la voluntad de Dios con ofender a un pájaro de mierda? ¡No valéis un níquel ninguno de vosotros! Morir, escuchadme bien lo que os digo, hemos de morir todos. Pero el Capitán que traicionasteis lo hará con más hígados que todos vosotros juntos. ¡No me toques con tus zarpas, negro asqueroso! ¡Dame fuerzas, Dios mío!

Y antes de que Cassius pudiese tocarlo de nuevo, él mismo saltó por la borda. Se hundió como una piedra, por el peso de las cadenas. A mi alrededor, todos estaban albos como fantasmas. Solo el piloto y su negro demonio familiar sonreían de forma siniestra.

En unos días, la dieta pasó a ser poco más que grasa de ballena con serrín. La debilidad de los hombres era cada vez mayor. Pero, al fin una corriente, leve al principio

y luego algo más fuerte, parecía rodearnos.

El hambre era tanta, que Gabriel, de los prisioneros, fue degollado y destazado. Lo hicieron nuestros crueles capataces, sin avisar a nadie; pero los marineros, uno a uno, cogieron su magra parte del reparto sin chistar. Cuando quise rechazar mi pedazo, un gesto del facón de Cassius me dio a entender que no aceptarían deserciones en ese negocio. Todos o ninguno. Asqueado pese al hambre ruin, lo tiré después por la borda sin que me viesan. Un bendito pálpito me hizo espiar a Marcus, y complacido comprobé que hacía lo mismo que yo. Unidos en secreta rebeldía, decidimos no soportar más miseria. Abandonaríamos el barco y viviríamos, o moriríamos, decentemente. Más, ¡como abandonar a los restantes prisioneros como corderos entre lobos!

Actuamos en el turno de descanso, cuando solo dos amotinados vigilaban el pañol de los presos. Para mi deshonra, diré que tuvimos que manchar nuestras manos con la sangre de nuestros semejantes. Todo fuera por liberar a aquellos dos desgraciados. ¡Y juro que valió la pena! Una vez nos alejamos un poco en una de las chalupas, nos sentimos a salvo. No podían perseguirnos en la niebla. Después, nos dejamos ir por la corriente para ahorrar fuerzas. Teníamos agua dulce suficiente a nuestro alrededor, pero el hambre nos atenazaba, y al siguiente amanecer, Zebulón estaba muerto. Cosimos sus ropas como mortaja y lo tiramos al mar atado a un lastre.

Y es este el momento en el que empieza la parte más extraordinaria de mi relato.

Al final del tercer día, la niebla desapareció de nuestro alrededor y pudimos ver por fin más allá de nuestros hocicos. Una costa abrupta, basáltica, se encontraba ante nosotros. Capturamos en la extraña agua dulce un peculiar animal. Aficionado como soy a la historia natural, lo reconocía de inmediato. Era un placodermo, un pez acorazado como los que existieron en tiempos pretéritos, en el devónico y en el silúrico. Tenía un fósil viviente ante nosotros.

Devoramos su carne cruda y sorbimos la sangre. Sabía a fango, pero no nos hizo daño, y como pesaría por lo menos unas doce libras, pudimos hartarnos. ¡Qué vida nos dio!

En tierra los ríos glaciares morían en el mar de agua dulce y entre ellos, corrían arroyos de lava. Las fumarolas volcánicas, no tengo claro si fuente de la niebla o la razón de que esta se despejase, se elevaban al cielo.

Una colosal construcción lo dominaba todo. La conformaban ciclópeas piedras volcánicas, talladas en monumentales bloques de extrañas formas paralelepípedas, que desafiaban a la geometría racional. Tras ella, el cono de un volcán relumbraba con una peculiar mezcla del blanco del hielo, el negro del basalto y la obsidiana y el vivo naranja del magma.

Decidimos explorar. Marcus y yo tomamos las lanzas de rematar a las ballenas como armas. Jhon cogió su arpón. En la entrada de la megalítica edificación, entre hielo, fuego y agua sulfurosa, un estanque escondía cientos o miles de pequeñas esferas perladas de suave alabastro. Parecían brillar con una suave luz. Anchas como palmo y medio y hermosas entre la monstruosidad que nos rodeaba.

Al mirarlas al trasluz, se apreciaba movimiento. Rompimos varias contra una piedra. Pequeños seres con forma de babosa y las bocas llenas de tentáculos se retorcieron en el

suelo y murieron, lanzando mudos chillidos.

—Válgame... —murmurou alguien.

Entonces, se desató el infierno. Un temible alarido resonó dentro del oscuro edificio. Expectantes, demasiado asombrados para huir a la carrera, aguardamos.

Entre las titánicas y desiguales columnas de vítrea obsidiana que marcaban el acceso a la edificación, surgió un ser que no se si definir como anguila, pólipo o cefalópodo. Se deslizaba veloz, pese a su mole, sobre las losas basálticas. El extremo anterior de su cuerpo vermiforme era un hervidero de incontables apéndices cilíndricos. Entre ellos, la boca se abría en un embudo lleno de dientes carmesís dispuestos helicoidalmente como los de las lampreas. Su cuerpo cambiaba de color como el de un camaleón, en imposibles tonos de naranja fuego, negro antracita, y blanco ceniza. Debía de medir fácilmente diez yardas de largo y al menos una y media de ancho por su parte más gruesa.

Mi cuerpo me traicionó, y a la vista de aquel enorme engendro que se retorció como un ofidio, caí de rodillas, trémulo de terror. El ser se lanzó contra nosotros. Vi llegado mi fin. Pero... ¡Que héroes me acompañaban! Jhon White fue el primero en reaccionar. El arpón salió disparado con tal fuerza que penetró más de dos cuartas en el paladar del ser. El arponero, tirando del cable, consiguió doblar a la bestia, que enloqueció de dolor.

—¡Marcus! ¡La tengo! ¡Remátala, por Cristo!

El sueco embistió, gritando como un héroe de las sagas volsungas. Su larga lanza se clavó profundamente, hasta desaparecer casi la mitad de la longitud del arma en la garganta del ser.

Empalada y herida de muerte, la criatura se retorció tan bruscamente que lanzó a su matador a más de ocho yardas de distancia. Después, con sus últimas fuerzas, se lanzó contra White, aplastándole con su mole. Al fin, con un alarido ensordecedor, murió entre estertores. Aquellos hombres, acostumbrados a luchar contra las bestias del mar, habían vencido al monstruo. Esta tenía la sangre tan caliente que el mástil de la lanza humeaba al contacto con ella.

No pude hacer nada por White. Había muerto en el acto. Marcus tenía rotas varias costillas.

—Márchate, compañero. De donde ha salido este muspeli, vendrá más.

Lo ignoré y le ayudé a correr. Fue una lucha desesperada contra la muerte, y caímos dos o tres veces, dejándonos la sangre y la piel de nuestras rodillas y manos en los afilados cristales de las rocas. Apenas nos habíamos alejado una media milla, cuando unos estremecedores aullidos reverberaron por toda la costa, y las bestias vermiformes comenzaron a surgir de la construcción como el pus de una herida infectada; pero se frenaron a pie de mar. Aquellos monstruos de sangre hirviente temían el contacto con el agua.

—Cuando era niño, mi abuelo me habló—dijo Marcus escupiendo sangre— del Niflheim y del Muspelheim, dos de los nueve Mundos de los que contaban los viejos vikingos. El mundo de hielo y el mundo de fuego. También hablaban de los monstruos de la niebla y tenían razón. Cristo me guarde y te guarde a tí, amigo mío. Yo me voy en breve y es lo mejor que puede pasar. Toma este camafeo y si, por suerte, sales de esta,

hazlo llegar a mi esposa.

Murió unas horas después. En este momento que escribo, estoy solo. No tengo esperanzas de salir de aquí. Si alguien encuentra esto, por favor que lo haga llegar a mi familia, a la de Marcus y a las de los marineros leales del Massachusetts.”

Cerré el diario. No podía ser. Incluso siendo cierto el relato, todo debía haber pasado más de un siglo atrás. ¿Cómo podía seguir la chalupa entonces a la deriva y tan en perfecto estado?

Pero tenía la evidencia bajo mis pies.

Llamé una vez más a mi compadre, y al no responder, el miedo clavó sus garras en mi pecho.

—¡Manolo! ¡Contéstame de una vez, hijo de puta!

En la goleta solo me esperaba un lívido cadáver con un bote vacío de somníferos en la mano. Me sacudió una arcada y eché el almuerzo por la borda, antes de derrumbarme en cubierta, llorando.

Instantes después, algo chapoteó en el agua. Me levanté, y vi un gran pez que pastaba en mi vomitona. Estaba recubierto de grandes placas duras y tenía una boca enorme. Muy despacio, cogí algo de agua limpia con un balde atado a una cuerda y la llevé a los labios. Era dulce.

Manuel Moledo (1977) Nací en Serra de Outes, soy biólogo, vivo en La Coruña.

Mi primera publicación fue en la revista digital Másliteratura, con ocasión del I Concurso Literario de Relatos Cortos Steampunk y Retrofuturistas del 2011 en el cual quedé con el relato “El fin de la Inocencia” http://issuu.com/masliteratura/docs/revista-enero2012_virtual

Físicamente en Contos extraños, una publicación periódica en gallego de pulp, fantasía, terror y ci-fi, y en varias publicaciones online. En mi caso los relatos publicados fueron: Volumen 2. "Xornada Fantástica".-"Solsticio de verán" (Cast. Solsticio de Verano, fantasía épica).

Volumen 3. "Vieiros de Mañá".-"O fin da inocencia" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

Volumen 4. "Nadal Impío".-"Bonecos de latón" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

Podéis saber algo más de *Contos Extraños* y *Urco Editora* aquí (el artículo está en castellano):

http://www.fantasymundo.com/articulos/4981/entrevista_contos_estrans_steam_pulp_d_a_galiza

También he participado en la publicación gallega de cuentos de corte oscuro relacionados

con la infancia “Sombras no berce” (Cast. Sombras en la cuna). con el relato “A pesca do cangarexo” (Cast. La pesca del cangrejo, suspense). Podéis descargar este recopilatorio de relatos gratuita (y legalmente y con gusto de los autores) aquí:

http://www.4shared.com/office/THy0jrhH/sOmBrAs_no_bErcE.html

Actualmente colaboro en Tiempo de Héroes, una publicación de literatura 2.0 que esta dando bastante que hablar, con más de 150.000 páginas visitadas. Participo tanto con la saga del personaje Adam Berengario como en la de Marlín. Podéis visitar algunos de mis relatos (y de paso engancharos a la saga, que hay gente muy buena metida) aquí:

<http://www.tiempo-de-heroes.com/2012/09/acto-2-capitulo-1-mdh-pastor-de-lobos.html>

Con más razón teniendo en cuenta que también participa Juan Gonzalez Mesa, al que ya conocéis por haber publicado en esta web, entre otros buenos escritores.

Mis preferencias se decantan, por lo habitual, a la ci-fi. Es por ello que estoy dedicándome a este género concreto, lo que me llevó a ser preseleccionado (sin posterior fortuna) para el concurso de relatos de este año de Inspiraciencia por mi relato “Lenguaje Matemático”

<http://www.inspiraciencia.es/preseleccionats/35-relatos-en-espanol-seleccionados/relato-corto-adulto-espanol/745-lenguaje-matematico>

Acabo de publicar mi primera novela, de hecho la que debe ser la primera novela en gallego de género Steampunk, “**As Aventuras de Margaret White**”, con la editorial *Contos Extraños*.

Díptico

Baradit, Jorge

La doliente, la María, la santa María. Aquello comenzó a moverse casi de inmediato en su vientre, mi padre huyó despavorido y dijo en el pueblo que Satanás estaba en ella, o mejor, que dios la había poseído. María vomitaba flores hediondas. El pueblo decidía a gritos si matarla a golpes o levantarla en andas. El feto se abrió paso a dentelladas a través de su vientre y se alimentó de ella, “esta es mi sangre”. Las matronas acudieron y le cosieron el cuero del estómago con cordeles, doblaron clavos y la quemaron con fierros calientes. Le cosieron la vagina con alambres para que no trajera más de estas cosas obscenas a la vista del Señor. Tapiaron la puerta pero dejaron la entrada trasera abierta para que hiciera sus necesidades y José pudiera saciarse sin temores. Le cortaron las piernas para que no huyera, le amputaron los brazos para que no se defendiera y le clavaron una corona de flores de madera en las sienes con puntas de cobre. Le dieron martillazos en los dientes para que no contara la verdad y le cosieron la boca. La montaron amarrada sobre una caja. La amenazaron de hórrida muerte si decía algo. La pasean por todos los poblados y cantan “Ave María, llena eres de gracia”. Las monedas las acumulan en su estómago. No, ella no podría haberse dejado hacer por mi padre, otra cosa fue la que ocurrió. Ahora han pasado los años, muchos años y entendí lo que hay que hacer.

A una le puse el cañón de la pistola en la vagina y disparé, a otra le abrí el estómago y la rellené con tierra de hoja llena de semillas de geranios y escarabajos, le cerré la herida con alambre. A la hermana le corté los pezones con una tijera, le abrí el cráneo y la violé por el agujero abriéndome paso por su tejido blando. Eyaculé sobre sus memorias. A otra le metí un gato vivo en la vagina y le dejé la cabeza afuera, cosida; le corté las piernas, la hice caminar sobre las manos con esa improbable cabeza maullando en el tope y subí un video a youtube. Le metí un fierro al rojo por el ano, le corté el perineo con una tijera de sastre, le quemé los ojos para que no mirara a nadie más. A su prima le eché parafina en el pelo, la encendí y la vi correr aullando por la calle golpeándose contra los muros. Las coso con agujas de saco unas a otras, tengo el sótano lleno de juguetes hechos con sus partes, algunas siguen vivas. Me encanta abrir los relojes para ver como funcionan. Tengo un par de trofeos, no son más que eso: muebles, adornos, alfombras, utensilios, mascotas. Lo tengo claro, las mujeres son la manera en que Dios castiga a quienes pecan en vidas anteriores. Soy un santo con cuchillo, un cruzado con ametralladora, un defensor de la fe, alguien con los cojones suficientes para hacerles pagar por lo que hicieron. Estoy seguro de eso. Los violadores somos el brazo armado del Señor.

Huka-Yami

Morales y Mori, Lilia

Alejarse por algún tiempo de su actividad como investigador del Instituto de Estudios Biomédicos, le provocaba al Dr. Nagachi Takama una inexplicable reacción de insensatez personal hacia su lealtad a la ciencia. Durante doce años de empeinado trabajo había siempre encontrado las circunstancias experimentales adecuadas que le habían permitido aplazar para mejor ocasión sus temporadas de descanso. Todo aquél que conoció a tan particular y solitario hombre, debió quedar sorprendido ante la noticia de su inusitado viaje a la isla Funchai.

Viajó en tren hasta el puerto Sakú donde pasó la noche. Al día siguiente un coche lo llevó al muelle frente al embarcadero, donde ya lo esperaba Fumico Soseki, el barquero a quién el Dr. Nagachi conociera en sus incipientes años de investigador. Cuando llegaron a la isla Funchai el Dr. Nagachi se dirigió a casa de la viuda Tané —amiga entrañable de su familia— quién vivía sola. Esa noche se celebraban las ceremonias a Niké-Nekó. Enorme gato hecho de papel, el que según la tradición era el simbólico protector de los naufragios. Fumico al ver llegar al Dr. Nagachi a la fiesta, lo recibió ceremoniosamente y lo acomodó en el lugar de honor de su barcaza.

Fumico estuvo particularmente alegre y conversador. Como todo hombre de mar, solía contar aventuras fabulosas a la cual más extraordinarias. De cuando en cuando tomaba unos sorbos de su tasa de sake. El Dr. Nagachi no acostumbraba tomar, así que su taza permaneció todo el tiempo llena. Fumico en cambio la vació varias veces sin dejar de narrar sus aventuras. De pronto, con un gesto decidido, se acercó al Dr. Nagachi y le dijo cerca del oído, muy quedo: Todos los monstruos marinos de que he hablado son pequeños en comparación a los de la isla Huka-Yami. El hombre que pisa la isla muere. Nunca, nunca vayas a Huka-Yami. Ahí te espera la muerte.

Era ya media noche cuando la gente comenzó a retirarse. El Dr. Nagachi se despidió agradeciendo infinitamente las atenciones de la familia Soseki. La claridad nocturna iluminaba sus ojos rasgados y su tez pálida, donde aún se dibujaba el asombro del relato de Fumico. A la mañana siguiente, muy temprano, encaminó sus pasos a casa de la familia Soseki. Fumico se encontraba arreglando la empalizada del jardín. —Hermosa mañana Dr.— dijo Fumico —pase, ya lo esperaba. Se sentaron en el pórtico. El viento traía hasta ellos la brisa del mar. El Dr. Nagachi escudriñaba el horizonte tratando de adivinar la existencia de la isla Huka-Yami. Fumico rompió el silencio, como si de alguna extraña manera hubiera adivinado los pensamientos del doctor.

—Allá se encuentra Huka-Yami. La isla que olvidaron los dioses y los hombres. Todo lo recuerdo muy bien— continuó Fumico —Fue en el mes de agosto. A los pocos días de la bomba nuestra isla se había convertido en campo de refugio. La gente huía del desastre en todas partes. Nadie ha podido explicarse, el porqué en Huka-Yami se sintieron los

efectos de una bomba invisible. Nadie escuchó nunca detonación alguna. Se perdieron las cosechas y los animales, la gente enfermó gravemente. Al principio se mostraban sin fuerzas ni ánimo para nada. Se pasaban todo el tiempo sentados en la playa con la vista al mar. Hasta que morían quedando sus cuerpos quemados y secos como pedazos de cartón.

Fumico hizo una pausa y continuó el relato. —Hace tres años organizamos una expedición para ir a Huka-Yami. Éramos seis hombres en una embarcación. Cuando nos acercamos a la isla, parecía como si hubiésemos llegado a un lugar equivocado. aquella vegetación exuberante que siempre anunciaba la proximidad de Huka-yami, se había transformado en una gran mancha gris. Un aire cálido agitaba los faroles del mástil. Cada vez se hacía más fuerte y más cálido. Corría por nuestro cuerpo, haciendo un sonido cortante que terminaba en silbido agudo y comenzaba nuevamente como si viniera del centro de la tierra. Todos luchábamos para escapar de esa pesadilla. Nos faltaban las fuerzas para retroceder. Con gran esfuerzo controlé el timón y poco a poco nos fuimos alejando con los ojos clavados en la isla hasta que la perdimos de vista.

Durante la noche el Dr. Nagachi no pudo más que pensar en Huka-Yami, ya que después de una acalorada discusión con Fumico, había logrado convencerlo para hacer el viaje. Saldrían en un par de días ellos dos, acompañados tan sólo de Hanaoka y Mizoguchi. El mar estaba tranquilo. La figura de Niké-Nekó guiaba al frente la embarcación. Fumico paró el motor para acercarse lentamente. Al momento se sintió un gran silencio que los hizo escuchar el silbar del viento. El Dr. Nagachi fue el primero en bajar de la barcaza, vio a sus compañeros poco decididos a acompañarle, así que retomó el paso. Apenas se había alejado unos metros cuando Fumico descendió de la barcaza haciendo lo mismo Hanaoka y Mizoguchi, quienes bajaron cargando el material que el Dr. Nagachi había seleccionado para la exploración.

El Dr. Nagachi se encontraba sorprendido ante aquel desolado paisaje. A lo largo del trayecto se dedicó a recolectar muestras del suelo y de los escasos arbustos de extrañas formaciones foliares. Ejemplares que parecían ser los únicos representantes de la vida en la isla. El cálido viento empezó a soplar con más fuerza. Parecía que viniera de todas direcciones y penetrara con furia en una cueva. El Dr. Nagachi sintió deseos de entrar. Se sintió arrastrado hacia ella por un impulso ajeno a su voluntad. Empezó a caminar lentamente hacia la cueva, mientras un ruido ensordecedor mantenía paralizados a sus compañeros. Mizoguchi logró movilizarse. Jaló al Dr. Nagachi quién se resistía a retroceder. Entre todos lograron alejarlo del fantasma invisible. Los cuatro hombres emprendieron el regreso.

Inesperadamente una densa nube se lanzó contra ellos. Eran insectos, cientos de insectos que los atacaban. Inútilmente trataban de espantarlos. Hasta que desaparecieron con la misma velocidad con la que habían llegado. En la desesperación por evitar el ataque, Mizoguchi había tropezado y caído al suelo. No se dio cuenta que de las rocas había salido un enorme escorpión hasta que sintió un agudo dolor en la pierna. Al escuchar sus

gritos, el doctor, Hanaoka y Fumico regresaron hacia él. ¡Un escorpión ha picado a Mizoguchi! —gritó Fumico. El Dr. Nagachi procedió de inmediato a atenderlo haciéndole sangrar la herida. Una inconsciente reacción de investigador le hizo dejar gotear la sangre en un frasco y ordenar que atraparan al escorpión. —Debemos alejarnos de aquí inmediatamente— dijo el doctor al ver alarmado la inflamada pierna de Mizoguchi. Entre él y Hanaoka lo levantaron. Fumico se adelantó llevando el material que el Dr. Nagachi había recolectado. En unos instantes estuvieron listos para partir. Fumico hechó a andar la máquina, y al ver alejarse a la isla Huka-Yami, sintió que su corazón retomaba el latir normal.

Todos habrían de temer más desde ese día, a la serpiente roja que habita en el pantano, cerca de la costa norte, donde el Dr. Nagachi, Fumico y Hanaoka dijeron había ocurrido el accidente en el que perdiera la vida Mizoguchi. Un mes después, el Dr. Nagachi recibió del Instituto de Estudios Biomédicos el material que había solicitado. El Dr. Hachiya le incluía una carta en la que le expresaba lo bien que le parecía que prolongara sus vacaciones. Mas su sorpresa por la petición del microscopio y el específico material de laboratorio. Concluía el Dr. Hachiya su carta, expresándole al Dr. Nagachi la esperanza porque éste le confiara el honor de conocer su nuevo proyecto de investigación que, a no dudar, había emprendido.

El Dr. Nagachi encontrándose en su improvisado laboratorio, al sacar el frasco donde estaba aún vivo el escorpión recordó con tristeza la muerte de Misoguchi. Estaba sumido en sus pensamientos cuando escuchó la voz de la pequeña Murasaki que había entrado al laboratorio. Era una niña vivaz, hija de los vecinos de la señora Tané. Desde que el Dr. Había comenzado a instalar su laboratorio, la niña solía visitarlo atraída por el microscopio y todo aquel mundo de reluciente cristalería de tubos y matraces. Momentáneamente se olvidó el Dr. Nagachi de la niña y se puso a vaciar en un tubo de ensayo el suero que había separado de la sangre de Mizoguchi. Se dio cuenta que mostraba un aspecto denso y refringente. Lo estaba observando con gran cuidado cuando de pronto se escuchó un grito lastimero de la pequeña Murasaki. La niña había destapado el frasco donde se encontraba el escorpión, el cual de inmediato insertó en el brazo de Murasaki su potente aguijón introduciéndole el líquido de sus glándulas venenosas.

El Dr. Nagachi rápidamente tomó en sus brazos a Murasaki y la sacó del laboratorio. En tanto, la señora Tané atraída por el grito de la pequeña había acudido hasta ahí. Enterada en rápidas palabras por el doctor de lo que había ocurrido, no vaciló en convertir al siniestro animal en una masa amorfa. La pequeña Murasaki había dejado de llorar, sólo a ratos se quejaba. El doctor le había limpiado la herida, aunque en el fondo sabía que todo era inútil y que nada habría de salvarla. Cuando amaneció, la niña ya no tenía temperatura. Su brazo aún estaba adolorido, inflamado y enrojecido, pero nada indicaba que se fuera a morir. Después de hacerle una curación, Murasaki se fue a su casa con sus padres. Por un momento el Dr. Nagachi llegó a suponer que la muerte de Mizoguchi no la había podido causar la picadura del escorpión ya que no se explicaba que la niña no

hubiera sucumbido al supuesto veneno mortal.

Pero, ¿qué había causado la muerte a Mizoguchi? Tomó el tubo de ensayo donde se encontraba el suero, lo vio durante largo rato, su aspecto refringente le inquietaba. Vertió una gota en un portaobjetos y la observó al microscopio. Al principio aparecieron como pequeños puntos luminosos que se encontraban repartidos en toda la gota. ¿Qué es esto? —Se preguntaba el Dr. Nagachi. Dio el máximo aumento al microscopio y observó maravillado perfectas estructuras poliédricas compuestas de numerosas facetas brillantes. —¡Estos cuerpos son enormes! ¡Deben ser del tamaño de una gran bacteria! —murmuró el Dr. Nagachi. Hizo varias preparaciones y en todas encontró las mismas estructuras poliédricas. Realizó algunos dibujos y detalló al máximo sus observaciones, las que concluyó: —Creo que he encontrado el origen de la muerte de Mizoguchi.

Al día siguiente salió de compras. Regresó con cuatro conejos y una bolsa de galletas. Cuando la señora Tané lo vio llegar se alegró mucho, sabía que a él le agradaba el guiso de conejo, pero el Dr. Nagachi sólo le entregó las galletas y entró al laboratorio con los animales a los que les acondicionó jaulas separadas. A cada conejo le marcó un número distinto en la oreja. Al conejo número 1, le inyectó una pequeña dosis del suero de Mizoguchi, al número 2 le inyectó el doble de la dosis del mismo suero y al número 3 le inyectó suero normal. Si su tesis era cierta pronto morirían los conejos 1 y 2. Se sentó tranquilo a esperar, pero después de dos horas los conejos no mostraban signos alarmantes. Llegó la noche y los conejos seguían vivos. —¡Esto es imposible!— repetía una y otra vez moviendo la cabeza y caminando de un lado a otro del laboratorio.

Se pasó gran parte de la noche esperando que murieran los conejos, hasta que se quedó profundamente dormido recargado en la mesa de trabajo. A media mañana despertó sobresaltado. Levantó la vista hacia la jaula de los conejos que seguían vivos. Tomó al conejo número 2, le hizo una incisión en la oreja de donde recogió 5 mililitros de sangre. Después de separar el suero, observó varias preparaciones al microscopio. —¡Ahí están!— dijo, ¡las figuras poliédricas circulan por el torrente sanguíneo del conejo y no le ocurre nada! El Dr. Nagachi necesitaba poner las cosas en orden. Así que decidió analizar todas las muestras traídas de Huka-Yami. Durante varios días analizó todo el material. Llegó a preparar 175 extractos en diferentes medios acuosos, pero no encontró nada importante. Sólo le quedaba una pequeña cantidad del suero de Mizoguchi y un escorpión despatarrado nadando en solución alcohólica, además de los conejos a los que tenía que alimentar diariamente.

Después de varios días sin salir a la calle, la señora Tané se encontraba muy preocupada por la necedad del doctor de permanecer encerrado en el laboratorio. Y para sorpresa suya, ese día el Dr. Nagachi la invitó a dar un paseo. Fueron a casa de Murasaki donde pasaron un rato muy agradable. Al despedirse el Dr. Nagachi les dijo a los padres de la pequeña que era necesario hacerle un estudio. Una biometría de rutina que se acostumbraba hacer en esos casos. Cuando estuvo preparado el suero de Murasaki, se

dispuso a observarlo al microscopio. De momento le pareció ver algo, enfocó dando el máximo aumento. —Aquí hay algo— decía excitado el Dr. Nagachi. Una figura poco definida era apenas perceptible. Había gran número de ellas en todo el campo visual.

Preparó diversos colorantes, probó con todos ellos, pero no logró teñir el extraño corpúsculo. Probó incluso con un extracto hecho de pigmento de granos de polen, hasta que por fin descubrió la interesante simetría del corpúsculo empleando el colorante que él llamó 3-EV. Una esfera anaranjada de la que salían numerosos filamentos se encontraba en gran número en el suero de la niña. El Dr. Nagachi permanecía estupefacto ante los inexplicables acontecimientos. Leía y releía sus anotaciones. Veía una y mil veces el dibujo que había hecho de las figuras poliédricas y sus nuevos bosquejos de la esfera filamentosa. —¿Qué está ocurriendo aquí?— se preguntaba. No tenía una respuesta razonable con que sustentar sus descubrimientos. Era necesario comenzar nuevamente por el principio.

Hacía tiempo que no veía a Fumico. Encontrándose perplejo ante las insólitas circunstancias acaecidas en su laboratorio, pensó que la compañía del barquero le haría despejar un poco la maraña de sus pensamientos. Fumico desde el viaje a Huka-Yami no había vuelto a navegar. Lo encontró descansando en la terraza. Caminaron un rato por la playa, siguieron bordeando la aldea hasta llegar a la casa del Dr. Nagachi. El laboratorio olía a corral, las charolas de las jaulas estaban llenas de excrementos y orines. El doctor no permitía que la señora Tané las limpiara y él, en los últimos días se había pasado la mayor parte del tiempo observando las preparaciones microscópicas.

Entre Fumico y el Dr. Nagachi limpiaron el laboratorio. Toda la cristalería quedó reluciente y en orden como el primer día. Ya se despedía Fumico cuando el Dr. Nagachi le dijo que le permitiera tomarle una muestra de sangre. Necesitaba un poco de suero para el control de un experimento que estaba por iniciar. Se le ocurrió revisar nuevamente todo el material traído de Huka-Yami, pero ahora emplearía el suero de Fumico como medio acuoso. Llevó los portaobjetos ya preparados a la estufa y los dejó ahí durante una hora. Llegado el momento se dispuso a observar las preparaciones en el microscopio. Tomó primeramente el control donde había solamente suero de Fumico. —¿Qué estupidez!— he empleado el suero de Mizoguchi. —Gritó, al ver la relucientes figuras poliédricas repartidas en toda la gota. —¿Qué estupidez!— continuaba gritando, al mismo tiempo que se pasaba las manos por el lacio cabello negro. Recargó sus codos sobre la mesa, dejando caer su barbilla entre sus manos. —Calma Nagachi— se repetía mentalmente— mientras su corazón empezaba a acelerarse. —¿No he podido equivocarme!— Tomó nuevamente el suero de Fumico, leyó varias veces la etiqueta con la fecha de la muestra y el nombre de Fumico. Hizo otra preparación y la colocó en el microscopio. Era inevitable, ahí estaban relucientes y retadoras las figuras poliédricas.

Con repentina desesperación tomó una jeringa y se extrajo sangre de su brazo izquierdo. Etiquetó muy bien el tubo de ensayo. Mientras separaba el suero revisó cuidadosamente

sus apuntes. Limpió la jaula de los conejos y comió un poco de verduras que tenía para ellos. Cuando observó el suero marcado con el nombre de Nagachi, sabía bien lo que encontraría. Por supuesto, ahí estaban, relucientes los corpúsculos con perfectas facetas inconfundibles. En el momento que las observaba, un tenso frío recorrió todo su cuerpo. Una extraña estructura —pensó— invade tranquilamente mi organismo y mi cuerpo la acepta como propia, como si nada, sin ocurrir ni la más elemental respuesta inmunológica. Por la tarde salió en busca de Hanaoka, el más joven de los que habían ido con él a Huka-Yami. Lo encontró en su casa, acababa de regresar de pesca. El muchacho muy alegre mostraba aspecto saludable. El Dr. Nagachi le pidió tomarle una muestra de sangre. Hanaoka aceptó gustoso.

Ya en el laboratorio analizó el suero al microscopio. —¡Si, aquí están! —exclamó el Dr. Nagachi, quién ya estaba íntimamente familiarizado con las perfectas figuras poliédricas. Sin embargo, todo eran piezas sueltas de un rompecabezas sin sentido. Vio nuevamente al microscopio el suero de la pequeña Murasaki, lo preparó con el colorante 3-EV. Eran realmente interesantes esas esferas filamentosas de intenso color anaranjado. Tomó un poco del suero de Mizoguchi, lo observó largo rato. Tenía junto a él el gotero con el colorante 3-EV y pensó que quizás si lo empleara en la preparación del suero de Mizoguchi destacaría aún más la estructura poliédrica. Así lo hizo y al ver al microscopio, sus ojos no podían dar crédito a tan maravillosa imagen. Empezó a dar saltos de gusto. Reía como un niño, hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas. —La figura poliédrica— decía —tiene adentro a la esfera filamentosas. ¡Está adentro la figura filamentosas!

La señora Tané escuchó los gritos, se acercó alarmada a la puerta del laboratorio. —Doctor, ¿qué le ocurre? Se está volviendo loco encerrado en ese laboratorio. Calla mujer, que estoy ocupado. —Le gritó el doctor sin abrir la puerta. Inmediatamente se dispuso a teñir preparaciones del suero de Fumico, Hanaoka y su propio suero. Primero tomó una preparación de su suero, quería admirar el bello espectáculo de los corpúsculos que se habían apoderado de su cuerpo. Las manos le temblaban cuando colocó la preparación al microscopio. Recorría cuidadosamente la imagen iluminada del campo microscópico, al mismo tiempo que un gesto de desencanto ensombrecía su rostro. —¡Qué extraño!— dijo incrédulo —¿es que ya no sirve este colorante? Nada espectacular había ocurrido. Tan sólo se encontraban las figuras poliédricas como él las había visto en un principio.

Lo mismo ocurrió con el suero de Fumico y Hanaoka. Sólo el suero de Mizoguchi tenía en el interior de la estructura poliédrica a la esfera filamentosas. Todo empezaba a aclararse con este último descubrimiento. Las ideas adquirían sentido lógico para el investigador. Tomó nuevamente su libro de notas. Recordó hasta el último detalle de lo ocurrido en la isla de Huka-Yami. Repasó cuidadosamente todos sus descubrimientos. E inició de inmediato un nuevo experimento. Ya estaba todo listo: Al conejo 1A, le inoculó una dosis del suero de la pequeña Murasaki. Al conejo 2A, una dosis del suero de

Hanaoka. Al conejo 3A le inoculó primero una dosis del suero de la niña y otra dosis igual del suero de Hanaoka. Tomó un cuarto conejo 4A al que inoculó de los mismos sueros que al conejo 3A, pero invirtiendo el orden de inoculación.

Se sentó frente a la jaula de los animales a los que veía atentamente mientras devoraba nervioso una hoja de lechuga. Después de unos minutos el conejo 3A comenzó a convulsionar y casi al mismo tiempo el conejo 4A era presa de violentos espasmos. Pocos minutos más tarde ambos conejos presentaban obstrucción respiratoria, hasta que sus cuerpos se desplomaron sin vida. No había duda ya para el doctor, Fumico, Hanaoka y él, sólo habían sido atacados por los insectos, la pequeña Murasaki en cambio, sólo por el escorpión. Entonces... ¡Los insectos tenían que ser los portadores de la estructura poliédrica y el escorpión era quién transmitía la esfera filamentosa! ¡Por eso había muerto Mizoguchi! ¡Solo él fue atacado tanto por el artrópodo como por los insectos!...

El Dr. Nagachi comprendió que una nueva forma de vida había surgido en Huka-Yami. Las radiaciones atómicas y las circunstancias particulares de la isla debieron generarla. Dos nuevos, extraños corpúsculos, se adaptaban perfectamente en los organismos vivos y éstos se convertían en portadores sanos, si es que albergaban a una u otra estructura. Estructuras que al integrarse ambas dentro de un ser vivo, se ensamblaban convirtiéndose en una unidad mortal. Esa misma noche el doctor se entrevistó con Fumico. Sin más rodeos le pidió que lo llevara cuanto antes a Huka-Yami. Discutieron largamente. Fumico se negó, le hizo ver el peligro que representaba para ambos volver a la isla. Finalmente el Dr. Nagachi le pidió que le prestara la barcaza. ¡Él acudiría sólo! Fumico lo vio tan decidido que al fin aceptó acompañarlo, pero le advirtió que él no pisaría la isla ni un sólo instante.

Bien, mi buen amigo. Así lo haremos. No te haré esperar mucho. Sé perfectamente bien por lo que voy a Huka-Yami. Partieron al amanecer. El viaje fue lento y silencioso. Al llegar a la isla un terrible presentimiento embargó a Fumico. El Dr. Nagachi reconoció de inmediato el lugar. ¡Era la cueva! La misma cueva que él había encontrado con Fumico, Hanaoka y Mizoguchi. Un impulso irrefrenable lo hizo introducirse en la boca siniestra. El doctor abrazaba fuertemente la caja en que llevaba unos cuantos frascos y su atesorada libreta de notas. Avanzó penosamente hacia el ígneo interior, hasta quedar atrapado por aquel túnel crematorio. Ahí murió, quedando su cuerpo horriblemente calcinado.

Era ya de noche cuando Fumico regresaba a Funchai. El cielo tapizado de estrellas centelleantes se reflejaba en el mar. Al frente de la embarcación sonreían sugerentes y extraños los ojos luminosos de Niké-Nekó.

Lilia Morales y Mori

México D.F. 1946

Transhumanista. Escritora. Poeta. Inventora de juegos y modelos matemáticos.
Diseñadora multimedia de arte fractal

Libros publicados:

- "Universo Antrópico - Una Realidad Posible"
<https://www.smashwords.com/books/view/509772>
- "Espejismo Fractal" <https://www.smashwords.com/books/view/344764>
- "Oráculo. El Juego de las Sentencias"
<https://www.smashwords.com/books/view/392520>

Ha publicado narrativa, ensayo y poesía en varias revistas y periódicos: Primer lugar en ciencia-ficción otorgado por la Universidad y el gobierno de Guanajuato

Su poema RABORÁ se escenificó en el Museo Universitario del Chopo y en la Casa de Cultura SINAC en México, D.F.

Participó en la 5º Bienal Internacional de Poesía Visual Experimental

Realizó la traducción del inglés de la novela de ciencia-ficción "Alfa Centauri", del escritor italiano Marco Santini.

Trabajó en la Fundación Arturo Rosenblueth en el área de computación y diseño

Trabajó en la UTE (Secretaría de Educación Pública) como conductora del programa de televisión para la Tele Preparatoria Rural en el área de matemáticas

Fue ponente en el Congreso Transhumanista TransVision2005 donde presentó uno de sus modelos matemáticos, "Operación Minotauro", proyecto experimental en robótica en el que plantea la posibilidad de establecer conductas básicas de aprendizaje, conciencia y creatividad

Entre sus inventos creó un juego de *Ajedrez Topológico*. El acertijo *Enigma de las desapariciones*. Una serie de modelos matemáticos sobre *Cuerdas Anudadas*, cuya culminación se destaca en la *Cuerda Florentina*. Ha registrado más de 30 acertijos basados en el *Módulo 16*. Entre sus modelos de tercera dimensión destacan el *Hipercubo* y la *Cuerda anudada en el espacio*.

Estudios: Universidad Nacional Autónoma de México. Carrera de Biología Facultad de Ciencias.

Trabajos de investigación: Centro de Estudios Nucleares de la UNAM. Instituto de Enfermedades Tropicales. Se desarrolló como investigadora biomédica en el Centro Médico Nacional del IMSS en el departamento de Bromatología y Cirugía experimental.

Publicación de varios blogs de divulgación científica y tecnológica, acertijos matemáticos, fractales y blogs literarios.

Publicación de varios videos en YouTube de sus diseños fractales y de interesantes y extraños avistamientos de los cuales ha sido testigo.

Esposa, madre y abuela se pasa la mayor parte del tiempo trabajando frente a la computadora.

En el 2010 adquiere la nacionalidad española de origen, de la región catalana con el nombre de Lilia Morales Mori

Mantis

So Blonde

Puede que fuera por la educación recibida, por el paternalismo reinante en una sociedad en la que conservar la inocencia era lo más importante y que no alentaba a pedir aquello que se deseaba de verdad.

También pudiera ser que nunca tuvo ningún guía que ayudara a dar forma a aquello que sentía y que sabía debía ocultar ante el resto.

Quizás. Lo cierto es que su descubrimiento del placer resultó una mera coincidencia en todos los grados en que éste se iba manifestando; pidiendo más cada vez, acercándose a unos límites que se tornaban más peligrosos con cada alarde de valor

La primera vez fue fundamental y, pronto, rutinaria. Con la infancia aún fresca en la memoria, estrenó sus primeros pantalones vaqueros con corte para curvas de mujer. Tan duros y ásperos, con esa costura central que oprimía y humedecía. La prenda era discreta, no así los movimientos de las caderas que en ocasiones la delataban cuando ella estaba sentada, con las piernas cruzadas, apretando en secreto los muslos y forzando el tejido en el tedio de las clases.

Luego se descubrió a sí misma ante el pudor de su desnudo en el espejo, en la intimidad de la ducha, en la seguridad que otorgaba el velo de la ropa de cama. Se amó de forma egoísta y repetitiva, como hace todo el mundo. Se regaló postales de una estética admirable: un cuerpo núbil que se exploraba con dedos inexpertos clavados hasta los nudillos. Pero aquello fue banal.

Igual que cuando inmoló su doncellez y compartió su cuerpo con alguien. Una experiencia torpe, vergonzosa y frustrante. Demasiado miedo.

La segunda, sin planteamiento previo y brutal en su acometida, la asustó. No quería, no quiso, pero lejos del sexo descubrió un nuevo matiz; el del control. La excitó más el componente violento e irracional de dominación que el acto en sí.

Le costó varios encuentros más descubrir que no quería ser montura sino amazona; hoja y no carne; fusta y no piel.

Además, este aprendizaje abrió un nuevo campo de juegos. La intensidad de los estímulos puede ser cosquilla, arañazo o desgarró. Fue un accidente que se descarnase una uña del anular cuando su mano derecha topó con la pared mientras era montada por un semental de veinte años. Las endorfinas del orgasmo se unieron a las que producidas por el cerebro para amortiguar el dolor. Aquella sangre fue muy dulce.

La plenitud llegó con la oportunidad de ofrecer ese descubrimiento a otros. No todos estaban preparados, por supuesto, y tuvo que comenzar a elegir a sus amantes con mucho tiento, en una selección que iba más allá del físico de presentación inicial. Aprendió a leer en el círculo brillante que redondea las pupilas, donde se vislumbra un leve jirón del alma. Allí veía que el apuesto y viril varón no era más que una rutina de movimientos pélvicos y también que el alopécico casado de mediana edad escondía aristas aceradas que deseaban clavarse o ser pulidas.

Al final, no existía para ella diferencia entre el placer y el dolor y los límites de tolerancia convirtieron lo antes divertido en una rutina de excesos que resultaban

grotescos.

La abstinencia no sirvió para remediarlo.

De nuevo la casualidad la salvó del celibato impuesto por el tedio. Fue la casualidad, no las cadenas que oprimían las muñecas de su partenaire mientras ella lo enterraba en su vientre con una furia proveniente de la frustración, lo que la permitió encontrar un nuevo modo de saciar sus apetitos.

También ayudaron los golpes de siete colas que ella propinaba sobre los pectorales para dibujarlos con trazos de sangre que antes la embriagaban y que ahora eran simple attrezzo.

Lo que hizo que hallase el nuevo sabor fue el último espasmo de su masoquista pareja. Cuando él dejó de respirar, cuando eyaculó simiente y vida, cuando el rictus de su cuerpo se volvió eterno, cuando el alma abandonó el cuerpo a manos de Eros, ella creyó también morir abrasada por un fuego que nació en su sexo y explotó en su cabeza casi volviéndola loca.

¿Casi?

En esa ocasión fue la providencia, el exceso de pastillas azules, la asfixia provocada por la bola de goma que él tenía atada en la boca, lo que hizo que el corazón explotase, que la muerte llegara.

Ella no iba a estar a merced de la suerte de nuevo, no dejaría que el placer desapareciera otra vez. Si la Dama no aparecía en el lecho, ella la invitaría.

Consiguieron detener a la Mantis cuando la última de sus víctimas, la que hacía la número treinta, resucitó milagrosamente. La catalepsia le salvó la vida.

Hola, soy **So** y escribo cosas y la url de mi watpad es <http://www.wattpad.com/user/SoBlonde> y mi perfil en Facebook <https://www.facebook.com/so.blonde.5>

Samira
Cascales, Josep

Inicio.

Auditorio Clarke. Conferencia del Presidente de la EOG

—La historia de la *Estación Orbital Galáctica* está repleta de anécdotas, risas, tristezas, miedos, peligros, acontecimientos... todos ellos han sido importantes y necesarios para configurar nuestra sociedad actual.

La historia que os voy a contar sucedió en los albores de *Galáctica*.

El precursor de esta gran obra pretendía crear una sociedad distinta a la existente. Deseaba crear dos sociedades diferenciadas, los pobres vivirían en la polucionada Tierra y los seleccionados en *Galáctica*.

Dmitry Itskov, concebía una *EOG* como centro de ocio para millonarios, un gran casino; un enorme prostíbulo, donde las drogas de diseño y las experiencias nuevas, jamás imaginadas, atraerían a los humanos con más dinero y poder del planeta.

Y así nació la *EOG* y su ciudad *Star*. Un prodigio de tecnología. Habitada por robots encargados del mantenimiento y humanos esclavizados, cuyo único objetivo era el disfrute de los visitantes. Diversión y perversión al servicio de quién lo pudiera pagar.

Poco después de la inauguración de *Star*, los visitantes a la *EOG* se incrementaron hasta alcanzar niveles insostenibles, fue entonces cuando *Dmitry* rompió lo pactado con las potencias terrestres sobre la libre circulación de personas y creó el Cuerpo de Supervisión, en él se estudiaban las solicitudes de entrada permitiendo el acceso a quién pudiera pagar el “canon de visita”, al resto se le negaba el acceso mediante las “legales” cuarentenas por enfermedades inexistentes y eran devueltos a la Tierra.

La cuenta de ingresos de *Dmitry* creció exponencialmente y con ello se convirtió en el humano más poderoso e influyente de la Vía Láctea y... quería más.

No obstante, algo ocurrió en ese mundo tan controlado por *Dmitry* y sus socios. Un suceso sin aparente importancia, una paradoja que lo cambió todo.

Esa es la historia, vivida en primera persona, que hoy voy a contaros.

SAMIRA

Preciosa, radiante, apetecible, sensual, allí estaba, esperándome en la cama. En la posición que yo deseaba en mis fantasías. Preparada para cumplir con sus obligaciones y satisfacer cualquier deseo de su cliente; incluidos los no manifestados oralmente.

Samira podía interpretar las ondas cerebrales de las personas próximas a ella, conocer su estado de ánimo y valerse de toda esa información para transformar cualquier estado emocional negativo a euforia si era necesario.

Durante seis meses se ha evaluado la conveniencia de continuar con el proyecto y crear a los futuros neohumanos que serían utilizados para dar placer sin límite o su eliminación, como los anteriores prototipos defectuosos.

Hoy es el día de la evaluación final, el día en el que test es distinto, no habrá reportes de terceros, yo, su creador, soy su evaluador.

Samira se incorpora de la cama y se acerca. Camina acompasadamente. Su cuerpo desnudo; brillante; turgente... Intento hablar y disimular mi turbación pero ella me lo impide posando uno de sus dedos en mi boca, con la otra mano se apoya en mi pecho y sus labios se juntan con los míos regalándome el premio de mi deseo.

Transcurrido un tiempo indeterminado se separa de mí y sus manos comienzan a actuar.

—No hables, sé lo que necesitas y te lo voy a dar.

Su voz rebosa ternura y penetra en mi mente con lentitud, neutralizando cualquier otro pensamiento. Una comunicación apoyada con su mirada, que se convierte en prioritaria, que me desconecta de todo para ser ella el foco principal de mi atención.

Mis ojos se cierran y mi mente navega por un plácido sueño de excitación.

Me avergüenzo de mis pensamientos, de las cosas que deseo hacer con ella...

Abro los ojos y su sonrisa es la invitación a que dé rienda suelta a mis deseos.

DMITRY

En el año 2058 el magnate ruso *Dmitry Itskov* y su equipo de científicos de *Kurzweil Technologies* desarrollaron una propuesta: *Star*, la mayor ciudad de diversión y ocio que jamás soñó la Humanidad, ubicada en una Estación Espacial Orbital comunicada con la Tierra a través de un ascensor. Inmediatamente fue apoyado por todos los países que colaboraron hasta convertirla en realidad.

Hoy, veinte años más tarde, *Dmitry* es la persona más poderosa del Sistema Solar y quién, verdaderamente, toma las decisiones político-financieras de la Tierra, mi jefe.

El desplazamiento de la puerta anunciando la llegada de *Dmitry* me devuelve a la realidad.

—Buenos días, *Joseph* —Se sienta lo más próximo a mí a pesar de la amplitud de la sala e inicia la conversación— Te preguntarás el porqué de esta reunión privada y confidencial.

—Señor *Itskov* usted es mi jefe y no... —Como era previsible no me deja terminar.

—*Joseph* eres de los pocos que me comprende y no te comportas como un lacayo obediente. Como deferencia a los años que llevamos juntos y a la trascendencia de esta reunión... —Mi sonrisa le da la conformidad que busca para poder continuar el *speech*— No necesito ninguna otra opinión. Y ahora, sin ningún adorno científico y en lenguaje comprensible dame tu informe de la evaluación de *SA05*.

Despliego la pantalla holográfica central y vuelve a interrumpirme.

—No es necesario informe oficial, es una conversación... importante. Adelante *Joseph*.

Trago saliva intentando deshacer el nudo que tengo en la garganta para poder hablar.

—*Samira*, *SA05*, presenta los mismos problemas que los anteriores *neos* aunque hemos conseguido retrasar en el tiempo su manifestación, por lo que creemos que estamos en la línea correcta y que el próximo prototipo, *SA06*, será una versión mejorada

—¿Será una versión definitiva? —*Dmitry* lanza la pregunta que esperaba.

—Probablemente no, pero estamos seguros que será superior a la actual... —Vuelve a interrumpirme.

—Por lo que necesitaremos más prototipos, más tiempo, más dinero... ¿Cuántas versiones serán necesarias crear hasta conseguir la definitiva?

Pensaba que ya había lanzado “la Pregunta”, pero me he equivocado, esta parece ser la más importante.

—Señor. *Itskov*, no es posible saberlo. No podemos cuantificar las unidades prototipo necesarias para conseguir la definitiva... pero hemos realizado una estimación de tiempo y probablemente necesitaremos un mínimo de veinte años para conseguir culminar el proyecto con éxito.

Pensativo, con la mirada perdida y el ceño fruncido, *Dmitry* parpadea continuamente. Se levanta y camina alrededor de la mesa deteniéndose en el gran ventanal desde donde se observa la Tierra y el ascensor de transporte que comunica con la *EOG*. Cruza las manos a su espalda y comienza a hablar muy despacio.

—He invertido mucho tiempo y dinero en todo esto... sin resultados positivos... mi paciencia y la del resto de inversores se ha agotado... ¡La financiación se ha terminado!... Volveremos a utilizar humanos para los placeres sexuales, son manipulables y se pueden comprar. ¡Este mal sueño queda definitivamente suspendido! Los laboratorios y todo el equipamiento serán desmantelados por la brigada de limpieza. La programación, informes y cualquier hardware que haya intervenido en este proyecto desaparecerán inmediatamente. La Guardia Informática revisará las pertenencias de todo el equipo que haya participado y requisará la información del Proyecto para su posterior destrucción —con solemnidad añade— No quedará ningún rastro del Proyecto SA.

Sin poder contenerme le espeto —¿Qué le ocurrirá a *Samira*?—

Deja de mirar por el ventanal y se dirige a la puerta. Cuando la puerta advierte su presencia se abre. *Itskov* se detiene. Se acerca a la mesa y apoya sus manos en ella. Aproxima su cara a la mía y sus palabras truenan en la sala.

—No se restablecerá su conexión, será destruida inmediatamente.

Me quedo solo. Siento haber defraudado a *Dmitry*... por primera vez he fracasado como científico pero... no como humano... ¡He cumplido mi promesa, *Samira*!

Fin. Auditorio Clarke

—Y esta es la historia de los primeros neohumanos y del fracaso de su utilización como esclavos. El sacrificio de *Samira* consiguió que nuestra sociedad se transformara y evolucionara hasta su configuración actual. Hoy, trescientos años más tarde, la convivencia entre humanos y neohumanos es perfecta y así continuará.

Una catarata de aplausos inunda el auditorio mientras la esposa del viejo presidente sube al estrado y le besa en la mejilla. Ella sigue preciosa y radiante.

José Cascales Vázquez (Badalona, 1964) reside en Madrid. Master en Marketing y Ventas. Mantiene un blog dedicado a los relatos de ciencia ficción

<http://josepcascalescf.blogspot.com/> y una página en facebook [Relatos Cortos. Ciencia Ficción](https://www.facebook.com/groups/1375355086037758/) <https://www.facebook.com/groups/1375355086037758/> con información

relacionada con la Ciencia Ficción y la Ciencia en general.

Ha colaborado en la revista MiNatura con el relato “La justicia siempre llega”, en Inari con “Insurrección: El nacimiento de un superhéroe”, en el portal ficcioncientifica.com con el relato “[Reprogramación](#)”, así como en “Relatos escogidos del Taller Literario Terbi” de la Asociación Vasca de Ciencia-ficción, Fantasía y terror, con dos relatos: “Mutación” y “Reprogramación”.. También ha publicado varios relatos en el periódico A21: “Jules” y “Viajes en el tiempo”.

Malleus Maleficarum

Gallardo, Ainhoa

Amanda Favre acababa de terminar sus estudios de tanatopraxia, y tuvo la suerte de encontrar trabajo pronto. Ya sabía a lo que se exponía, había practicado cientos de veces en su Universidad, pero aun así, estaba nerviosa por su primer día de trabajo.

Acudió temprano a la funeraria tras un aviso de que traían el cadáver de una señora al tanatorio. El médico forense había dictaminado el certificado de defunción, la muerte había sido por paro cardíaco, una muerte repentina al parecer.

La señora era Valérie Pinaud, una mujer caucásica de unos cuarenta y pocos años. Una mueca de agonía y confusión se reflejaba en su rostro. Amanda se preparó con sus guantes, bata y gafas; procedió a cerrarle los párpados, lavó su cuerpo con germicidas, suturó su boca, limpió sus orificios corporales y colocó algodones en sus cavidades para evitar la salida de fluidos. La joven tanatopractora masajeó el cadáver en esa fría e inhóspita habitación para eliminar la rigidez y conseguir mejorar el aspecto de la piel, sirviéndose de cremas y aceites.

Una vez preparado el cuerpo, Amanda se disponía a comenzar el embalsamiento. Para que la piel recuperase un tono más vivaz y eliminar esa coloración azulada; ella debía realizar una incisión en la arteria de la difunta Valérie para extraer toda su sangre, e introducirle una mezcla de formol, agua, productos químicos, conservantes, germicidas y colorantes similares al color de la sangre. Además este conjunto de sustancias evitarían la descomposición de los tejidos, y los germicidas eliminarían la aparición de hongos o moho. Para evitar todo tipo de bacterias tenía que inyectarle grandes cantidades de alcohol, glicerina y formalina.

Amanda se dio la vuelta y enseguida localizó las bombas de inyección y aspiración para perforar el intestino grueso, la vejiga, estómago y pulmones; con el fin de vaciarlos para posteriormente rellenarlos con estas sustancias. Repasaba en su mente todos los pasos y estaba muy concentrada, cuando de pronto, al volver la vista al cadáver se dio cuenta de que éste tenía de nuevo los ojos abiertos. Confusa, se precipitó a cerrarlos pensando para sí misma que quizás se le había olvidado, pero ella juraría que lo había hecho, pues estaba convencida de que tenía todo calculado.

Acercó las bombas de inyección, estaba a punto de realizarle la incisión en la arteria cuando la difunta mujer levantó su brazo y azotó la cara de Amanda, provocando que ella se llevase la mano a su mejilla enrojecida por el golpe. Se había llevado un notorio sobresalto, pero sabía que los fallecidos podían tener espasmos, por lo que fue tranquilizándose de manera gradual. Valérie parecía haber cambiado la mueca de su cara... ahora exhibía una siniestra sonrisa. La tanatopractora, inerte al ver esa imagen, quedó petrificada observando el cadáver mientras se acercaba lentamente a él, bistorí en mano.

De repente, Valérie abrió de nuevo sus párpados, unos azules y chisporroteantes ojos de odio clavaron su mirada en Amanda. La señora agarró con fuerza su brazo, abrió su boca deshaciéndose de la sutura y del algodón; y le hincó los dientes otorgándole un doloroso mordisco a la tanatopractora. Amanda comenzó a gritar y golpeó a la señora con

la mano que le quedaba libre para zafarse de ella.

Ante sus ojos vio cómo en cuestión de segundos la piel de Valérie tornaba a un aspecto arrugado y envejecido, su cabello castaño se volvió blanco, largo y sin brillo. Ya no era una mujer de cuarenta y pocos años sino una anciana con muy mala uva. Alertados por los alaridos de Amanda, se escucharon pasos correr hacia la habitación, probablemente sus compañeros o el jefe se aproximaban a gran velocidad para descubrir lo ocurrido. Sin embargo, esa anciana que ahora era Valérie, corrió hasta la ventana llevándose el cristal por delante y se lanzó a través.

Por suerte el tanatorio se encontraba en una planta baja, pero cuando Amanda se asomó por el ventanal roto tan sólo unos segundos más tarde, no había ni rastro de la señora.

La tanatopractora entró en estado de shock, era incapaz de reaccionar, de articular palabra alguna... los compañeros le encontraron embobada mirando al infinito a través de los cristales rotos. Se remangó la bata y allí tenía el enorme mordisco que la anciana le había provocado con ferocidad, marcando toda su dentadura y clavándose hasta perforar la piel de Amanda, de la que ahora le resbalaban unas finas y calientes gotas de sangre.

La puerta se abrió para que los compañeros de trabajo de Amanda accedieran al habitáculo, sobrecogidos por los ruidos que habían escuchado.

—¿Qué ha pasado?—Preguntó su compañero jadeando, el sudor brillaba en su amplia frente.

Amanda aún era incrédula de lo que acababa de acontecer, pero pensó muy seriamente en qué era lo que podía contar sin ser tomada por una loca... decirles que una fallecida mujer de cuarenta, se había levantado convirtiéndose en una anciana para huir, no ayudaría mucho... por lo que omitió esta parte.

—Es—estaba muerta, se levantó, me mordió y huyó... simplemente eso.—Confesó con una temblorosa voz.

—¿Simplemente eso?, ¿enserio?... Esa mujer estaba clínicamente muerta, y ahora anda a sus anchas por ahí, confusa y aturdida... ¡hay que avisar a la policía!—Exclamó su jefe.

—Ve al médico a que te miren esa mordedura, no tiene buena pinta.—Le sugirió otro de sus compañeros.

La joven tanatopractora acudió a curarse la herida superficial que Valérie le había provocado. Era consciente de que aun habiéndose declarado la muerte clínica a alguien, aunque fuera poco frecuente, la persona podía volver a la vida tras estar horas muerta. Quizás un mal diagnóstico, o quizás la actividad cerebral y las funciones vitales no se habían deteriorado del todo... ahora lo primordial era encontrar a esa señora pues necesitaba atención médica, pero Amanda no dejaba de pensar en cómo pudo tener la visión de Valérie transformándose en una anciana... ¿fue real, o acaso sólo fue fruto de su imaginación?

Amanda llegó agotada a casa tras un duro día de trabajo, de hablar con la policía, y de dar explicaciones... Cenó un poco de comida ultra—congelada, acarició a su gato, y enseguida se metió en la cama para desconectar de todo; esto último era lo que más

ansiaba.

Cuando el sueño estaba a punto de vencerle, su móvil sonó a altas horas de la madrugada. Ella pensó que podía tratarse de algún otro aviso de la funeraria y no tardó en atender la llamada.

—¿Sí?—Contestó tras un leve carraspeo.

Transcurrieron unos segundos pero nadie le respondió al otro lado. Comprobó que le llamaban desde un número desconocido, por lo que colgó la llamada e intentó dormir. De nuevo, alguien volvía a llamar a su móvil desde un número desconocido, muy molesta se acercó a descolgar el teléfono.

—¿Quién es?

Amanda pudo escuchar una respiración, pero nadie se dignaba a responderle.

—Sea quien sea no estoy para bromas, así que por favor, ¡deje de molestarme!

Obstinada colgó y silenció su móvil, a sabiendas que debía de estar operativa por si le llamaban para ir al tanatorio; esa noche no le tocaba estar de guardia pero por si acaso fallaba la persona que sí lo estaba, la segunda a la que llamarían sería a ella, pero no le importó, sólo quería descansar.

Pasarían unos pocos minutos cuando el teléfono fijo de su vivienda comenzó a sonar también. Dejó que saltase el contestador y volvió a escuchar esa respiración. La persona que estaba incordiándole llamó una segunda, y una tercera vez a su teléfono fijo, hasta que Amanda se incorporó de su cama hasta alcanzar el teléfono que tenía sobre la repisa de su salón.

—¡Basta ya de llamar, maldita sea!—Dijo colgando con furia el teléfono y desconectándolo.

Amanda sintió una brisa por su espalda, su gato comenzó a gruñir y ella giró la cabeza bruscamente. El animal estaba nervioso, bufando y maullando a un punto fijo, sin que allí hubiese nada.

La tanatopractora estaba empezando a asustarse mucho, cogió a su gato en brazos y corrió a su habitación cerrando la puerta para meterse de un salto en su lecho. Cuando de pronto, el teléfono fijo volvió a sonar.

—¿Cómo es posible?... ¡Pero si lo he desconectado!

Dejó al gato en el suelo y se aproximó cautelosa a abrir la puerta de su habitación, dirigiéndose de nuevo al salón. Su corazón palpitaba tan rápido que le dolía, estaba recorriendo despacio el oscuro pasillo que le separaba del salón cuando en un abrir y cerrar de ojos, una silueta apareció de entre las sombras frente a ella. Parecía una señora mayor, incluso pudo intuir que le miraba fijamente a pesar de no poder verle el rostro por la escasa iluminación.

Amanda no dudó en gritar a pleno pulmón y volver a su cuarto llorando histéricamente. Cogió su móvil para llamar a la policía alegando que alguien había entrado en su casa.

Le dieron instrucciones de que se quedase en un lugar oculta, y no hiciese ruido hasta que una patrulla llegase a su vivienda. Cuando las autoridades llegaron al fin, inspeccionaron el inmueble y no vieron nada extraño. Amanda les comentó lo de las llamadas y le dijeron que rastrearían desde dónde se habían realizado, le tomaron nota de

la denuncia.

Al día siguiente, tras acabar de trabajar extremadamente cansada, la policía se puso en contacto con ella para decirle que nadie le había realizado ninguna llamada ni al teléfono móvil ni al fijo. Ella les indicó que eso era imposible, y que incluso en una ocasión saltó el contestador.

Fue corriendo a su casa y conectó el teléfono fijo, activó el buzón para escuchar los mensajes pero en efecto, no había ninguno en el registro. Sin salir de su asombro, miró en el historial de llamadas tanto del fijo como del teléfono móvil, y cuál fue su sorpresa, que tampoco había nada que verificase las llamadas acosadoras que tuvo la noche anterior.

Todo esto estaba causando un gran pánico en Amanda al no poder justificar ni encontrar una lógica a lo ocurrido. Jamás en su vida había experimentado algo similar, sin embargo, trató de calmarse y de olvidar todo.

A pesar del esfuerzo de la tanatopractora, todas y cada una de las noches que trataba dormir, sentía que alguien le observaba, veía la silueta de esa señora sentada al pie de su cama, hasta llegó a encender la luz de la mesita para ver si así desaparecía pero no lo hacía... pudo percatarse de que la mismísima Valérie Pinaud, o aquella anciana en la que se convirtió ésta, era quien le acechaba todas las noches sentándose a su vera. Veía claramente su rostro arrugado, con marcas de vejez en su piel, ataviada con un vestido negro y sonriéndole de manera siniestra mientras tenía las manos entrecruzadas. Era como una imagen, una foto inmóvil, que tardaba unos segundos en desvanecerse; de pronto se marchaba y era como si nunca hubiese estado ahí.

Amanda ya estaba cansada de tener esa visión y de experimentar todo tipo de fenómenos paranormales en su vivienda, tales como ruidos, pasos, objetos que cambiaban de sitio... a veces escuchaba como si un objeto pesado cayese al suelo en otra habitación y al acudir allí, en realidad no se había caído nada... Ya estaba tan harta que se propuso intentar dialogar con esa mujer, aun sabiendo que físicamente no estaba allí, pero ella nunca le respondía... sólo se sentaba allí a observarle y después se difuminaba. ¿Qué sería lo que le quería decir?... ¿qué significado podía Amanda sacar de todo lo que le estaba pasando?, ¿querría esa señora que la encontrasen?... Las autoridades todavía no habían dado con Valérie, habían difundido su retrato robot por todas las cadenas de televisión y periódicos, pero la persona que buscaban era a la joven Valérie, y no la anciana que Amanda vio que escapaba del tanatorio y que desde entonces se presentaba en su casa de manera fantasmal.

Este tipo de fenómenos no le permitían llevar una vida normal, y además estaba empezando a afectar su rendimiento en el trabajo. Comenzó a ver a aquella señora también en el tanatorio... Amanda estaba convirtiéndose en una mujer con notadas ojeras, había bajado de peso y cada vez se encerraba más en sí misma, apenas entablaba conversación con nadie. La obsesión que tenía por Valérie Pinaud estaba consumiéndole en vida.

Una tarde, se encontraba comprando en el supermercado y le pareció ver de nuevo a la anciana. Dudó por unos instantes si se trataba de una de sus visiones o era real, pero la cajera del supermercado estaba interactuando con ella y más personas le estaban viendo,

por lo que debía de ser ella de verdad, ¡estaba allí!

Una enorme emoción recorrió el alma de Amanda de manera instantánea, pero esa emoción disminuyó al pensar en que quizás fuera una anciana tremendamente parecida a Valérie, y no fuera ella... Sin embargo, llevaba viendo esa cara desde hacía semanas, y a no ser que tuviese una hermana gemela, debía de tratarse de Valérie. En consecuencia, Amanda se propuso seguir a la anciana al salir del supermercado desde una distancia prudente. Siguió sus pasos hasta llegar a una antigua casa casi a las afueras de la ciudad. La anciana introdujo una llave en la cerradura de la verja que rodeaba la casa, accedió al descuidado jardín lleno de maleza y plantas mustias que lo decoraban para después introducirse en la vivienda.

La tanatopractora no pudo evitar su curiosidad, y comprobó que la verja estaba entreabierta. Era consciente de que lo que estaba a punto de cometer era un allanamiento de morada, pero no le importó lo más mínimo. Esa terrible mujer estaba allanando su vida, sus sueños, y su trabajo, por lo que merecía obtener una explicación a todos esos sucesos. Amanda accedió al jardín y caminó hasta la puerta del inmueble. Se cercioró de que también estaba entreabierta, y pensó que era demasiada coincidencia... ¿se habría dado cuenta la señora de que Amanda le seguía?

—¿Hola?... —Preguntó Amanda mientras empujaba la puerta y se oía rechinar. Sin duda, le hacía falta echar un poco de aceite a las bisagras.

No obtuvo respuesta, pero sabía que la señora estaba allí, por lo tanto se armó de valor y se deslizó dentro de la casa.

Avanzó unos pasos y dedujo que se encontraba en la sala de estar. La señora tenía todas las persianas bajadas casi al máximo de tal forma que apenas entraba luz en el interior. Amanda recorrió la estancia con el ritmo cardíaco acelerado, preocupada por si la anciana le descubría allí. Ella trató de ser lo más silenciosa posible, caminaba sigilosa en busca de alguna pista que relacionase a esta señora directamente con Valérie Pinaud y con la esperanza de que de esa manera, su pesadilla llegase a su fin.

Advirtió muchos libros apilados sobre una polvorienta mesa circular, todos ellos parecían tratar sobre magia negra. Una vela coronaba el centro de aquel mueble y permitía vislumbrar unos extraños dibujos pintados en la pared... parecían escritos con sangre por la marca de las gotas que se habían escurrido hacia abajo llegando a alcanzar y ensuciar el parquet.

Amanda se sintió atraída hacia aquellas pintadas como los mosquitos a la luz, pero a su vez experimentó un tremendo frío recorrer todo su cuerpo de pies a cabeza. Quería huir del lugar, pero también necesitaba conseguir respuestas a toda aquella locura, y esto le mantenía sujeta al sitio. Al tratar de acercarse al dibujo para verlo más de cerca, tropezó con algo y dirigió una fugaz mirada al suelo; un gato al que le faltaba la cabeza yacía sobre un charco de su propia sangre.

—¿Quién anda ahí?—Preguntó la anciana, que estaba aproximándose a la sala de estar.

La tanatopractora se sobresaltó y echó a correr hacia la puerta como alma que lleva el diablo, nunca en su vida había corrido tanto, su respiración era agitada y su garganta estaba seca de tanto jadear, hasta que consiguió salir de aquel jardín para evitar ser vista.

En definitiva, no sólo era en su imaginación, algo raro ocurría con esa señora y fuera lo que fuese iba a descubrirlo. Amanda no dudó en ponerse en contacto con la policía, denunciando que esa señora tenía algo que ver con la desaparecida Valérie Pinaud, y que al parecer, realizaba algún tipo de ritual satánico donde sacrificaba animales.

Dos agentes se dirigieron a la vivienda de la anciana para corroborar la veracidad de la denuncia de Amanda, mientras ella se quedó fuera de la verja hasta que llegaron. Los policías acudieron y lo único que encontraron fue una entrañable señora mayor en bata que les mostró gustosamente su hogar, donde allí no había nada fuera de lo normal. Además, le preguntaron si sabía algo sobre Valérie y la anciana negó conocerla.

La policía ya había recibido dos denuncias por parte de Amanda Favre que luego habían resultado falsas. Lo de que alguien había entrado a su casa, las llamadas a altas horas de la madrugada, ahora esto... Ya no podían confiar en ella, y uno de los agentes se dirigió a la tanatopractora al salir de la vivienda.

—Señora Favre, la próxima vez piénsese dos veces el llamar a la policía para hacernos perder el tiempo, que tenemos mucho trabajo.

—¡Pero les juro que esa señora hace rituales satánicos!, ¿de verdad no han visto las pintadas en la pared y al gato muerto?

—Haga el favor de marcharse a casa, tómese unas vacaciones, nosotros nos encargaremos de encontrar a Valérie Pinaud, pero deje de intentar llamar la atención.

—¡Ella es Valérie Pinaud!

—Creemos que lo que le ocurrió le ha afectado demasiado, por favor, tómese un descanso en su trabajo o haga lo que crea conveniente, pero déjenos hacer nuestro trabajo y evítese este tipo de llamadas.

—Entiendo que no me crean, pero es la verdad, no tengo por qué mentirles... esa señora hace rituales satánicos, yo misma lo he visto y también sé que ella es Valérie. ¡Pueden tomarle una muestra de ADN y les aseguro que coincidirá!

Los agentes le ignoraron y se metieron al coche para largarse, no estaban dispuestos a escuchar las alucinaciones de una majadera.

Amanda lloró con un gran llanto, mientras en su casa seguían escuchándose y viéndose cosas inexplicables. Ya no dormía, no comía, estaba cayendo en una profunda depresión y nadie podía ayudarla. En el trabajo se percataron de su estado y le dijeron que no había superado el periodo de prueba, ya que consideraron que no estaba preparada psicológicamente para enfrentarse a su labor. Esto sólo incentivó todavía más la profunda tristeza en la que había caído Amanda.

Se refugiaba en la oscuridad de su habitación donde pasaba todo el día tendida en la cama mientras se repetían una y otra vez los mismos fenómenos a los que ella ya había llegado incluso a acostumbrarse. Llegó el momento en que no les temía, tan sólo quería que cesasen para que su vida volviera a la normalidad.

De modo que un día, no aguantó más y decidió ir a hablar cara a cara con la señora. Miró su demacrado rostro reflejado en el espejo, se maquilló un poco y se colocó el abrigo para salir a la calle.

Condujo hasta aquella alejada casa y como la puerta de la verja continuaba abierta, entró pasando por el jardín y golpeando la entrada de la casa.

—¡Sé que está ahí, si no me abre tiraré la puerta abajo!—Amenazó Amanda.

Continuó golpeando la puerta hasta romper la endeble cerradura y adentrarse en el interior. Pasó por la sala de estar y se encaminó por un estrecho pasillo donde en la habitación del fondo parecía haber una tenue iluminación. No dudó en avanzar rápidamente hasta allí, entró a ella y descubrió a la anciana sentada en el suelo, rodeada de velas mientras bebía sangre de un cuenco de otro gato que acababa de sacrificar... se trataba del gato de Amanda.

—¡Asquerosa zorra!—Vociferó señalándole con el índice—¡Dime qué es lo que quieres de mí!, ¡no sé qué tipo de maldición es la que me has echado pero quiero que salgas ya de mi vida!—Unas lágrimas florecieron de sus cansados ojos mientras miraba con profundo terror el cuerpo de su mascota asesinada.

La puerta de la habitación se cerró de golpe provocando que Amanda diese un brinco. Las ventanas estaban tapiadas y no podía verse el exterior de la vivienda desde allí.

—Al fin has venido a mí, Amanda Favre...—Dijo en un tono sosegado la anciana mientras se incorporaba y dejaba el cuenco de sangre a un lado.—¿Quieres saber qué es lo que quiero de ti?, no tengo ningún problema en contártelo. Mi verdadero nombre es Mary Walcott, hace siglos me acusaron de ser bruja, y he de confesar que estaban en lo cierto. Me salvé de morir ejecutada por ahogamiento gracias al pacto que hice con mi señor, al que tú te referirás como el Diablo. Habito los cuerpos de jóvenes como Valérie Pinaud para mantenerme viva, pero si un cuerpo está destinado a morir en un tiempo determinado por una razón en concreto, como es el caso del de Valérie, que estaba destinado a fallecer por un infarto y muerte repentina, el cuerpo morirá igualmente, y yo volveré a mi aspecto original, la misma apariencia que tenía cuando hice el pacto... pero si tardo mucho en encontrar un nuevo recipiente, mi envejecido cuerpo terminará muriendo de manera natural...

—¿Eres una bruja?, muy bien, eso explicaría muchas cosas... ¡pero por tu culpa he perdido mi trabajo, he perdido a mi gato, lo he perdido todo! ¡Dime qué cojones quieres de mí y déjame en paz de una vez!

—Te preguntaré que por qué escogí a Valérie... ella era hermosa, llena de vitalidad, pero el problema es que cuando escojo un recipiente no sé exactamente la esperanza de vida que tiene. Sin embargo estoy segura de que tú llevas una vida saludable, Amanda, a pesar de que estas últimas semanas te has desmejorado un poco.

Amanda enseguida se dio cuenta de a qué se refería la bruja, y trató de huir pero la puerta estaba sellada. Por más que gritase y golpease la puerta nadie escuchaba sus lamentos, el atroz miedo le invadió, pero no dejaba de luchar por salir de aquella habitación. Recogió un libro del suelo y se lo lanzó a la bruja fracasando en su intento de atizarle la cabeza. Se apoyó contra la pared buscando algo con lo que poder defenderse de lo que se avecinaba, mientras sentía cómo le temblaban las piernas.

—Es inútil, hice lo que hice porque sabía que tarde o temprano vendrías a mí, y lamento decirte que ya no hay vuelta atrás.

La tanatopractora lloró impotente, observó cómo una enorme sombra negra que emergió del cuerpo de la bruja se aproximaba a ella para atraparla.

Amanda cayó fulminantemente al suelo. Al despertar después de unos minutos; se

cercioró de que tenía unos raquíticos brazos, se tocó la cara y tenía arrugas... levantó la vista y allí estaba su cuerpo, con la bruja Mary Walcott en su interior riendo a carcajadas.

—¡Ahora a ver quién cree tu historia, vieja estúpida!—Continuó riendo—Habitaré tu cuerpo hasta que éste muera, y cuando eso ocurra, tu alma se desvanecerá para que yo pueda volver al mío de manera temporal. Disfruta del tiempo que te queda, querida Amanda.—Dijo Mary elevando sus pies del suelo, y levitando se marchó de la habitación dejando allí a la angustiada e indefensa anciana.

Ainhoa Gallardo nació el 29 de abril de 1991 en Zaragoza (España).

No tardó en descubrir su pasión por escribir historias de fantasía, y más tarde de terror. Desde pequeña, cuando en el colegio pedían que escribiesen una redacción libre; ella destacaba desbordando una gran imaginación y creatividad desarrollada a partir de una idea muy simple.

Ainhoa se independizó muy joven, a la temprana edad de 16 años. En estos tiempos difíciles y austeros que nos azotan, ha sabido trabajar duro para poder mantener su hogar. Comenzó a escribir [Leyendas del Averno](#) una noche en que no podía dormir. Su jornada laboral acababa tarde y aún tenía unas cuantas horas antes de que el sueño le venciera. Fue entonces cuando en la soledad, recordó su infancia; aquellos momentos que usaba para evadirse del mundo, y de los problemas que tenemos cada uno, creando historias. Ella quiso recrearlo. Quiso crear este pequeño universo y plasmarlo sobre las páginas, y una vez que empezó no pudo parar.

Hay cretinos hasta en el infierno

Castejón, María L.

Nick llegó a nuestra sección, Envasados-3, el pasado lunes; le habían trasladado de Hidrofilizados-7. Era un tipo extraño, se pasaba el día proclamando que era un dios capaz de todo, con dones sobrenaturales, vamos, todo ese tipo de cosas que inquieta a los alfa. Era alto si tenemos en cuenta lo deteriorados que están los trabajadores de Hidrofilizados-7; prácticamente todos están enfermos y apenas sobrepasan el metro y medio. El poco pelo que tenía, tras estar expuesto a todos esos procesos químicos, era de un color rojizo, como la sangre de un perro cuando lo golpeas o lo estrangulas. A mí particularmente no me llamó la atención, pero tampoco lo hicieron las gilipolleces que decía, quizás lo único que me alertó de ese traslado, era que empezaran a enviarnos gente de Hidrofilizados-7 cuando son los alfa quienes lo hacen de nuestra sección a la suya a todos aquellos que están enfermos y pueden considerarse foco de infección. Seguro que se trataba de alguna “reducción” de personal como solían llamarlo tras provocarnos una epidemia.

En cambio, mis compañeros, ese hatajo de cretinos con cerebros de babosas, le veneraban como al dios que decía ser.

—Soy un dios. —Decía con tono apocalíptico— Soy un dios, puedo leer tus más oscuros secretos.

Era patético verles temblar como niñas y más aún sabiendo que eran los asesinos y delincuentes más peligrosos y recalcitrantes de la sociedad, aunque tras someterlos a todo tipo de radiaciones estaban mucho más calmados. Pero me revolvía las entrañas verles asustados por aquella sarta de estupideces. Leer la mente a estos cretinos no tenía mérito alguno, porque aquí en lo único que se piensa es en las peleas de perros. Las mujeres quedaron muy atrás en nuestro recuerdo. Ahora, cuando nos pica, nos tiramos a los novatos y, si no se dejan, siempre nos quedan los perros. No se está tan mal, en Conservantes-5 es todavía peor, allí sólo hay enfermos terminales, leprosos y sifilíticos.

Nada más verle en su salsa calé a ese Nick; debía ser uno de esos tíos que disfruta sometiendo a los demás, supongo que esa debía ser su paranoia porque aquí, desde luego, no nos van a traer a la flor y nata de esta jodida sociedad. Por desgracia, Nick se percató de que sus monsergas me la traían floja y decidió convertirme a su religión.

—¡Eh tío! —Gritó desde el otro lado del pasillo. Como vio que yo seguía a mi aire, corrió hacia mí.

—Te está hablando tu Dios, so mamón, así que escucha y arrodíllate.

—Aquí sólo hay un pringado que está en un corredor fuera de la línea blanca, ¿sabes que si te ve un alfa te meterá en la sala del que todo lo ve y tirará la llave? —Dije como si la cosa no fuera conmigo.

—Puedo leer tu mente, maricón de mierda.

—¿Ah, si? ¡Pues adelante! Soy todo tuyo, ¡dime en qué estoy pensando!

De repente se quedó pálido, no articuló palabra, me miró a los ojos y echó a correr. No le di demasiada importancia, sólo era un gilipollas más; pero al cruzarme con Roger, éste me comentó que cuando se encontró con él sangraba por los ojos. Le expliqué a

Roger, pobre psicópata ingenuo, que se debía a toda la radiación que nos chupábamos en este cuadrante. No había nada de especial. Para olvidar aquel percance, le llevé a una pelea de perros.

Fue una de las mejores desde hacía mucho tiempo. Uno de los perros era de Jack y el otro de un tal Ed. Al igual que los trabajadores, los perros tenía todo tipo de mutaciones a cual más grotesca. Ganó el Doberman de Jack aunque el Galgo de Ed presentaba una anomalía en el crecimiento, pareciéndose más a un Pitbull que a un Galgo. Pero aquello era de esperar, Jack había metido larvas de tark en las orejas del pobre animal. Aún así, fue una hermosa pelea, muy conmovedora; cuando el Doberman desgarró la garganta del Galgo fue tan intenso que hasta lloré de emoción. Roger, en cambio, apenas se distrajo, sólo pensaba en Nick.

A la mañana siguiente, la jornada empezó movidita. Después de lo que aquí llamaban desayuno, irónicamente, fuimos a la cadena de etiquetado, la parte más aburrida, mecánica y sofronizante de todo Envasados-3, la sección más deteriorada y con más gentuza del planeta. Los trabajadores de esta sección, junto con Conservantes-5, llegamos aquí tras elegir entre la pena de muerte y esta mierda de fábrica carcelaria. Éramos los peor pagados, nos trataban como a conejillos de indias o en el mejor de los casos, como a esclavos pero no como a mano de obra barata pero claro, teniendo a todo el sistema judicial de su parte, ¿qué podíamos esperar? Nadie lloraría por nosotros.

En fin, a lo que iba, Nick empezó a jugar con los allí presentes.

—Sí, Frank, yo también daría lo que fuera por follarme a tu novia. —Pregonó como dando a entender que le estaba leyendo la mente.

Frank empalideció pero no se atrevió a decir nada. En cambio Nick se creció y siguió con los comentarios. Se notaba a la legua que se lo estaba pasando en grande haciéndoles temblar. Acusó a más de uno de ser maricones reprimidos, a otros les llamó impotentes, a todos les decía algo que en el fondo temían que fuera cierto. Los comentarios fueron subiendo de tono y cada vez eran más sucios o, desde mi punto de vista, más grotescos. Lo que no se esperó fue la reacción de Roger. Tiene un carácter inestable y pierde los estribos con facilidad. Aquí los alfas no se preocupan por la medicación de los trastornados, lo consideran un gasto innecesario, si alguno tiene un brote violento se le pega un tiro o se le lobotomiza. Roger era un psicópata con fuertes brotes esquizoides, sólo tenía que llamarle loco o violaniñas para que perdiera el contacto con la realidad y se convirtiera en una máquina de matar. Nick dio en el blanco y Roger no pudo evitarlo, lo vio todo rojo y le saltó al cuello. Nick por muy dios que fuera, todo hay que decirlo, era bastante enclenque y Roger no tuvo problemas en ponerle azul. Cuando estábamos en lo más emocionante de la pelea, llegaron los alfas con las pistolas de alprazolam. Todos recibimos una alta dosis de tranquilizantes y caímos al suelo como marionetas a las que les han cortado los hilos. A Roger le encerraron en la sala del que todo lo ve mientras que a Nick ni le comunicaron siquiera. Pero ante tal injusticia ¿quién puede reclamar?

Tras unas horas plácidas gracias a los alfas, tratamos de no cabrearles más y pasamos el resto de la jornada tratando de subir la productividad antes de que nos redujeran la comida o algo peor. Trabajamos duro para terminar el etiquetaje de al menos dos envíos urgentes para la siguiente semana. Cuando llegó el toque de queda, sólo lo teníamos tras

un altercado, nos dirigimos a los barracones a dormir como niños buenos. Pero Nick siguió tocándonos las pelotas en el dormitorio principal. Preferimos callar antes que acabar como Roger pero ante la escasa atención, se acercó a mi catre y me dijo:

—Escúchame criatura del infierno, yo soy más fuerte.

El pobre estaba para que le lobotomizaran. Me giré dándole la espalda para dormir un rato, pero él seguía allí, molestando. Los demás estaban acojonados esperando que me cabrease y le rompiese el cuello. No sería la primera vez que me cargo a un gilipollas pero aún recuerdo el último castigo, que por cierto, fue una verdadera pijada: sedantes y lavados de coco en la silla del Comandante. Acabé muy harto, jodidamente cansado de los intentos por controlarme y con más furia que nunca. Así que preferí pasar de él, ya se cansaría. Sin embargo, Nick no estaba por la labor de dejarme en paz y me giró, lanzó un puñetazo contra mi cara y me rompió la nariz. Entonces con mucha calma le dije:

—Bueno, a ti ¿qué coño te pasa?

—Soy más fuerte.

—Sí. Y más gilipollas también. ¿Quieres que te manden a la sala del que todo lo ve?

—Te desafío.

Parecía estar en trance. No escuchaba. Como no quería broncas, acepté a regañadientes el estúpido reto. No tenía muy claro qué iba a pasar pero creí que sería una pelea o algo así, pero no; me dijo que leería mi mente de una vez por todas. Me miró desafiante, se llevó los dedos a las sienes como si estuviera concentrándose, movía los índices describiendo círculos. Yo, en cambio, sólo pensaba en dormir, estaba exhausto... Bostecé. Nick seguía allí haciendo esos estúpidos movimientos. Cansado de verle danzar a mi alrededor, decidí terminar con el juego y me concentré a mi vez. Deseé que le explotase el cráneo, sí, sería divertido. Una vez le puse una Uzi a un tío en las sienes y disparé; fue impresionante: toda aquella sangre, todos sus sesos derramados en el suelo, gocé más que en todos los polvos de mi vida. Deseé hacérselo. Cuando más concentrado estaba en la idea, más pálido estaba Nick. ¡Hasta me pareció ver súplica en sus ojos!

—Pero tío, ¿no eras un dios? Pues te jodes porque quiero llegar al final.

Seguí allí, mirándole fijamente, deseándolo con más fuerza. Nick cayó de rodillas, empezó a temblar, se sujetaba la cabeza con ambas manos, me miró y susurró un “por favor” muy bajito; agonizaba. Pero yo no quería dejarlo ahora, quería más y más, apretaba su cráneo más y más. Aquella era toda una experiencia, me gustaba y me estaba empalmando. La tenía dura como el acero. Estaba a punto de alcanzar un orgasmo y desde luego, no iba a parar. Nick, agonizando, en el suelo lanzó una mano hacia mí pidiendo... ¿Qué? ¿Piedad? Creo que no soy ese tipo de persona. Sólo miraba sus sienes, con las venas dibujando su cara en relieve. En ellas podía ver su pulso, cada vez más marcado, más fuerte. Su cabeza era más y más grande. Sabía que estaba alcanzando el clímax, el orgasmo, quise retenerlo un poco más pero se me escapaba. Me corrí en el mismo instante en que vi su cabeza estallar. Mis compañeros de dormitorio, al ver la escena, se quedaron mudos. Algunos vomitaron pero no dijeron nada. Se metieron en los catres y se hicieron los dormidos. Yo estaba demasiado cansado y les imité, lo que pasara al día siguiente no me importaba.

Aquella noche había gozado como nunca en mucho tiempo.

María L. Castejón Madrid, España, 1973.

Aficionada a la literatura en general, y a la erótica y de terror en particular. Ha sido finalista en el **Premio Avalon de relato 2007** y **II Certamen de poesía erótica Búho Rojo**. Sus trabajos han aparecido en Ediciones Efímeras, Microhorror, Químicamente Impuro, la revista digital miNatura (<http://www.servercronos.net/blog/gc/index.php/minatura/>), entre otros. Actualmente reside en Dublín, Irlanda.

Su blog personal: <http://stiletto.crisopeya.eu/>

El relevo

Manzanaro, Ricardo

El médico contempló apesadumbrado la consulta que iba a abandonar en ese momento. Cuando comenzó hace años a investigar, no se podía imaginar que aquel esfuerzo le iba a ocasionar este cese

Ya no era útil. La nanotecnología había ocasionado la caducidad del método tradicional de tratamiento médico, en el que el profesional prescribía un fármaco para intentar sanar al enfermo.

Mientras caminaba por las estancias del hospital, el médico coincidió con lo que parecía el primer tratamiento que llevaba a cabo su sustituto. Este, mucho más joven que el facultativo que se iba, se dispuso a tratar una grave infección, que estaba al borde de terminar en sepsis. El nuevo se sentó frente a un dispositivo con varios mandos. Luego se colocó las gafas de inmersión, y comenzó la terapia.

El linfocito modificado transmitió imágenes del torrente sanguíneo tomadas con su nano-cámara, que se veían en una pantalla, de la que estaban atentos varios sanitarios, aparte del médico que abandonaba. El nuevo experto en infecciosas comenzó a mover los mandos para dirigir al linfocito. No tardó mucho en alcanzar el foco de infección. Al médico que se retiraba le vinieron a la mente imágenes de la película “Viaje Alucinante”, y lo comparó con lo que veía en ese momento. Y la pinta de las bacterias y de los anticuerpos era mucho menos espectacular que en aquel film. El médico abandonó la sala, mientras el nuevo manejaba con destreza los mandos, ordenando al linfocito disparar nano-proyectiles y acabando con los gérmenes.

Antes de salir del hospital fue a recoger una bolsa grande, que contenía los títulos por él obtenidos: másteres, doctorado, artículos en revistas prestigiosas,... Y ahora ¿para qué iban a servir? ¿Qué iba a hacer él todavía con 52 años?

Poco después, el joven sustituto había liquidado todos los focos infecciosos localizados en aquel enfermo, Se quitó sus gafas de inmersión, y se dirigió a su nuevo despacho, en el que empezó a colocar sus títulos y galardones: “Campeón regional de videojuegos bélicos”, “Master Total Alien Extinction”, “Seleccionado para el campeonato europeo de Nano Figther Body Cop”. En ese momento se acordó: “Y pensar que mi padre decía que con los videojuegos nunca iba a hacer nada de provecho”

Ricardo Manzanaro (San Sebastián, 1966) Médico y profesor de la UPV/EHU (Universidad del País Vasco). Mantiene un blog de actualidad sobre literatura y cine de ciencia-ficción (<http://www.notcf.blogspot.com/>). Asistente habitual desde sus inicios a la TerBi (tertulia de ciencia-ficción de Bilbao), y actualmente preside la asociación surgida de la misma “TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror” (<http://terbicf.blogspot.com.es/>). Tiene publicados más de 40 relatos.

El Tren de la Felicidad de "Felicity Happyness" **Pérez Gil, Alicia**

No sé dónde lo leí, llevo una temporada confusa. Unos treinta o cuarenta años. Pero sé que leí que alguien vivía junto al mar; alguien que, camino del trabajo, recorría a diario el paseo marítimo. Decía que nunca se cansaba de las vistas, de la plenitud, de la paz transmitida por las mareas.

Es mentira.

La primera semana sí. La primera semana el mar se presenta nuevo, con esos destellos que el sol provoca sobre su superficie ocultando todo lo demás. A partir del octavo día el olor a pescado muerto y los detritos arrojados a la playa por las olas terminan con el arrobamiento. A veces una tormenta eléctrica rompe el cielo encapotado para que la lluvia limpie el ambiente. Entonces parece que las cosas han cambiado siquiera un poco. Esa sensación tampoco dura.

Roberto y yo nos casamos descalzos en la playa. Él llevaba unos pantalones de lino a la altura de los gemelos y una camisa con mangas más anchas en la muñeca que en la sisa, de corte medieval, decía. Yo escogí un vestido de color crudo, vaporoso, y unas camelias enormes que apenas se sostenían sobre mi cabeza. En las fotografías se nos ve felices porque lo éramos. Felices, jóvenes y llenos de ilusión. Ya llevábamos algunos veranos trabajando en la isla, habíamos visto el apartamento que queríamos alquilar, conocíamos a los dueños porque eran clientes del spa de Roberto y, de vez en cuando, yo les regalaba entradas de paseo para el parque temático que me pagaba por hacer fotos a los turistas. Todo estaba listo para que nuestra vida de adultos comenzara.

Es decir, todo excepto yo.

No es lo mismo vivir a salto de mata comprando ropa barata que desechas a la quinta puesta porque vale más reponerla que plancharla, que hacerse cargo de un pisito mono con sus muebles de mimbre, su terrazo que barrer y su balconcito lleno de arena de playa traída por el viento. Nunca he sido una buena ama de casa. No me interesa. A mí me vale con tener una cama donde quedarme dormida y una taza para el café de la mañana. Roberto era igual, que yo supiera, pero la rotundidad con que mi barriga se puso a competir con los globos de helio que los sudamericanos vendían en el paseo le cambió. De repente el frigorífico debía estar siempre lleno, el suelo reluciente y que Dios nos pillara confesados si las sábanas no olían a suavizante a diario. Total, para que el niño naciese muerto dos meses antes de tiempo.

No soy una mala persona. Al contrario. Sé que no estaba preparada para ser madre. A lo mejor la naturaleza también lo sabía. A lo mejor ese fue el motivo de que mi útero se rebelara contra mí. Sucedió con rapidez y sin dolor. De ninguna clase. Podría fingir que se me abren las carnes cuando pienso en ello, pero fue Roberto quien se llevó la peor parte. Para empezar, le cambió el carácter; desde su punto de vista todo estaba mal y lo que peor estaba era yo. A sus ojos me convertí en una irresponsable incapaz de peinarse por las mañanas; cuando siempre le había encantado mi cabello loco. También pasé de ser una mujer poco apegada a lo material a merecer el calificativo de derrochadora con

alergia a las lavadoras. Cuando ya no pude más le llevé a mi parque. Le llevé al reino de la felicidad.

En La Isla Park existía una única regla: todos debían ser felices. Por lo que sé, todavía es así. Muchas de mis horas de trabajo las pasaba ocupándome de hacerles monerías a los niños para que sonrieran. El resto las ocupaba disparando mi cámara en los rincones más encantadores. Mi preferido era la Cascada de Hielo Primavera. Ya, el hielo es más cosa del invierno, pero al departamento de marketing le debía de parecer que, mientras el hielo en primavera refleja la luz y la dispone en arcoíris perfectos, en invierno suele servir más para provocar accidentes de tráfico. Así que la Cascada de Hielo Primavera consistía en un montón de cartón piedra pintado de azul pastel con nieve artificial y flores salpicadas al pie. Las parejas babeaban, a veces literalmente, al ver a sus hijos retozando entre los capullos de plástico.

Roberto no hizo ningún esfuerzo por mostrar una bonita sonrisa a la chica que me sustituía junto a las puertas giratorias, en cambio yo me abracé a su cintura e incliné la cabeza mostrando todos los dientes como si me acabase de tocar la lotería. Marga, la suplente, negó con la cabeza. La contesté encogiéndome de hombros, pero en realidad sabía que tenía razón. Al final del día es responsabilidad de los empleados que los visitantes se vayan con la idea de que jamás han sido más felices, de que jamás han pasado un día mejor que ese en toda su vida. Nadie debe abandonar La Isla Park sin una intensa sensación de felicidad. Porque los clientes felices regresan y dejan su dinero en los puestos de comida, en las tiendas de recuerdos y en las casetas de los adivinos. Al menos, digo yo que será por eso.

Pero mi marido no puso mucho de su parte. Yo le pellizcaba, le besaba en la nariz... Hasta le compré algodón de azúcar, la verdad. Pero la cámara automática, la que se disparaba a la salida del tercer tirabuzón del Arco Iris de Ida y Vuelta, nuestra montaña rusa más retorcida, demostró que no había ni un ápice de alegría en todo su cuerpo. Hacia el final de la tarde no me dejaba tocarle siquiera, se soltaba de mi mano si tomaba la suya. Eso no impidió que mi rostro se volviese más y más risueño a medida que el suyo se descolgaba hacia el suelo con una mueca mucho peor que taciturna. A mal tiempo...

A la salida del laberinto de espejos, la que hasta entonces había sido su atracción favorita, le esperaba mi compañero Rubén. Sonreía, por supuesto, y le anunció con toda la pompa con la que el parque hace sus avisos, que había obtenido un billete gratuito para la única barraca de pago del recinto: el Tren de la Felicidad de Felicity Happiness.

—Usted no puede viajar, señorita.

No protesté, claro. Conocía las reglas. Había visto cómo la entrada del túnel de Felicity, flanqueada por dos enormes bastones de caramelo blancos y rojos, se tragaba a los visitantes más hoscos durante tres veranos seguidos. Mientras, sus acompañantes les esperaban a la salida con la esperanza de que el nombre de la atracción tuviera algún poder sobre sus estados de ánimo. Durante todos esos periodos de vacaciones había visto cómo los acompañantes regresaban a sus casas, la felicidad pintada en el rostro. Un poco confusos, quizá, pero contentos. Como si hubieran dejado atrás alguna especie de lastre. Así me encontré yo, de vuelta en la puerta giratoria, comprendiendo que era una pena que no hubiese fotografías de mi visita y aceptando el vale por una gratuita para la próxima

vez.

Nunca he sabido muy bien lo que sucede. Si no trabajas en el Tren de la Felicidad no te lo explican. Cada puesto tiene su manual del empleado eficiente y ya es bastante aprender el propio. No, no sé qué es lo que hacen en ese tren, pero sí que comprendo por qué cada vez lo visitan más parejas.

Alicia Pérez Gil escribe desde los doce años. Ha colaborado en varias antologías con temáticas relativas al horror y publicado un libro de relatos y una novela corta también dentro del género de terror; aunque se mueve con comodidad en la novela juvenil y el drama.

El sector C-33
Peloché, Mario

A Philip K. Dick y sus mundos lisérgicos

El interior de la astronave estaba iluminado por una suave luz pulsante procedente de las paredes que se reflejaba en el citoplasma verdoso de los dos tripulantes.

-Por las lunas gemelas de Casiopea, Gab-rel, todavía no entiendo a dónde nos dirigimos.

Gab-rel enfrentó su ocelo ambarino con el de su compañero, observando con él la forma ameboide de su compañero, que era en todo idéntica a la suya, pero no realizó ninguna modificación perceptible con sus pseudópodos en las hendiduras del tablero de navegación que controlaba.

Ez-kiel insistió.

-Escucha Gab-rel, quizá nos equivocamos. Nunca encontraremos un planeta donde las fuerzas de la Primera Colonia no puedan encontrarnos. Quizá nunca debimos huir. Quizá debimos hacer caso al Padre fundador y...

-¡Interrumpe de una vez tus lamentos! ¡No soporto tu comportamiento de hembra ganimediana!

El citoesqueleto de Gab-rel se había agrandado al igual que la vacuola que permitía la fonación, por lo que la señal de amenaza era más que evidente.

Ez-kiel fluctuó, pero no dijo nada.

El tamaño de Gab-rel se normalizó, y alargando un pseudópodo instó a Ez-kiel a que mirara hacia su derecha.

-Observa atentamente la proyección.

Un mapa holográfico se desplegó en la aséptica atmósfera de la astronave, mostrando las estrellas y sus magnitudes como puntos luminosos de distintos tamaños, y las distancias entre ellas en paralelajes de un segundo de arco.

Gab-rel desplazó con sumo cuidado su órgano táctil sobre la superficie del mapa.

-He aquí nuestra taxis, la ruta que hemos recorrido desde que escapamos de la prisión orbital de Regulus. Sigma Libri, Slevatan, Andrómeda, Proción y Sirio. Llevamos recorridos 75'3 años-luz, y calculo que en unos cuantos parsecs llegaremos a algún planeta apto para habitar temporalmente y escapar por fin de los que nos persiguen.

Ez-kiel emitió un sonido similar a un bufido, al parecer nada impresionado por la lección de Astronomía.

-Espero que así sea.

El viaje continuó en completo silencio. Los dos tripulantes se habían retirado a puntos opuestos del habitáculo, replegando su cuerpo con lo que ralentizaban al mínimo su metabolismo basal. Además, de esta manera evitaban nuevos enfrentamientos. No era agradable pelearse con un amebiano y sentir en tu cuerpo la desagradable intrusión de un pseudópodo, sobre todo si al final no te resultaba tan desagradable.

La astronave lenticular se desplazaba a una velocidad cercana a la de la luz gracias a que se encontraba rodeada por un campo antigraavitatorio generado por las corrientes magnéticas que circulaban incansables por su revestimiento externo de pirita.

Las estrellas formaban estelas a su paso producto de la elevada velocidad de tránsito, formando un caleidoscópico mosaico de luces añiles y blancas. De repente, tras pasar por Alpha Centauri, algunas de las estelas empezaron a amalgamarse, formando puntos que empezaron a medrar y a dirigirse directos hacia la nave.

Se oyó una detonación y la nave experimentó una brusca sacudida.

Las luces del habitáculo habían pasado a un desagradable color bermellón que latía como un corazón enfermo al ritmo que marcaba una estridente alarma que inundaba el ambiente.

-¡Nos han encontrado!

Gab-rel desplazó su cuerpo hacia el tablero circular de navegación mientras su compañero extendía el suyo afanado en ayudarlo, pero antes de que pudieran tocarlo otra detonación sacudió la nave. El pandemónium de la alarma se hizo insoportable cuando la nave perdió su estanqueidad por una fisura en el casco. Los dos tripulantes se vieron lanzados con violencia hacia la pared, desparramándose por el impacto su contenido citoplasmático por todas partes.

El vacío del espacio se hizo dueño de la nave.

Mientras las paredes rezumaban centriolos y mitocondrias, la nave caía en picado sin control.

El mapa estelar se desplegó por última vez, mostrando el rumbo. Habían penetrado en el remoto sector C-33, que formaba parte de la Vía Láctea, y su destino final era un pequeño planeta de agua en ebullición y tierra volcánica, con un solo asteroide y donde una pequeña estrella lo bañaba de luz.

El casco destrozado descansa en un lecho de agua primigenia. Las constantes tormentas eléctricas y las violentas erupciones volcánicas bombardean el agua haciéndola inviable para que nada vivo more en ella. Pasa el tiempo, y parte de la pirita del casco se descompone en iones de hierro y azufre que enriquecen el agua que la contiene como hacen las surgencias volcánicas que pululan por doquier. Poco a poco, van originándose moléculas que encuentran en esta superficie de pirita cargada un refugio donde adherirse y escapar del medio hostil que las rodea. Cada vez más deprisa surgen colonias más y más complejas mientras inician sus procesos fotosintéticos, a la vez que empiezan a aislarse del resto mediante membranas.

Un buen día surge un pequeño protozoo. Penetra sin miedo en el vasto ecosistema de la nave, porque sabe que en este mundo primitivo él es el culmen, el tiburón de la cadena trófica.

Con curiosidad navega por este proceloso mar, y se dirige sin pensar hasta lo que parece un asidero, un refugio quizá. Entonces, con sus pseudópodos, tantea las hendiduras del tablero que tiene delante.

Mario Peloché Hernández nació en Cádiz en 1975. Es licenciado en Ciencias

Biológicas por la Universidad de Extremadura. A finales de 2013 publicó su primera novela con la editorial Atlantis, "Hécate, que aúna el suspense y la ciencia ficción. Ha colaborado con su relato "Apnea" en la antología de relatos "Golpe a la Violencia de género", de la misma editorial, y en la revista cultural "Norbania" con su relato "El beso".

Día de lectura

Manzanaro, Ricardo

Una vez saludó y se interesó por cómo les había ido a sus vecinos en las pasadas semanas, Juan pudo pasear un breve rato por el pueblo. Le gustaba apreciar esos pequeños detalles que revelaban la lenta, pero firme mejoría en la comarca.

Habían pasado ya muchos años desde aquella demencial guerra, pero todavía quedaba un descomunal trabajo para alcanzar el bienestar perdido. El desastre marcó profundamente a los supervivientes de la Europa arrasada, estimulándoles a olvidar estúpidas ideas y nefastas ambiciones, y dedicar sus energías a recuperar aquel nivel de vida del que habían gozado en las primeras décadas del siglo XXI.

Así, en aquella comarca, se había instaurado una tradición, que se mantenía desde varias generaciones atrás, poco después de la hecatombe, de reunirse periódicamente para leer textos de la época previa a la guerra.

Dichas historias permitían mantener vivo el retrato de aquella Europa feliz, donde se gozaba de un bienestar extraordinario, gracias a los avances de la ciencia. Recordar dicha existencia perdida, estimulaba a los habitantes contemporáneos a esforzarse por recuperar aquel paraíso.

Afortunadamente, gracias al feliz descubrimiento, entre los escombros post-bélicos, de una extensa biblioteca, casi indemne, compuesta por un inmenso número de obras, los habitantes de la comarca podían revivir el fascinante mundo perdido.

Así, esa noche, Juan pudo asistir a la lectura y representación de textos, tales como las crónicas políticas de Isaac Asimov acerca del ejemplar gobierno de la Fundación, los sesudos trabajos que dedicó Philip K. Dick a los conflictos que entonces surgían por el empleo de androides, y, en especial, los fantásticos prodigios de la ingeniería y de la astronáutica de la época que describía E.E. Smith en sus tratados.

Ricardo Manzanaro (San Sebastián, 1966) Médico y profesor de la UPV/EHU (Universidad del País Vasco). Mantiene un blog de actualidad sobre literatura y cine de ciencia-ficción (<http://www.notcf.blogspot.com/>). Asistente habitual desde sus inicios a la TerBi (tertulia de ciencia-ficción de Bilbao), y actualmente preside la asociación surgida de la misma “TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror” (<http://terbicf.blogspot.com.es/>). Tiene publicados más de 40 relatos.

Génesis

Montenegro, Richard

Todo era calidez y oscuridad cuando despertó. No sabía cuando había comenzado; solo sabía que existía. En su inmensidad sentía solo una vaga frontera. Silenció sus pensamientos y percibió murmullos débiles y lejanos. Comenzando a girar sobre si misma hizo fluir sus pensamientos y sensaciones nuevamente, acallando esos murmullos. Sintió su poder cuando se dio a la tarea de ordenar esos pensamientos que cuajaban en estructuras que semejabán galaxias espirales y sistemas solares.

El poder y la fuerza embebían esa burbuja de autoconciencia que era incapaz de ver más allá de si misma, porque ella era alfa y omega, más allá la nada se extendía. La nada ¿Qué era eso? No lo sabía; pero lo más cercano era todo aquello que no era ella, como aquellos murmullos ¿Realmente existieron? Seguramente eran engaños, solo ella existía. Ella era todo, era el Mundo. Las sensaciones seguían apareciendo ubicándose en su respectivo lugar en la danza de las esferas. Hasta que el orden fue violentado con una rudeza desconocida. Toda su majestuosa presencia: el Mundo, era estremecido por un poder ignoto hasta ese momento. La calidez fue rota, un brillo inimaginable envolvía al Mundo ahogándolo. Sintió miedo por primera vez y dejó de girar, sobre si mismo, por instantes. El brillo fue zarandeado hasta que cuajó la oscuridad. Un frío húmedo se esparció sobre él.

Luego la calidez volvió pero al Mundo se le revolvía un ansia en las entrañas. Con dolor le nació un espinazo que comenzó a crecer retorcidamente hasta que reventó la burbuja para internarse en la nada. El espinazo reptaba con dificultad mientras se le hinchaba el lomo. El espinazo invade un espacio desconocido, su lomo se abre y despliega sus alas. Ángeles verdes se hallan diseminados por doquier en ese lugar. Un brillo eneguedor la empapó. Vio por vez primera el Sol y sintió las cosquillas que le hacía la suave brisa al acariciarle las alas. Ella finalmente comprendió.

Sudoroso y apoyado en la azada el hortelano sonrío ante el nacimiento de la vida. La semilla había germinado dándose cuenta que ella no era el Mundo sino solo una parte de este.

Richard Montenegro. Perteneció a la redacción de las revistas **Nostromo** y **Ojos de perro azul**; también fue parte de la plantilla de la revista universitaria de cultura **Zona Tórrida** de la Universidad de Carabobo. Es colaborador del blog del Grupo Li Po: <http://grupolipo.blogspot.com/>. Es autor del libro *13 fábulas y otros relatos*, publicado por la editorial El Perro y la Rana en 2007 y 2008; es coautor de *Antología terrorista del Grupo Li Po* publicada por la misma editorial en 2008 y en 2014 del ebook *Mundos: Dos años de Ficción Científica* editado por el Portal Ficción Científica. Sus crónicas y relatos han aparecido en publicaciones periódicas venezolanas tales como: el semanario *Tiempo Universitario* de la Universidad de Carabobo, la revista **Letra Inversa** del diario **Notitarde**, **El Venezolano**, Diario de Guayana; en las revistas electrónicas hispanas **Alfa Eridiani**, **Valinor** y **Gibralfaro**, Revista de Creación Literaria y de Humanidades de la

Universidad de Málaga y en portales o páginas web como la española Ficción Científica, la venezolana-argentina **Escribarte** y la colombiana **Cosmocápsula**.

La crónica
Morales y Mori, Lilia

Domingo 29 de Junio del 2025

10 AM

Permanecía sentado en una banca de Central Park al norte, cerca de la Quinta Avenida y la 97. Pensativo, le daba de comer a un grupo de palomas exuberantes tratadas genéticamente contra el bórtilo, un virus aviar pandémico que había arrasado prácticamente con toda la población de pichones localizados en las zonas templadas y en las proximidades de los círculos polares de todo el mundo. Se veía agotado, con el rostro macilento parecía declinar en menos tiempo de lo usual en esa época donde la vejez era una grave y peligrosa enfermedad. Había pasado un año desde su histórica hazaña frente al mundo. Testigo de su propia descrionización, Daniels Hokoppler había vuelto a la vida para atestiguar su más terrible y lastimosa realidad. A los ochenta y cinco años, con la apariencia de sesenta y cinco era irremediamente un anciano. Imaginó bajo la sombra de ese majestuoso árbol a Mónica, la adorable joven que había cautivado los últimos días de su anterior existencia, y ahora, en su retorno a la pos-realidad, la encontraba plenamente rejuvenecida, primaveral, fragante como una rosa en capullo, una chiquilla apenas de dieciocho años. No recordaba si entonces Moni, la querida Moni, tenía treinta, sólo recordaba la pasión desbordada que junto a ella su corazón enfermo dejó su vida marchita en jirones.

Los domingos le parecían aciagos, la soledad de su departamento en un lujoso edificio del barrio de Manhattan era insoportable, su familia le era completamente ajena y sus amigos ocasionalmente lo llegaban a visitar. Miró con melancolía el espejo de agua del lago donde muchas veces se soñó caminar junto a Mónica tomados del brazo, tal vez enamorados. Vio en el reflejo del agua la imagen inversa de los altos edificios que tan bien conociera desde su infancia. Añoró su vida o su pre-vida, ahora todo le parecía confuso, no se ubicaba en una sociedad caótica de multi-seres prefabricados, no alcanzaba a distinguir entre unos y otros y eso lo irritaba, siempre estaba colérico, había gastado una fortuna en el Instituto Alcecor de suspensión criónica para nada. Por fortuna tenía dinero y mucho, sus inversiones post-morten habían crecido como la espuma, su negocio de productos y organismos transgénicos acaparaba notoriamente el mercado de las bolsas de valores.

Se levantó de la banca e inició su acostumbrada caminata en dirección al lago cuando fue interceptado por un tropel de jóvenes deportistas de todos los sexos, que marchaban al ritmo de un canto neosónik-hard muy sonoro y retumbante, como la estupenda musculatura de las piernas y los brazos desnudos de los soniks. Irremediamente los odiaba, a pesar de que esa generación de músculos de hierro era producto del consumo de sus transgénicos. Los vio alejarse dejando a su paso una nube de polvo y un olor a

feromonas frenético de juventud y atracción indiscriminada entre ellos. Apresuró el paso por el césped hasta la orilla del lago donde se sentó junto a unas rocas bajo la sombra de una carpa colorida, adornada con flecos y borlas que el viento movía refrescando el cálido ambiente.

IIAM

Alargó la vista hacia el sector de las canchas de tenis donde había dejado los mejores años de su vida, ahora no tenía ánimo ni siquiera para ver un partido por el plasma. Reconoció frente a su propia introspección que era un “single” perfecto, con el inconveniente de su estropeado físico y algunas dolencias a las que no les había querido dar importancia. En cuanto a su intelecto, reconocía que nunca había sido muy brillante y en cuanto a su memoria, no era peor que antes. Sin embargo, algo sí le preocupaba, las visiones que con más frecuencia se hacían presentes acompañadas de fuertes dolores de cabeza y una indescriptible sensación de ausencia, o mejor dicho, un abandono hacia el mundo que lo instalaba de forma inesperada, en lugares abruptos y ajenos rodeado de personas y circunstancias totalmente disparatadas, de las cuales no había ninguna forma de salir, hasta que algo ocurría y ¡zas! Volvía a la realidad hecho un guiñapo de interrogantes. Pero esa mañana, era muy importante para él, Cynthia la célebre mujer criogenizada estaba a punto de ser descongelada.

Daniels dejaba pasar el tiempo en ese sector de Central Park, cuando una nanirobot corrió a la orilla del lago donde un pequeño perseguía a una graciosa ardilla mecánica. El autómatas alcanzó al chiquillo y lo llenó de besos. La ardilla detectó con sus sensores la presencia del agua y retrocedió en dirección de una guarida de maya metálica, camuflajeada con suave alfombra verde. Los niños, seres vivos casi en extinción eran prácticamente venerados. Representaban minoría en una población donde predominaban humanos adultos-jóvenes, cyborgs, clones, replicantes con diversas mutaciones y una gran variedad de autómatas tremendamente especializados. Hokoppler vio el reloj, con parsimonia se alejó de las rocas frente al lago y se dirigió hacia la explanada Great Lawn del “magnífico césped”, donde lo esperaba la escritora e ilustre periodista científica Baruxha. La vio a lo lejos, con sus llamativas nano-gafas de sol y su breve conjunto veraniego. Se aproximó a él sosteniendo en su mano derecha un minúsculo micrófono que le colocó en el cuello de su camisola.

— Qué placer verle Sr. Hokoppler.

— El placer es mío, estimada Baruxha. Ambos personajes se dieron un cálido abrazo y se sentaron cerca de un minibar improvisado para tal efecto en la explanada.

— He reservado este espacio convenientemente custodiado, que nos da privacidad y a la vez nos permite una vista preferencial hacia el plasma —dijo la mujer retirándose los lentes que dejaron al descubierto sus hermosos ojos azul intenso— La gente comenzaba a congregarse y en unos minutos el magnífico césped albergaba multitud de cuerpos expectantes que se desperezaban a su antojo, bajo las imágenes holográficas de un

conjunto de música sonik-hard, que sonaba como un arrullo hipnótico con la melodía salida de un bandola de cuerdas láser.

— Si no tiene inconveniente me gustaría iniciar la entrevista.

— Adelante, cuando usted guste.

12 PM

La música cesó en el plasma creando una disolvencia donde apareció la figura femenina de una de las mujeres más conocidas en el ámbito noticioso y junto a ella, el enigmático magnate y primer ser humano salido de un alambique comatoso del Instituto Alcecor. Después de las presentaciones de rigor la periodista dejó caer como piedra demoledora la primera pregunta.

— ¿Qué se siente ser un criónico? La cámara enfocó sin pudor el rostro turbado de Daniels. El hombre tardó en contestar, imaginaba su rostro envejecido del tamaño de una montaña donde cada arruga y cada gesto suyo eran vistos bajo la lente de un gigantesco microscopio.

— No lo sé exactamente, aún estoy aprendiendo a ser criónico –dijo sin ninguna afectación el hombre.

La mujer rió graciosamente ante la respuesta e inmediatamente anunció a su compañero Ramírez que se encontraba con el Dr. Batllori junto al laboratorio de criogenización.

— Dr. Batllori sabemos que se ha completado la descriogenización y corporización de la primera mujer en el mundo. ¿Cómo valora la ciencia este acontecimiento?

— Tremendamente exitoso.

— Y... ¿Nos puede decir algo del fracaso previo frente al éxito?

— Era algo que ya habíamos previsto, en el caso de Hokoppler contábamos con toda su estructura corporal impecablemente tratada con alfa-gen-droxina una especie de gelatina sintética que evita la cristalización de los líquidos celulares y por ende la ruptura de las paredes celulares en el momento de la descongelación. En el caso de Cynthia su cuerpo fue tratado con el mismo componente pero una reacción particular de su organismo impidió el óptimo efecto del sintético.

— ¿Qué medidas se tomaron al respecto?

— Tuvimos que trabajar bajo la presión del tiempo, no contábamos con esta anomalía que seguramente se dará con frecuencia en otros organismos. Por fortuna el departamento de replicantes nos proporcionó un cuerpo y una cabeza idénticos al original perdido.

Hokoppler al escuchar desde la carpa de entrevistas las palabras del médico sintió un estremecimiento tan notorio que inmediatamente un autómatas le ofreció una bebida estimulante.

— Ramírez... Ramírez... pásame al Dr. Batllori

— Dr. Batllori ¿me escucha?

— Sí, con toda claridad.

— Nos puede explicar exactamente entonces ¿qué partes originales de Cynthia se pudieron conservar?

— Sólo su cerebro

Al escuchar estas palabras el público que atiborraba una de las explanadas de Central Park frente a las imágenes del monumental plasma, dio tremendo alarido.

— Nos puede explicar con detalle el proceso.

— Es algo complicado explicarlo técnicamente, pero es sencillo entenderlo como un núcleo de energía con capacidades particulares que es adaptado a un componente idóneo para su expresión.

— ¿Un núcleo de energía? — Preguntó Baruxha. El médico sin pronunciar palabra asintió con la cabeza.

— ¿Cómo se encuentra Cynthia? ¿Podemos verla?

— Sólo unos instantes —dijo el doctor avanzando hacia una habitación del laboratorio.

Las cámaras y Ramírez le seguían con evidente nerviosismo. Se abrió la puerta y una mujer hermosa, sonriente, plena de juventud desbordada, saludaba con su mano mientras repetía —Gracias... gracias a Todo y a todos los que me han permitido vivir nuevamente.

Baruxha se apresuró a decir —Cynthia ¿sabes que eres la primera mujer criónica?

— Si lo sé.

— Está aquí conmigo, el primer hombre criónico, te va a decir unas palabras.

Daniels enmudeció por un instante. Y antes de decir algo enfocó sus ojos enrojecidos a los de Cynthia, ambos se compenetraron en las herméticas profundidades del núcleo sutil de la energía. Ya no tuvieron que hablar, estaba todo dicho.

Escaramuza junto al arroyo las piedras

Gaut vel Hartman, Sergio

Estari se agachó justo cuando la ráfaga de chiflas disparada desde el bichadero pasaba a metro y medio del suelo, exactamente donde un segundo antes él tenía la cabeza. Pura casualidad. Estar vivo o muerto no suponía una gran diferencia en esa guerra; pero Estari prefería seguir vivo, aunque el precio fuera chapotear día y noche en esa jalea ácida y maloliente formada por el desborde del arroyo. Pensó en el precio. Pensó en cómo era la vida antes de que llegaran los kulfos. Pensó en Nora, pero borró el pensamiento de inmediato; era inútil pensar en ella, nefasto.

Los kulfos del bichadero parecían haberse calmado. Estari le mandó una señal al Cosaco para fijar su posición y conocer la de él; el Cosaco estaba a cinco metros a la izquierda, a cubierto detrás de un esqueleto de hierros oxidados. Sistema había determinado que ese bichadero era el único del sector que podía ser tomado a un costo razonable. También había calculado que recuperarían dos tercios de los muertos propios y que la mitad podría reciclarse. Guerras modernas.

Una nueva ráfaga de chiflas le informó que los kulfos estaban equipados con localizadores térmicos de movimiento, más precisos que los anteriores. Pero los invasores no tenían forma de saber cuántos reciclados integraban la partida; ni siquiera debían entender por qué los atacantes eran siempre más de los que sus aparatos podían detectar.

Estari se movió en la estela de un reciclado que había recibido orden de disparar una racha de alubias contra el bichadero. Los kulfos respondieron por instinto, sin vacilar, por lo que la atmósfera se incendió con un complicado macramé de fuego azul. El reciclado duró exactamente dos segundos y quedó tan destrozado por las chiflas que Estari tuvo la certeza de que no lo iban a poder reciclar una vez más. Pero antes de que la masa de tejidos chamuscados tocara el suelo, otros dos reciclados se irguieron desde los extremos opuestos de una línea imaginaria que pasaba por el bichadero y tiraron unas rachas infernales, profundas. Los kulfos, tomados por sorpresa en el cruce de dos fuegos, ni siquiera tuvieron oportunidad de disparar las chiflas; tal vez habían tenido un poco más de suerte que otras veces y el ablande dejó a varios fuera de combate. Estari se incorporó a medias y avanzó unos metros a gatas, en línea recta, celebrando que el movimiento táctico ideado por Sistema hubiera sido tan efectivo. Si bien los reciclados se habían dejado fuera de combate mutuamente, al disparar enfrentados, con el bichadero en el camino de las rachas, las alubias no causaban tantos estragos en los humanos como en los kulfos y seguramente los Bio de Sistema podrían recuperarlos.

Estari vio que su detector brillaba rojo y casi de inmediato descubrió al Cosaco, con el cuerpo al descubierto, arrojando triluces, una detrás de la otra y metiéndolas en le bichadero, donde estallaban como bengalas. Pero antes de que él mismo le pegara el grito, para detenerlo, actuaron los de Sistema y le mandaron una señal sónica por el canal privado que lo tumbó como un muñeco de trapo. Estaba loco, el Cosaco. Por lo visto se había olvidado de que las órdenes eran precisas, que había que chupar todos los kulfos que fuera posible, lo más enteros que se pudiera.

Jalil fue el primero que se metió de un salto en el bichadero, moviendo el lanzador en

abanico. Pero por lo visto no había kulfos vivos ahí adentro. Hizo la seña convenida de que la resistencia estaba terminada y todos los combatientes y reciclados que podían hacerlo se levantaron y convergieron sobre el nido de los kulfos.

En el bichadero había nueve kulfos muertos; dos estaban enteros, con alubias metidas en sitios vitales. Los otros estaban más o menos destrozados, pero la orden de Bio era juntar todo y meterlo en bolsas de anecro que permitieran conservarlos hasta que Sistema y Bio pudieran ponerles las manos y los instrumentos encima.

Empezaron a trabajar. Estaba claro que Bio había pedido la operación para obtener kulfos muertos y ensayar en los invasores lo que había dado resultado en los humanos. Lo que no estaba nada claro era si aquello funcionaría con los extraterrestres. Estari, agachado sobre el morro fruncido de un kulfo, abstraído en su tarea de tratar de meter partes del mismo bicho en la bolsa de anecro que correspondía, reaccionó como mandaba el entrenamiento cuando lo sobresaltó un roce sobre el brazo. Soltó la cabeza del kulfo y con un solo movimiento alzó el arma, liberó el seguro, acarició el disparador, y fue un milagro que se detuviera antes de volarle la cabeza al Cosaco.

—¡Imbécil! —gritó Estari—. No es tu día.

—Los de Bio están locos —dijo el Cosaco, a la defensiva.

—No es asunto nuestro. Los quieren enteros, para experimentar.

—Acá solo hay pedazos —dijo el Cosaco señalando con el cañón de la AK-97.

Jalil, que no había parado de meter miembros peludos en las bolsas miró al Cosaco de reojo.

$\frac{3}{4}$ Tu obra, animal —dijo.

—Estás en problemas, Cosaco —dijo Estari—. De esta no te salva nadie.

—¿Algún pariente en el Tribunal E.T.? —dijo Jalil con sorna.

—Mi padre... —empezó el Cosaco, pero cerró la boca cuando Prats entró al bichadero.

—Los de Bio los querían enteros —dijo Salva, que hasta ese momento no había abierto la boca, inoportuno como una mosca en la sopa. Prats miró al Cosaco desde la altura de su rango.

—Los de Bio los querían enteros —dijo, repitiendo las palabras de Salva—. ¿Por qué disparaste esas triluces? Sabíamos que los bichos estaban acabados. Los rompiste en pedazos demasiado chicos para que sirvan. Esta misión se fue al carajo, Cosaco, por tu culpa, y la vas a pagar.

—Nos estaban dando duro —dijo el Cosaco, perdido por perdido.

—¿Estás loco? —dijo Prats—. Perdimos el personal previsto... No sé por qué te doy explicaciones... A moverse. Ustedes, ¿qué miran? Terminen de meter los bichos y salgamos de aquí. Esto se está poniendo irrespirable.

Los kulfos se pudrían rápido y aunque el olor que despedían era dulzón y no demasiado repugnante, tenían un buen par de horas por delante para llegar a la base. Y no más de diez minutos antes de que los extraterrestres enviaran un contraataque; en eso eran enormemente previsibles, tan parecidos a los humanos que asustaba.

Estari, Jalil y Salva terminaron de cerrar las bolsas. Era incongruente que hubiera ocho bolsas, si habían contado nueve kulfos, pero nadie se detuvo a discutir. Le cargaron

dos al Cosaco sobre la espalda, en parte para empezar a castigarlo y además porque era ancha como una explanada. Los demás cargaron una, incluso Prats, que cuando se trataba de poner el lomo no hacía cuestiones. Vieron que Escargón y Kurt estaban heridos, pero no de gravedad, lo que de alguna forma era peor que si hubieran muerto. Si los kulfos llegaban más rápido de lo previsto habría que atarlos a los ganchos del transporte y llevarlos colgando como mocos, igual que al Cuis, que había muerto. Bio se ocuparía de ellos al llegar a la Base. Y no importaba demasiado en qué estado llegaban.

Avanzaron formando tres filas. Estari miró con envidia a los reciclados, que no servían para otra cosa que disparar y gracias a eso se liberaban de tener que cargar las bolsas con los kulfos muertos. La que le había tocado pesaba una tonelada, por lo que empezó a hacerse a la idea de que Jalil había puesto dos kulfos en la misma para joderlo.

Remontaron el arroyo hasta llegar al punto de encuentro, en el mismo momento en que se oyó el ronroneo apagado de los motores de los Apache. Una llovizna pegajosa reducía la visibilidad y desde Sistema se puso a los reciclados en alerta máxima, con los AK-97 apuntando al azar hacia donde podían aparecer los vehículos de los kulfos, semejantes a pelotas de rugby de tres metros de eslora. Todavía no habían podido averiguar cómo se propulsaban a pesar de tenían media docena en Tecno.

Descargaron las bolsas en el barro y esperaron. Tien, el chino tímido que exasperaba a Prats, empezó a temblar. Estari estaba seguro de que el tipo tenía un olfato especial para detectar las naves de los kulfos, por lo que interpretó que estaban más cerca que los Apaches. No era posible; no habían pasado ni cinco minutos desde que abandonaran el bichadero. ¿Y si los kulfos habían permitido la operación para emboscarlos? Un frío acerado le circuló eléctricamente por todo el cuerpo. Si los kulfos llegaban antes que los Apaches eso sería una carnicería y Bio no tendría forma de recuperar los cuerpos para reciclarlos. Estari miró hacia donde cinco reciclados formaban un grupo compacto. Había conocido a esos hombres cuando estaban vivos, y ahora, saturados de máquinas microscópicas que realizaban las funciones motoras y les permitían disparar, agacharse, arrojar triluces y enfrenar a los kulfos sin miedo, le costaba aceptarlos como compañeros de lucha. Él mismo podría convertirse en algo así tras encontrar una chifla en el camino. Casi había sucedido antes de que tomaran el bichadero y podría volver a suceder.

No pudo evitar un nuevo pensamiento pernicioso. Nora aparecía cuando tenía que mantenerse invisible, complicando las cosas, haciéndole perder la concentración. Pero esta vez no hizo nada por evitarlo. Las órdenes de Prats se volvieron confusas; disputaba con Sistema por tomar el control de los reciclados ya que, decía, la transmisión era tan mala que a duras penas podrían ver hacia donde disparaban. Pero Sistema argumentaba que los Apache estaban casi encima de ellos y que no había aparatos de los kulfos en las inmediaciones.

—¡Hijos de puta! —gritó Prats—. Mienten todo el tiempo. Lo único que les importa es tener más y más cuerpos para reciclar. —Hablaba consigo mismo, perdida toda compostura—. ¿Cómo le va, señor Santamarina? ¿Qué sabor tiene la muerte? —El que había sido Santamarina giró la cabeza, seguramente por casualidad, pero eso desconcertó a Prats—. ¿Entiende lo que digo, Santamarina? —No tuvo tiempo de enterarse de la respuesta; una ráfaga de chiflas precedió a un racimo de melones que explotaron

desmembrando a los vivos y los muertos. El chino Tien voló como una piedra. La cabeza de Prats quedó colgando ridículamente de una rama baja y mientras se dejaba deslizar por la barranca del arroyo para ponerse a cubierto, Estari permitió que una escena completa le recalentara el cerebro, una escena áspera y nociva, casi un sueño de fiebre.

En esa escena él estaba muerto y había sido reciclado por Bio, pero Prats, con una cabeza nueva, demasiado grande para su cuerpo, le había otorgado una licencia. Y allí estaban los tres, en la sala decorada con tapices aymara y huacos mochica que Nora había traído de sus frecuentes viajes a Perú y Bolivia. Nora con las manos sobre las rodillas, cohibida por la presencia de los dos reciclados, nerviosa porque no sabía cómo hablarles ni qué decir. Prats, en su ridícula simulación de vigilante, se rascaba detrás de las orejas, todavía poco habituado a su nueva cabeza. Estari, sin poder saber si se trataba de un sueño o si lo había alcanzado una chifla de los kulfos o una esquirla de melón, pensaba que Prats sobraba. Seguramente se trataba del efecto residual de una de las porquerías que le habían dado. Ellos dos, vivos o muertos, eran lo suficientemente grandes como para saber qué hacer y qué no. Parpadeó. De todos modos había transcurrido un segundo. Seguía en el arroyo, poco más que una zanja, hundido hasta el cuello en un fango grumoso y fétido. Por encima de su cabeza evolucionaban los vehículos de los kulfos sin dejar de disparar chiflas y de rociar el campo con los racimos. De los Apaches, ni rastro. Por lo visto la escaramuza era un movimiento lateral de un combate en gran escala. Volvió a parpadear.

Nora le daba la espalda.

—Ahora estás muerto. No importa que hables y camines y puedas abrazarme. Él te mueve como si fueras una marioneta.

—Yo no soy de Bio —decía Prats a la defensiva.

—Ustedes no pueden hacer las cosas que hace la gente —insistía Nora—. Yo quiero casarme como cualquiera, tener hijos. Más aún: como creí que habías muerto me relacioné con uno de ellos. Creo que las uniones pueden ser fértiles. Lo vi en un programa de la televisión, hace algunos días. —Entraba un kulfo, bamboleándose sobre sus miembros arqueados, como un enano patizambo y contrahecho. Estari no sabía por qué los habían llamado kulfos y no pekis. Tenían el morro fruncido como esos odiosos perros falderos y eran histéricos y agresivos como ellos.

—Vengo a pedir la mano de Nora —decía el kulfo con una voz gangosa, deformada por el traductor universal—. Quiero casarme con ella.

Una ráfaga de chiflas arrancó una buena porción de la barranca y produjo una lluvia de barro cenagoso que se metió en los ojos de Estari. Ya no había espacio para escenas imaginarias, con o sin drogas. Prefería salir al descubierto y ser acribillado que morir como una rata, encajonado en el arroyo, soportando esas visiones grotescas. Trepó con dificultad por el muro apenas inclinado y resbaladizo utilizando la culata del arma como punto de apoyo. Espió por el borde y vio que un puñado de reciclados disparaba sin detenerse, espalda contra espalda. El Cosaco, que milagrosamente seguía vivo, lanzaba una triluz tras otra y por lo menos había alcanzado a un vehículo de los kulfos, que se veía aplastado como una cáscara de huevo contra un árbol. Por alguna razón los kulfos no habían progresado demasiado. Estari observó a Salva preparando una mayor, una especie

de granada de gas paralizante cuyos efectos eran difíciles de prever, incluso para quienes la lanzaban, pero no llegó a hacerlo. Aparecieron dos misiles, de los que llamaban cazaperros, viniendo de ninguna parte, y dieron de lleno en los dos vehículos restantes de los kulfos. Por lo visto Sistema había logrado una localización perfecta gracias al ángulo de disparo de los reciclados que quedaban.

—¡Estari! —gritó Jalil desde un hueco en una pila de basura—. ¿Adónde te habías metido, gallina?

—Resbalé hasta el arroyo —respondió Estari, poco convencido de sus propias palabras. Pero Jalil no puso objeciones.

—La misión sigue como estaba planeada. Solo que ahora tenemos el doble de muertos.

—¿Los Apaches? —dijo Salva.

—Oigan los motores. Los tenemos sobre nuestras cabezas.

Estari miró a su alrededor y vio más kulfos muertos. Habían ganado. Pero no iban a poder con todo.

—Ni Sistema ni Bio saben cuántos kulfos tenemos —dijo Estari.

—No es tu problema —dijo Jalil—. Colguemos de los Apache todas las bolsas de anecro que se pueda. Ellos sabrán qué reciclar.

—¿Y nosotros? —dijo el Cosaco.

—Nosotros seguimos acá. Se considera objetivo cumplido, pero tenemos que defenderlo por si regresan. Cosaco: cuando levanten los Apaches te quiero en el bichador con dos reciclados; los de Sistema están empeñados en conservar esa posición. El resto cavaremos unos lindos pozos de dos metros. En uno de los Apaches vienen dos taladros neumáticos y diez reciclados de fresco. Ahora tienen un minuto y medio de descanso.

Estari se sentó junto a Salva y sacó un arrugado paquete de *Porro's* del bolsillo interior de la coraza. Encendió dos y le tendió uno al compañero. —Un minuto y medio —dijo—. La eternidad.

Salva no contestó. Tenía los ojos fijos en un reciclado que estaba metiendo restos humanos y kulfos en la misma bolsa de anecro. Le dio una larga pitada al cigarrito y le pasó la colilla a Estari. Después, casi sin tomar puntería disparó una ráfaga a alubias a la cabeza del reciclado que se derrumbó como una bolsa de arena.

—¡Hijo de puta! —exclamó Jalil saltando como un resorte—. Como si tuviéramos...

Salva levantó la mano para detener la sarta de insultos que seguía y cubrió los veinte pasos que lo separaban del reciclado. Cuando llegó junto al cuerpo ya tenía el cuchillo Rambo en la mano. Hizo un tajo en la nuca y movió la sierra en tirabuzón, como si tratara de extraer una alubia atascada. Al cabo de un minuto metió la mano en el agujero y al retirarla exhibió una placa ovalada entre el pulgar y el índice. Una serie de delgados filamentos plateados colgaban de una fístula ubicada en uno de los extremos del óvalo.

—¡Bingo! —exclamó Salva. Repitió la operación en las axilas y las corvas y retiró otros tantos dispositivos similares—. Los kulfos nos ganaron de mano, muchachos. ¿Alguna vez vieron uno de estos en el cuerpo de nuestros reciclados?

Jalil se acercó y arrebató una de las placas de la mano de Salva, que las exhibía como si fuesen naipes de una baraja absurda.

—¿Esto significa lo que parece? —Paseó la mirada por el claro; todos los reciclados estaban realizando tareas simples, como trasladar equipo o amontonar víveres y municiones. Pero uno se diferenciaba de modo notable: estaba trabajando en el cuerpo de Prats, introduciendo piezas de control sin reparar en que carecía de cabeza.

—Lo que yo decía —repitió Salva—; nos ganaron de mano los hijos de puta. Ellos no necesitan un pabellón estéril y todo el equipo, como los de Bio. Pueden hacerlo en el campo de batalla y volverlos contra nosotros en cuanto sea necesario. —Levantó el arma y apuntó con esmero. El reciclado no lo advirtió, o quizá eso no estaba en la programación. Estari vio el contorno del Apache que se recortaba entre la bruma, buscando un área abierta para posarse.

El resto ocurrió en un segundo. Un relámpago cruzó el espacio y alcanzó de lleno al Apache que se posaba sobre la hierba quemada, junto al arroyo. Otros dos reciclados, rellenos como pavos de racimos explosivos explotaron en ese mismo momento. Estari trató de limpiarse de los ojos el barro, la sangre y trozos de tejido que habían volado en todas direcciones, pero no tuvo éxito. Antes de que todo se volviera negro alcanzó a pensar en Nora, y aunque sabía que era un pensamiento desolado y triste, no le importó porque igual era el último de su vida y uno de los últimos de cualquier humano sobre el planeta.

Sergio Gaut vel Hartman

Tras terminar sus estudios secundarios inició la carrera de derecho en la Universidad de Buenos Aires, que abandonó un año y medio después. A inicios de la década de 1970 empezó a publicar en la revista española **Nueva Dimensión** (Barcelona, 1968-1983) y en diversos fanzines españoles de la época, como **Kandama**, **Tránsito** y **Máser**. En 1982, mientras era parte del equipo de la revista argentina *El Péndulo*, dio impulso al movimiento que fundaría el **Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía**. Al año siguiente (1983) creó y dirigió el fanzine **Sinergia**. Durante 1984 fue director editorial de la revista **Parsec** (Buenos Aires, mayo a octubre de 1984).

Cuando Marcial Souto relanzó la revista *Minotauro*, Sergio Gaut vio publicadas varias de sus ficciones, como *Islas*, *En el depósito* y *Carteles*. Esto sería el prelude a su primer libro de cuentos, *Cuerpos descartables*, que Ediciones *Minotauro* publicara en 1985. En 1995 su relato *Náufrago de sí mismo*, fue seleccionado por Pablo Capanna para la antología *El cuento argentino de ciencia ficción*, de editorial *Nuevo Siglo*. Tiempo después, su novela *El juego del tiempo* quedó finalista del Premio *Minotauro* 2005. En noviembre de 2009 salió su segundo libro de cuentos, *Espejos en fuga*, y en 2011 el tercero: *Vuelos*.

Durante algo más de tres años fue el director literario del e-zine *Axxón*, actividad que abandonó en mayo del 2007 para retomar el proyecto *Sinergia*, ahora en formato web.

Fue el fundador y coordinador de *Comunidad CF* y del *Taller*, aula virtual de escritura creativa. Más tarde creó *Planeta SF*, un espacio multilingüe de encuentro para escritores,

lectores y editores de ficción especulativa de todo el mundo. Actualmente coordina talleres de escritura personalizados que se dicta a la vez en forma presencial y por Internet, para escritores que viven fuera de Buenos Aires. Sus cuentos han sido traducidos al inglés, francés, portugués, italiano, ruso, griego, búlgaro, japonés y árabe. También lidera el grupo Heliconia Literaria, destinado a manejar blogs de ficciones breves como Químicamente Impuro, Breves no tan Breves, y Ráfagas, Parpadeos.

Su biografía apareció en la antología *Latin American scientific fiction writers: an A - to - Z guide*.

Formó parte del panel de Crónicas de «*La Frontera Difusa - Primer Encuentro entre Astronomía y Ciencia Ficción*», desarrollado en la ciudad de La Plata el 18 de abril de 2009, y organizado por la Facultad de Astronomía de la Universidad de La Plata.

El 24 de octubre de 2009, en el marco del Segundo Encuentro entre Astronomía y Ciencia Ficción, Sergio Gaut participó en un debate entre escritores de ciencia ficción argentinos y hombres de ciencia, junto al físico Héctor Ranea Sandoval y el ensayista y filósofo **Pablo Capanna** (1939-).

En julio de 2012 participó en mesas de debate y dictó una conferencia en el marco de las I Jornadas Internacionales de Ciencia Ficción, organizadas por la Universidad de Buenos Aires.

En mayo de 2013 viajó a Berlín (Alemania) para participar en el simposio *Mundos Alternativos*, organizado por el Instituto Iberoamericano de esa ciudad.

Otra más

Manzanaro, Ricardo

El comisario no pudo reprimir la rabia al recibir la noticia. Exclamó varias veces “mierda”, mientras pateaba la pared.

Diez minutos después, el comisario se presentaba en el lugar donde se había cometido el asesinato, accediendo a la zona restringida. Allí varios policías se movían en torno a un bulto cubierto por una sábana. El comisario ordenó levantarle y así pudo ver el destrozado cuerpo de una mujer, vestida con los típicos atuendos de una prostituta. Múltiples aberturas se repartían por el cuerpo. El forense le confirmó, aunque era evidente, el procedimiento seguido por el asesino para matar a la mujer.

A continuación, el comisario se desplazó a donde reposaba otro bulto cubierto por sábanas, a unos 200 metros de distancia del anterior. Hubo mucha fortuna en este caso, ya que por la zona se movía un agente privado de seguridad, que tras presenciar el ataque, fue tras el asesino que escapaba, consiguiendo tumbarle, para finalmente, con el otro ya en el suelo, liquidarlo.

El comisario ordenó retirar la sábana. Inmediatamente lo identificó. Era un modelo X45-KO. El robot yacía con un brazo y una pierna destrozados. Ya era el tercero que conseguían atrapar, pero también ya eran doce las prostitutas asesinadas. Por ahora las pesquisas de la policía para descubrir donde se habían adquirido aquellos robots habían resultado fallidas.

Apoyado en la pared, con la cabeza gacha, el comisario maldijo el día en que a un asesino en serie se le ocurrió enviar un robot a asesinar a la persona objetivo de su obsesión, en vez de ir personalmente.

Ricardo Manzanaro (San Sebastián, 1966) Médico y profesor de la UPV/EHU (Universidad del País Vasco). Mantiene un blog de actualidad sobre literatura y cine de ciencia-ficción (<http://www.notcf.blogspot.com/>). Asistente habitual desde sus inicios a la TerBi (tertulia de ciencia-ficción de Bilbao), y actualmente preside la asociación surgida de la misma “TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror” (<http://terbicf.blogspot.com.es/>). Tiene publicados más de 40 relatos.

Dueños de si mismos Moledo, Manuel

-¿Tu cuerpo te pertenece?

El Caminante asintió.

-Pienso comprobarlo. No quiero líos con la banca. Los brazos en cruz.

El capataz tentó los miembros y articulaciones con mano concedora. Cuando le mostraron la boca abierta, negó con la cabeza.

-Te aseguramos la atención médica hasta diez mil, pero los dientes son cosa tuya. Dormiréis aquí, en el granero, tu mujercita y tú. La comida entra en el trato, ensaladilla y toda el agua que podáis tragar. Sí queréis otra cosa, la pagáis. Si queréis trabajar en la vendimia, necesitamos brazos, pero el viernes descansas y te preparas. Te quiero fresco para cerrar el Día de la Cosecha.

La cabeza volvió a moverse de arriba abajo.

-¿Algo más que quieras tratar?

La voz de bronce del Caminante era tan dura como su cuerpo tostado.

-Un buen trozo de carne el mediodía del viernes. Carne de verdad.

El gordo sonrió de oreja a oreja.

-Tan grande que no podrás acabarlo y tan roja como tu sangre. Ese día te quiero ver dar el do de pecho. ¿Sabes escribir tu nombre o prefieres firma biométrica?.

A Verónica le gustaba la vendimia. No solo porque le ayudaba a colaborar al pecunio común; cuando era niña, sus padres habían tenido una viña cerca de Pontevedra. Eran otros tiempos, cuando la lluvia no tenía dueño y aún abundaban las propiedades familiares. Las cosas habían cambiado mucho. Los pequeños pueden tener un mal año. Caer en deudas. Eso nunca pasa con las corporaciones, y si pasa, tierra y deuda son compradas al completo por otra corporación. Embargo tras embargo, sueño roto tras sueño roto, los tractores robotizados y el monocultivo habían substituido por completo a los pequeños productores. Aún así, la uva destinada al vino de calidad debía ser seleccionada con delicadeza, y aún requería mano de obra humana.

Miró como trabajaba su hombre, dos bancales más allá. Se movía con la engañosa parsimonia que la había enamorado desde el principio. Sin prisa, como si nada le preocupase en este mundo. Pero sin pausa. No perdía terreno con los demás braceros. Repasó las espaldas anchas, las manos grandes y cuadradas, el cuerpo moreno y magro. Algunas mujeres lo contemplaban con admiración pese a sus cicatrices, lo sabía. Pero sobre todo lo hacían los hombres. Cuchicheaban entre ellos sin demasiado disimulo, jugándose, tal vez, parte de su paga. De todas formas, que más les daba. Posiblemente debían tanto dinero a Gentech que un poco más no iba a notarse.

Sus miradas se cruzaron, y los dos volvieron al trabajo. Cortaron las uvas de Gentech y bebieron el agua que les daba *ad libitum* Gentech. El día fue largo, y acabó agotada. Sin embargo, cuando él la buscó sobre las balas de paja, se entregó con ansia, y los trabajos del día y la incertidumbre del mañana dejaron de existir durante un instante eterno.

Ramón dejó vagar su mente, buscando un adecuado estado de consciencia plena. Le fue fácil; se sentía en forma. Ese día había comido carne verdadera. Nada de soja texturizada ni albúmina sintética ni cultivos de células madre. Tostada por fuera, aún sangrante por dentro. Y más que suficiente como para saciar a un hombre. Como siempre, había hecho que Verónica se sentase a comer con él. Las mujeres necesitan hierro, por el periodo. Como siempre, apenas consiguió que probara bocado.

-Cuando ganes, los dos comeremos hasta reventar- había dicho.

Cuando Ramón volvió a abrir los ojos, ya era también el Caminante. Dos dogos se cubrían de sangre en el foso. Una de las bestias vertió su vida en la tierra y la otra recibió su dosis de gloria. El dinero cambió de manos en un ambiente de excitación creciente; en unos minutos, el boxeo sería el colofón de la fiesta de la cosecha. A la gente le seguía interesando más ver destrozarse a dos hombres que a dos perros.

Mientras las manchas de sangre eran cubiertas con serrín, estudió a su rival. El tatuaje holográfico de Medicare en el pecho del joven le dijo todo lo que necesitaba saber. Aquel cuerpo era una inversión, y sería reparado hasta un límite mucho más grande que sus míseros diez mil. Diez mil no cubrían apenas una operación si le reventaban el bazo, o debían operarle un ojo. Su rival sería reparado hasta la cantidad que Medicare pensase que valía; y solo vale el que gana a menudo. Ni siquiera se había fajado las manos; los nudillos desnudos cortan más que una mano vendada, aunque la lesionarse sea más fácil. Era más bajo, pero bien nutrido. Sus mejillas estaban llenas. Sus hombros redondos, proteicos. No debía ser más joven que él mismo, pero lo parecía. Bulldog, le llamaban. El mote le sentaba como un guante a aquel matón macizo de cabeza rapada. Habría que ir con cuidado.

Una gota de sangre de cada luchador fue testada mediante biochips para garantizar la ausencia de sustancias. La campana dio comienzo al baile. Golpes que no esperaban encontrar blanco se cruzaron; los dedos de cada rival tocaron las manos del otro, buscando el hueco, midiendo sus reflejos.

Caminante era más lento, pero tenía más distancia de pegada y medía mejor. Le fue fácil conectar el primer jab. No le abrió el pómulo al chico, pero lo frenó lo suficiente como para intentarlo con la diestra. El recio fintó, y lanzó dos cruzados al aire.

Tras el primer encontronazo se separaron, giraron uno sobre el otro, se midieron. La juventud es impaciente cuando no la doma el hambre, y las manos del más bajo volaron primero, otra vez fuera de distancia. Un paso de apenas dos centímetros, y la izquierda del Caminante volvió a golpear. Su rival le paró con la testuz, y se metió por debajo de su derecha. El flaco recibió el golpe con los músculos tensos, y respondió. Bulldog mordió el polvo, y la sangre que brotó de su labio partido se mezcló con la de los perros en serrín del suelo.

El nómada esperó a que se levantara. Ya tenía claro que al cambio era mejor. No más rápido, pero sí más seguro.

Sin asaltos, sin guantes, un combate puede durar realmente poco. Muchos luchadores hubieran intentado resolver sin más demora. Pero al Caminante no le gustaban las prisas. Había visto perder a muchos por un descuido. Mantuvo alejado a su rival, golpeando con moderada contundencia. Los nudillos hacen falta para trabajar. Bulldog también se había

dado cuenta de su inferioridad, pero en una pelea a puño limpio la técnica no lo es todo. Intentaba pelear de cerca, lográndolo en ocasiones y castigándole sobre todo los flancos. Caminante, a su vez, se desplazaba con pasos sueltos, sin bailar apenas, haciendo honor a su mote. Paso atrás, directo. La cara bien cubierta. Paso a un lado, finta, cruzado. Castigando un pómulo, la barbilla, la nariz sin tabique.

Si ese fuese un combate con puntos, solo debería preocuparse de mantener la situación. Pero ya no se realizaban esos combates, salvo en los gimnasios de mantenimiento de los ejecutivos y la gente bien, o en las Olimpiadas. Eran una reliquia de otros tiempos más amables, cuando un cuerpo era algo más que una mercancía y una vida importaba más que su valor de uso. Antes de que el TTIP se extendiera a Rusia y a China, antes de la Economía Global. Cuando un hombre aún podía declararse insolvente y un tribunal formado por sus deudores no podía reclamar su fuerza de trabajo con la ley en una mano y un táser en la otra.

Los minutos fueron pasando. Aquél cabrón tenía la cabeza dura. Golpearlo era como intentar forjar hierro sin calentar. No cedía, no reaccionaba, no se dolía, solo aguantaba y tiraba golpes al cuerpo sin acusar cansancio. Solo cuando se separaban un tanto, dándose un momento de respiro, se permitía bajar algo los puños y crujir su grueso cuello.

Ramón no vio venir el bolado que lo derribó. El movimiento de su rival le había hecho pensar en otro golpe abajo, pero el puño le rompió la boca. Se quedó en el suelo, sintiendo el sabor salado y cobrizo de la sangre, mientras oía la cuenta y los gritos. El techo daba vueltas, y podía imaginarse viéndose desde arriba, tendido en el suelo.

“Es más duro que yo y está desesperado” pensó Ramón “Esos puños... Solo tiene que tener suerte una vez más”.

“No sabe boxear” pensó el Caminante *“Mientras puedas moverte puedes pelear. Arriba”*.

Primero la rodilla al suelo, mientras apuraba los últimos segundos de la cuenta. Luego, en pie y vuelta a empezar. Jab de izquierda, directo de izquierda, manteniendo la distancia, abrazándolo fuerte para que no se soltase cuando estaba demasiado cerca. La cara del Bulldog era cada vez más un collage de grumos rojos, piel cortada y párpados hinchados.

“Es de hierro y piedra” pensó Ramón.

“Solo es un hombre” pensó el Caminante.

Había encajado dos manos más en los costados que habían hecho daño. Vino la tercera, muy bien colocada, que le dejó sin resuello. Pero cuando se abrazaron no hubo forcejeo. Ambos cuerpos, el libre y el esclavo, buscaron un momento de paz, una bocanada de aire, jadeando al unísono y apoyándose uno en el otro, hermanos por primera vez. Los separaron. Un gancho del Bulldog, fuera de tiempo de combate, machacó entonces la boca del Caminante. Le dio igual. El respiro había valido la pena. No comprendía como el otro todavía seguía en pie, siendo más pesado y gastando tanta energía. El párpado izquierdo del rapado estaba tan hinchado que apenas se distinguía el ojo. Pero en el derecho ardía el fuego de la determinación.

“Es el momento” pensó Ramón.

“Es el momento” pensó el Caminante.

Bulldog se fue a él. Gancho al hígado, directo al plexo. Ahí venía la volea. Esta vez pasó solo a milímetros de la nariz del Caminante, que amagó con la zurda para lanzar un croché con la diestra. Tal como esperaba, su oponente ya no veía de ese lado; el brutal golpe en la oreja hizo doblar la cabeza incluso a aquel toro. El siguiente fue el izquierdazo, un directo a fondo con el peso cambiado. El chasquido de los huesos rotos enmudeció al público; la mandíbula del uno, alguna de las falanges del otro. El pelado cayó a plomo. La cuenta comenzó, pero Ramón ya se había dado la vuelta.

Sabía que su rival no se levantaría, ni a la cuenta de diez, ni a la de treinta, ni a la de cien.

-¿Duele?

Ramón negó con la cabeza. Medicare había hecho un buen trabajo. En un par de semanas su mano volvería a estar soldada. Se estaba bien, tirado en el campo en aquel caluroso día de Octubre, con la barriga bien llena y dinero en el bolsillo. No habían vuelto a tener contacto con Bulldog. No tenía sentido, después del daño que le había hecho. Ramón deseó que estuviese bien. Una vez, uno de sus rivales había sido desechado como luchador. La deuda médica era tan grande que un bracero nunca podría pagarla. Se había colgado en su propio cuarto, para que la liquidación de sus órganos librase a sus hijos de heredarla.

Ella tomó su mano.

- ¿Volvieron a ofrecerte ese préstamo, verdad?

Ramón volvió a asentir. Solía suceder, tras cada combate. Cuando ganaba, como esta vez, pero sobre todo cuando perdía y no podía pagar el tratamiento.

“En mi hambre mando yo” había respondido con algo parecido al orgullo.

Se quedaron allí un buen rato, con los dedos entrelazados, los ojos perdidos en el perfecto azul del cielo. Podían permitirse unos días de descanso; después, el cuerpo de Ramón volvería a alquilarse para que Verónica no tuviese que comerciar con el suyo. Siempre era mejor alquilar que vender, en cualquier caso.

Comparados con muchos otros, eran ricos.

Manuel Moledo (1977) Nació en Serra de Outes, soy biólogo, vivo en La Coruña.

Mi primera publicación fue en la revista digital Másliteratura, con ocasión del I Concurso Literario de Relatos Cortos Steampunk y Retrofuturistas del 2011 en el cual quedé con el relato “El fin de la

Inocencia” http://issuu.com/masliteratura/docs/revista-enero2012_virtual

Físicamente en Contos extraños, una publicación periódica en gallego de pulp, fantasía, terror y ci-fi, y en varias publicaciones online. En mi caso los relatos publicados fueron: Volumen 2. "Xornada Fantástica".-"Solsticio de verán" (Cast. Solsticio de Verano, fantasía épica).

Volumen 3. "Vieiros de Mañá".-"O fin da inocencia" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

Volumen 4. "Nadal Impío".-"Bonecos de latón" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

Podéis saber algo más de *Contos Extraños* y *Urco Editora* aquí (el artículo está en castellano):

http://www.fantasymundo.com/articulos/4981/entrevista_contos_estrans_steam_pulp_d_a_galiza

También he participado en la publicación gallega de cuentos de corte oscuro relacionados con la infancia "Sombras no berce" (Cast. Sombras en la cuna). con el relato "A pesca do cangarexo" (Cast. La pesca del cangrejo, suspense). Podéis descargar este recopilatorio de relatos gratuita (y legalmente y con gusto de los autores) aquí:

http://www.4shared.com/office/THy0jrhH/sOmBrAs_no_bErcE.html

Actualmente colaboro en Tiempo de Héroe, una publicación de literatura 2.0 que esta dando bastante que hablar, con más de 150.000 páginas visitadas. Participo tanto con la saga del personaje Adam Berengario como en la de Marlín. Podéis visitar algunos de mis relatos (y de paso engancharos a la saga, que hay gente muy buena metida) aquí:

<http://www.tiempo-de-heroes.com/2012/09/acto-2-capitulo-1-mdh-pastor-de-lobos.html>

Con más razón teniendo en cuenta que también participa Juan Gonzalez Mesa, al que ya conocéis por haber publicado en esta web, entre otros buenos escritores.

Mis preferencias se decantan, por lo habitual, a la ci-fi. Es por ello que estoy dedicándome a este género concreto, lo que me llevó a ser preseleccionado (sin posterior fortuna) para el concurso de relatos de este año de Inspiraciencia por mi relato "Lenguaje Matemático"

<http://www.inspiraciencia.es/preseleccionats/35-relatos-en-espanol-seleccionados/relato-corto-adulto-espanol/745-lenguaje-matematico>

Acabo de publicar mi primera novela, de hecho la que debe ser la primera novela en gallego de género Steampunk, "As Aventuras de Margaret White", con la editorial *Contos Extraños*.

Muerte en la noche

Cascales Vázquez, José

Tiembla, suda y su andar encorvado delata que algo no funciona bien, Daniel está descontrolado.

— Una hora antes reponía energía en su elitista apartamento de la calle Princesa de Madrid, cuando la placidez del sueño se turbó por un violento despertar.

Entre espasmos y calado en sudor gritaba enajenado mientras sus manos aplastaban sus orejas intentando atenuar el zumbido que solo existía en el interior de su cabeza. Recordó el sueño. Se encontraba rodeado de rayos fosforescentes que se cruzaban estrellándose contra paredes blancas que se volvían negras tras el impacto. Destructivas explosiones por todos lados, mezcladas con gritos y sollozos; muerte.

Intentó recuperarse reflexionando sobre lo que le pasaba pero las ideas se desmoronaban y alejaban hasta perderse en algún rincón de la mente.

Sin saber cómo, se encontró en la calle.

— La noche de verano es calurosa y la ausencia de luna destaca el negro asfalto de La Gran Vía. Corre agazapado hacia Plaza España. Intenta calmarse, relajarse, colocar su mente en el equilibrio adecuado pero no lo consigue.

Se detiene a la altura del hotel Washington. Asoma su cabeza furtivamente por la esquina. Reconoce el terreno, se asegura de que nadie le sigue y tuerce por General Mítre. Merodea, olfatea, ha aflorado el animal que lleva dentro restándole consciencia a su racionalidad.

No son buenas noticias para quién se interponga en su camino. Desgraciadamente el individuo con el que se cruzará quince pasos más tarde lo ignora.

Los ojos enrojecidos de Dan no dejan de escrutarle, si el desconocido no levanta la vista del suelo tendrá una oportunidad de salvar su existencia.

El anónimo viandante introduce su mano derecha en el bolsillo como si buscara alguna cosa y mueve la cabeza, lo suficiente para que Dan crea que le ha mirado y... ya no existen dudas, sucederá.

Sólo quedan tres pasos, el individuo se detiene mirando a Dan con la malévolas sonrisa de creerse en superioridad, un corto y ancho objeto que brilla en la noche así lo refrenda. Dan interpreta el desafío, las mandíbulas presan sus dientes y los latidos de su corazón ascienden hasta sus sienes.

Se inicia un breve monólogo:

—Tío, dame todo lo que lleves encima o probarás mi machete.

En menos de un segundo la mano izquierda de Dan inmoviliza el antebrazo armado del atracador mientras su diestra se lanza hacia la garganta provocando un ruido sordo.

Al extraer la mano se rompe el equilibrio, el ajusticiado cae entre mortales espasmos que cesan al disminuir el caudal de la sangre.

Aún jadeante, Daniel observa el resultado de su ira.

—¿Por qué?—grita sin control—Hubiera bastado desarmarlo... —¿qué me sucede?

La repentina lucidez le permite iniciar una comunicación a través del comunicador integrado en su oído:

—Ben Caster al habla.

—Ben... he perdido el control... he matado a una escoria, por favor...

—Dan no te muevas del lugar, tengo tus coordenadas. En dos minutos te recogerá una unidad de limpieza y se encargará de todo.

Ciento veinte segundos más tarde, la unidad aterriza en silencio. Por la rampa de la aeronave descienden dos enormes personajes embutidos en trajes blancos.

El primero le saluda y el que está detrás también levanta su mano izquierda, desde el lado derecho emerge un fulgor que impacta en el pecho de Dan derribándolo.

Pensamientos inconexos penetran en su mente mientras sus ojos se cierran, le han eliminado.

Epílogo.

—Joder, es el quinto este mes Tony.

—Sí, Frank. Quieren crear superhéroes y nos dan asesinos.

José Cascales Vázquez (Badalona, 1964) reside en Madrid. Master en Marketing y Ventas por Ide-Cesem. Mantiene un blog dedicado a los relatos de ciencia ficción <http://josepcascalescf.blogspot.com/> y una página en facebook [Relatos Cortos. Ciencia Ficción https://www.facebook.com/groups/1375355086037758](https://www.facebook.com/groups/1375355086037758) con información relacionada con la Ciencia Ficción y la Ciencia en general. Participa en el taller literario de TERBI y ha publicado relatos de ciencia ficción y terror en la revista MiNatura, en Inari así como en el portal <http://www.ficcioncientifica.com> . También ha publicado varios relatos en el periódico A21.

Amor

Mira de Echeverría, Teresa P.

¿Deberé decir acaso que su cabello era rojo como el cobre ardiendo y sus ojos tenían el dulce verdor de un bosque de primavera?

¿Deberé decir que siempre llevaba los labios pintados con finas rayas rojas y naranjas que los atravesaban en una fascinante invitación?

¿Importa el detalle de su piel fragante y dorada como el incienso?

¿Me importa a mí?

Ya no. Tal vez jamás. Eso era sólo el envoltorio de un regalo mucho más valioso: su alma.

Con estas manos grises y llenas de sombras envolví su cintura.

Con estos labios fríos y sin vida recorrí su espalda.

Mis ojos vacíos de toda esperanza se perdieron en el hueco de su cuello.

Ni una gota de su sangre escapó de mi boca.

Jamás había amado nada como a ella. Jamás dejaré de amarla.

¿Le importa a ella eso?

¡Claro que le importa!

Está en mis venas, la oigo, me susurra cuando el sol despunta; se ríe cuando las gotas de rocío se condensan sobre mi piel. Está en mis venas.

¡Bruja!

¡Bruja, sí! Hechizos de belladona y árnica en la punta de sus dedos, la Luna pendiendo de sus pechos. ¡Bruja!

¿Y qué?

Sí, ¿y qué?

¿Y qué si la amo? ¿Y qué si me ha hechizado? Todo amor es un hechizo...

Mi cuerpo condenado e infecundo buscó estérilmente la vida en ella. Ella sabía que ninguna vida podría salir de mí y, sin embargo, se entregaba dócilmente a mi deseo.

Pero ella también me anhelaba. *Ella*, la vida misma. Sus artes lo sabían todo de la vitalidad naciente y muriente, del poder de lo vegetal y lo nocturno, de la suma de las cosas que menguan y vuelven a renacer. Y un día me susurró: "Bebe", y yo bebí.

Ebrio sin alma, la bebí... a ella, a su sangre, a su alma.

Ni una gota escapó de mis labios. Y me hundí en un sueño sin sueños, negro y profundo.

Ni la culpa, ni el asco me despertaron, sólo la soledad.

La amo, si eso es posible en mí.

Soy un condenado. Mil soles desfilan por mi memoria: he visto imperios, he visto guerras, he visto polillas nocturnas y gusanos en los charcos. ¿Cómo es posible que mil años me permitan aún amar? ¿Cómo es posible que después de todo lo visto y arrebatado y destrozado; de todo el aburrimiento y el tedio; de la desilusión y la nada, aún pueda ver dos ojos verdes como el fresno y amar?

El que vive de la sangre ajena es como quien se devana lentamente: un hilo eterno que jamás se rompe. Las volutas negras de mi cerebro giran entre el deseo y el hambre en una

rueda sin fin. El mundo es un eco lejano captado entre las sombras de la noche. Un manto, un trasfondo del ansia.

Todo es insustancial para mí: la carne, la sangre, la vida. Lo único que tiene cuerpo es el dolor.

Y el dolor era mi credo, mi única fe.

Dolor más allá de la esperanza y el sentido. Dolor hasta que nada escapa a sus contornos. Hambre y dolor.

Pero un día el dolor se quebró en una fisura indetectable, por el resquicio de la tensión de mi inexistencia penetró una fragancia taumatúrgica: incienso.

Recuerdos de campanas y altares, de cielos e infiernos perdidos despertaron en mi memoria: la peste, las bombas... sus ojos.

Dos pozos de luz verde me miraban desafiantes y sumisos.

¡Oh, cómo los odié al principio!

¿Qué derecho tenía esa infame bruja a despertarme de mi muerte en vida? ¿Por qué insuflarme calor y luz? ¿Para qué sacarme del pozo de mugre en el que me había escondido?

Estiré mis manos, los dedos como ganchos, las uñas prestas: sólo quería arrancarle esos odiosos, esos terriblemente hermosos ojos verdes.

Pero ella tomó mi mano y la besó. Una mancha de fuego ardió donde su boca había depositado su promesa.

Aún odiándola la seguí, hipnotizado. ¿Hasta dónde llegaría esa muchacha? Mientras me lavaba en el río y desprendía el hedor a letrina y las chinches y el fango de mi piel le dije con mi voz hueca: "Tengo mil años".

Ella sólo me miró y sonrió. Su vida era muy joven, pero una sabiduría antigua se filtraba en su gesto.

Entonces tuve miedo.

Por primera vez en un milenio, tuve miedo, terror, pánico. E hice bien en tenerlo.

No se cómo llegué a su mundo, a su hogar. Me sentó en una silla alta de cuero y me cortó el cabello negro y espeso. Me sentía como un cordero presto para el matadero y ví el anhelado fin. ¡Quizás ella... tal vez...! ¡Morir! ¡Oh, dulce idea! La perspectiva del descanso se filtró en el polvo compacto de mis huesos. ¡Oh esperanza, eres verde como el veneno!

Ella sostuvo en su mano mi mentón y elevó la comisura de mi boca: los colmillos asomaron amarillentos.

"Vampiro", ponderó calmada, y sonrió nuevamente.

Ella sabía que los espejos nos son ajenos, sabía que el agua misma nos ignora; por eso acercó su rostro hasta el mío y abrió sus enormes y perfectos ojos de musgo. En el cristal de su superficie vi un hombre de rostro adulto, con mohín joven y angustia de anciano. ¡Me vi!

Mil años sin verme me habían vuelto extraño ante mí mismo, ella me devolvió la certeza de mi propia existencia.

"¿Cómo?", dije.

Pero ella me silenció con un beso.

Días y noches en sus brazos. Días y noches. ¿Qué buscaba ella en mí?

Yo ya no ansiaba nada, ni la vida ni la muerte, nada que no fuese ella.

Si la dulce bruja hubiese pedido mi cabeza, yo mismo hubiera clavado la hoz de oro en mi garganta. Si me hubiese pedido la vida, me habría arrastrado implorando redención hasta las aguas bautismales de un templo. Todo lo hubiese dado por ella. Toda la nada que yo era le pertenecía. Pero sólo me pidió una cosa. Y esa también se la dí.

"Bebe", me dijo. Expuso su cuello que olía a resina de pino y a tomillo. "Bebe", fue su única orden.

El calor de su sangre roja como el vino me cegó. Era la forma de comunión más maravillosa que hubiese imaginado. El bosque y la Luna y el cielo entraron en mi corazón marchito y lo empujaron rabiosamente hasta la diástole olvidada de mi último latido, mil años atrás. Entonces entró su amor y los recuerdos de su propia vida y su pelo rojo como el cobre y su aroma a humo de cedro y la sístole de mi existencia se cerró como un puño de amargura.

Supe que la estaba matando, lo supe todo el tiempo. Era algo tan sabido en mí, tan antiguo, que seguí adelante.

Ella se convulsionó en mis brazos, como lo hacía en el éxtasis de nuestro sexo. Ahogó un gemido tan dulce como sus orgasmos. Y suspiró levemente como cuando me envolvía entre sus piernas.

Ni una sola simple gota de su alma escapó a mis dientes.

"Bebe", me había dicho...

Y caí en la noche de mi saciedad. Adormilado en el amor de su sangre, apoyé mi cabeza entre sus pechos fríos y me acurruqué en el nuevo aroma ferroso que lo llenaba todo, como un recuerdo siempre presente.

Días y noches dormí sobre su cuerpo helado. El deseo me quemaba. Le hablé quedamente, la acaricié, la besé con dolorosa pasión, intenté poseerla nuevamente.

Días y noches abrazándola, oyendo el lento crepitar de los sueños muertos en su mente.

Y luego la soledad.

Lo quemé todo y me tendí en el claro del bosque, esperando el alba.

Con el primer rayo de sol vino su risa.

Aún no me había dado cuenta del aire que entraba en mis pulmones.

El pulso se aceleró en mis venas sobresaltándome. Corrí aterrado al agua, me lancé en ella, me hundí...

Sus manos en las mías me sacaron a la superficie. Su boca rió en la mía, salvaje como un demonio de la vegetación.

"Tu inmortalidad y mi vida", susurró en mi mente.

Lloré lágrimas de sangre con olor a incienso. Lloré hasta que mi mente quedó en blanco y una sola pregunta comenzó a sobrevolar todas las ideas que pugnaban idiotamente por hacerse entender: "¿Me amas? ¿Me has amado?"

Un frío siniestro se arrastró por mi espalda cuando ella dejó escurrir, pesada y melosa, la respuesta en mi cabeza: "Yo soy el amor".

Miré el sol con lujuria. Miré el día y las flores y las venas del aire de la primavera. Si

ella era el amor, yo también lo era.

Me sentí vivo, me sentí feliz, me sentí perdonado.

Entonces comprendí el miedo inicial ante su respuesta: si ella, si yo, era el amor, ¿cómo seguir? ¿Cómo? El amor reclama lo otro, reclama al otro, huye del yo. Y ella, hundida en mí, estaba fuera de mi alcance.

Como si su sangre en mis venas hubiese olido mi comprensión, una tristeza lejana llenó mis fosas nasales con humedad y dolor. "¿Entiendes?", susurró apenada. "Sólo es posible la entrega para mí, pero tú eres captura, apropiación. Yo sólo doy, tú sólo quitas. Esto es cumplimiento."

Volví a la noche con mi primera víctima.

La arrastré suplicante por el pavimento. Tenía el pelo como el bronce al rojo vivo. Sus ojos negros pronto quedaron en la acera: no correspondía que estuvieran allí. Mientras bebía su sangre insípida, oía el llanto y el implorar de mi amada por sobre los gritos de terror. Pero esta sangre de agua no era el vino glorioso de mi bruja. Despedacé el cuerpo impío que no me satisfizo y volví a acechar en las brumas de un invierno lento y tétrico.

Su voz me suplicaba "¡No, basta!", pero yo sólo quería oírla, no me importaba si diciéndome palabras de amor o gritándome que era un monstruo, lo único que yo quería era escucharla, sólo escucharla una y otra vez.

¿Por qué me había hechizado de este modo? ¿Por qué buscar un equilibrio imposible con tanta crueldad? Su amor era cien veces más cruel que todas mis carnicerías... Mil veces más... ¡Millones de veces más!

Aullé de dolor, me sentía traicionado por su candor y su generosidad. "Bebe", me había dicho. ¡Bebe! ¿Cómo había podido hacerme eso?

Pues bien, bebería... Bebería mi furia sin fin hasta que la última gota de sangre sobre la faz de la Tierra estuviera en mis entrañas.

Acunaría la muerte en mí y gestaría antinaturalmente su amor en mi propio vientre reseco y masculino, aunque el mundo entero se condenase conmigo. La haría renacer de mis propias cenizas. La traería de nuevo ante mí para amarla y matarla, una y otra vez. Mi furor no conocía límites.

Mis siguientes víctimas sufrieron tormentos más refinados, suplicios exquisitos, lascivos cilicios. Su voz gritaba en mi corazón y cada golpe que daba, cada desgarró que generaba, era el reaseguro de su presencia en mí.

Una noche, súbitamente, ella calló. Era como si el cosmos hubiese cesado en sus movimientos.

¡No podía ser! ¡No la dejaría! Arremetí con furia, de a decenas masacraba las vanas vidas idiotas de los humanos. La estaba desafiando, probándola, viendo cuánto aguantaría antes de gritarme nuevamente que me detuviese. Pero no lo hizo.

Mi locura me hundió en el silencio.

Una ruina de sopor colmó eso que alguna vez había tenido por espíritu.

Los años desfilaron calladamente, respetuosos, impertérritos. Mataba simple y rápidamente, comía y huía. Hasta que la soledad se volvió intolerable.

Si esto era peor que la muerte, la muerte no podía ser más que bienvenida. Congregué las osamentas, los recuerdos de mil años y reinicié la pira. Sólo cuando hundí mis manos

en el fuego ella sollozó que aún me amaba.

Días y noches cumplí mi penitencia. Días y noches me aletargué en los fangales, con las alimañas quitándome lentamente toda la sangre que había tomado.

Días y noches... Años... Siglos.

¿Deberé decir acaso que la sombra de una cabellera roja como el cobre ardiendo rondaba mi vigilia sin sueños? ¿Y que sus ojos tenían la amargura del dulzor perdido?

¿Deberé decir que sus labios se aparecían en mis delirios, pintados con finas rayas negras y grises que los atravesaban como un límite insuperable?

¿Importa el detalle de su piel aromática y blanca como la calígine?

¿Me importa a mí?

Nunca. Porque su alma aún anida en el hueco mohoso de mi pecho: su esencia de muertes y renacimientos, y mi antinatural deseo inmortal de reengendrarla. Ahí está ella, la siento latir como una vida extraña en mi carne reseca.

Con estas manos grises y llenas de tinieblas abro el cofre de mi tórax.

Con estos labios fríos sin su vida, recorro los pliegues de su luz escondida en mí. Mi dulce bruja brilla como un sol, cálido y compasivo, en mi interior manchado de coágulos de odio.

Mis ojos que arden con la esperanza que ella me enseñó, se anclan entre mis costillas y hallan el lugar donde nuestros opuestos se unen y se necesitan, nutriéndose el uno el al otro. El sitio donde ella no puede vivir sin mí, ni yo morir sin ella. ¡Oh, círculo sagrado! ¡El cumplimiento está en el deseo y sólo en él!

Ni una gota de sangre brota de mi cuerpo. La arranco de golpe, con una dentellada, y la deposito en el suelo, frente a mí.

La vida y el sol huyen de mis venas. El martillo de la noche me golpea impasible. Los marfilinos colmillos renacen lentamente.

Ella es pequeña, casi como mi mano. Paso mi lengua sobre su cuerpo cubierto de una leche almibarada y la limpio como a una recién nacida.

Mi corazón se detiene, pero sigo aquí.

Poco a poco la bruja se despliega, como una geometría imposible crece frente a mi vista. Pliegues asombrosos del espacio y el tiempo la devuelven a mí, hermosa y plena, como el día que la conocí.

Ella abre sus ojos, me ve, sonrío entre lágrimas.

Acerco mi boca a sus ojos verdes como un fresno bajo la lluvia, y los beso.

¡Nunca más lejos de mi lado, mi amada bruja! ¡Nunca más, no importa el precio, ni el ansia! ¡La tensión! ¡La tensión entre el ser y la nada, ese es nuestro hogar!

Acerco mis manos a su cuerpo suave como la ilusión, y lo abrazo.

Mi ser se hunde en el suyo, allí mismo, recién renacida, prístina, nueva, *mía*. La poseo una y otra vez en un preámbulo de eterna entrega y apropiación sin fin.

Acerco mi oído a su boca y escucho atentamente a mi dueña y señora; el espacio que alguna vez fue mi alma está contrito en un espasmo de aterrada expectación.

"Bebe", me dice. Y yo río en mi locura y mi alegría. "Bebe", suplica otra vez.

Y yo grito salvajemente en el paroxismo de mi felicidad: "¡Jamás!"

Teresa P. Mira de Echeverría (Argentina, 1971).

Doctora en Filosofía, trabaja como docente universitaria e investiga acerca de la relación entre ciencia ficción, filosofía y mitología.

Es una de los fundadores del taller literario “Los clanes de luna Dickeana”.

Sus cuentos han aparecido en las revistas *Próxima*, *Axxón*, *NM* y *Opera galáctica* entre otras publicaciones.

También ha publicado artículos y ensayos en diversos medios especializados como *Signos Universitarios* (Año I, [2](#) y Año IV, 6), *El hilo de Ariadna*, *NM* y *Cuasar*.

Con "**La trama del vacío**" (aparecida en las revistas *NM* y *Cuasar*) obtuvo el 2do. accésit en la categoría Ensayo del III Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (el ganador del primer premio fue Pablo Capanna).

Su cuento "**Memoria**" (candidato al Premio Ignotus 2013), integra la celebrada antología internacional *Terra Nova* publicada en España y Argentina, tanto en la versión castellana, como en la inglesa.

El cuento "**Dextrógiro**" fue traducido al francés dentro del proyecto que integran traductores de diversas universidades francesas, encabezados por profesores de la universidad de Poitiers, Francia; y apareció en la antología: *Lectures d'Argentine —auteurs argentins du XXIe siècle—*.

Su cuento "**La tenue lluvia sobre los arces**", integra la antología erótica de fantasía y ciencia ficción *Psychopomp II: Bunny Love*.

El cuento "**Vidrio líquido**" forma parte de la antología *Tiempos Oscuros II —una visión del fantástico internacional—*, dedicada a escritores argentinos.

Su cuento "**Purgatorio-42**" aparece en la antología *Eridano, Suplemento Número 24 de Alfa Eridani*.

Además, "**N. Bs. As.**", escrito en colaboración con su esposo, el escritor Guillermo Echeverría, forma parte de la celebrada antología *Buenos Aires Próxima*.

El cuento "**La Terpsícore**" resultó ganador de la convocatoria *Alucinadas* (una antología de relatos de ciencia ficción en español escritos por mujeres) e integra dicha obra junto con otras prestigiosas escritoras y editoras.

Su cuento "**Máquina de mi alma**" integra la *Antología Steampunk. Relatos del retrofuturo*, donde participan los escritores del Taller "Los Clanes de la Luna Dickeana".

En Agosto saldrá la primera antología de sus cuentos (se va a llamar: **Diez variaciones sobre el amor**), de temática estrictamente de ciencia ficción abordando la perspectiva de las relaciones humanas y algunas visiones queer. Y que tiene el plus de que va a estar ilustrada por grabados de una notable grabadora argentina: **Inés Saubidet**.

La novena sinfonía de Macedonio Gaut vel Hartman, Sergio

Llegamos al otro planeta a eso de las seis. Era temprano, aun para una invasión. Las nativas estaban sin maquillar y los chicos se restregaban las legañas con entusiasmo.

—¿Ustedes vienen de otro planeta? —nos preguntó un tipo muy delgado con aspecto de carcelero.

—Sí —contesté asumiendo la representación del ejército invasor—; venimos a conquistar este mundo.

—Eso es asunto suyo. Todos fuimos invasores alguna vez. —El tono desencantado del tipo me hizo sonreír.

—Esta invasión no será como las otras —dije.

—Quisiera vivir para verlo —se burló el flaco dándome la espalda.

Como invasión no impresionaba demasiado, lo acepto, pero tampoco era un trabajo de aficionados. Me parecía improcedente recibir tal rechazo de cualquiera.

—¡Adelante! —ordené. Algunos de mis hombres obedecieron de inmediato; otros se quedaron haraganeando por ahí.

—Quisiéramos alquilar departamentos, amueblados si es posible.

El empleado de la inmobiliaria me miró sin interés.

—¿Cuántos ambientes?

—No sé, digamos... no sé... —Me encogí de hombros—. Dos.

—¿A la calle o internos?

Busqué amparo en mis hombres; todos sin excepción miraban el techo o los extraños adornos de terracota que representaban flores antropomorfas devorándose unas a otras.

—Internos —contesté luego de un sorteo mental. Por suerte el empleado no había incluido "contrafrente" entre las opciones. Mi moneda ideal sólo tiene dos caras.

—¿Servicios centrales o individuales?

—Señor —dije perdiendo una buena porción de mi extraordinaria paciencia—, somos seres de otro planeta, aunque usted no parezca notarlo, y nada sabemos de servicios....

—Está equivocado —contestó el empleado mirándome por primera vez a los ojos—: he notado que son extraplanetarios. ¿Acaso me toma por un idiota?

No lo había considerado bajo esa perspectiva. Pero definitivamente el tipo no parecía idiota. Por el contrario, tenía una expresión mucho más inteligente que la mayoría de mis propios hombres.

—Confío en usted —dije finalmente, tratando de ganar su confianza—. Acomódenos según su criterio. Somos veintiocho... veinticinco.

—¿Juntos o separados?

—Sería preferible que nos pusiera a todos en el mismo edificio. ¿Puede ser?

—¿Cómo no! —repuso el empleado esbozando la primera sonrisa—. Son ocho millones de karamungs.

—¿Acepta cheques?

—¡Por supuesto!

La sencillez con que se allanaban los problemas en el otro planeta me desalentaba y me llenaba de confusión. Sentía que era un modo de minar el optimismo de un jefe invasor. ¿No se supone que tendría que haber cierta resistencia? Se lo dije al empleado.

—No se preocupe. Ya verá que la resistencia se materializa ante sus ojos cuando le lleguen las cuentas de expensas e impuestos.

Esta afirmación me condujo a un gesto interior de suficiencia (que me preocupé por disimular): la cuenta de gastos de una flota invasora no se debilita por un millón de karamungs más o menos.

—Le pido un último servicio —dije bajando la voz.

—Si puedo...

—¿Podría informarme dónde hay una armería? El oficial de abastecimiento olvidó traer las armas.

—Con el mayor gusto. Vayan por esta calle hasta el Santuario de la Hija y allí giren a la izquierda. La tercera tienda es la armería de mi hermano. Dígale que lo mando yo y les hará buen precio.

Nos dirigimos de inmediato hacia el lugar señalado. Un enorme cartel identificaba la armería y en el lujoso escaparate se exhibía una variedad casi infinita de armas, desde las más simples hasta las más sofisticadas.

El dependiente no se parecía en absoluto al empleado de la inmobiliaria, pero la disimilitud entre consanguíneos es frecuente también en nuestro planeta.

—¿Usted es el hermano del empleado de la inmobiliaria?

—Sí. ¿Qué se le ofrece?

—Somos invasores extraplanetarios y hemos venido desarmados.

—Un contratiempo muy molesto —admitió el armero.

—Quisiéramos comprar un buen surtido: cortas y largas, pesadas y livianas.

—Seguro. Tengo unos cotilleros muy eficaces.

—¿Los puedo probar?

—Por supuesto.

El armero me entregó una escobilla con empuñadura. De los costados del caño, formando un ángulo de cuarenta grados, salían dos varillas rematadas por sendos ojos en los extremos; parpadeaban con luz verde. Se me ocurrió pensar que ese color indicaría que el cotillero estaba cargado.

—La luz verde indica que el cotillero está cargado —dijo el armero.

—Entiendo —dije.

—Cuando la luz pasa del verde al amarillo, indica que la carga está a punto de agotarse.

—Claro, claro.

—Y el rojo indica que la carga se agotó por completo.

Mi mente se inflamó y alcanzó una cima. Este es un momento ideal para empezar efectivamente la invasión, razoné. Busqué el gatillo sin éxito.

—¿Perdón? —preguntó el armero, solícito.

—No encuentro el gatillo.

—No tiene gatillo. El cotillero se dispara respondiendo al deseo de quien lo empuña.

Obedece a las ondas mentales de quien lo empuña.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Apunté al cuello del armero sin que a éste se le alterara un solo músculo. Deseé con todo mi corazón que el cotillero disparara y el resultado me sorprendió: varias docenas de relámpagos morados zigzaguearon cruzando el espacio y separaron la cabeza del tronco del armero. La cabeza estalló con tal violencia que todos quedamos salpicados de sangre y materia gris. Miré el cotillero con extrañeza, ya que en mis cálculos había reservado un buen porcentaje de posibilidades a que el armero me vendiera un artefacto fallado (lo que por otra parte yo hubiera interpretado como un acto patriótico, inspirado en el derecho a la legítima defensa).

—Muchachos —dije eufórico por la carnicería—, la invasión acababa de empezar.

Mis hombres respondieron con muecas despectivas y dos de ellos se marcharon bruscamente, haciendo sonar las campanillas de la puerta.

Como si el sonido hubiera activado un circuito, una puerta corrediza se deslizó hacia un costado y de la trastienda salió un hombre idéntico al armero, el hermano gemelo absoluto. El armero número dos se acodó sobre el mostrador y enarcó las cejas en un gesto interrogativo.

—¿Los lleva o no los lleva? —Noté admirado que empujaba disimuladamente con el pie el cadáver del armero número uno—. ¿Los lleva o no? —insistió, impaciente.

—Sí —dije, resuelto a que la situación no escapara a mi control.

—¿Cuántos?

—Veintitrés.

—¿Envueltos como para regalo?

—No, déjelos así; los vamos a usar enseguida. —El armero sacó otros veintidós cotilleros de un baúl y los colocó en un confuso montón sobre el mostrador, junto al que yo había probado.

—Son diecisiete millones de karamungs.

Me pareció caro, pero pagué sin protestar. Por otra parte no estaba en condiciones de volver al otro planeta en busca de las armas. A mis superiores los irrita mucho más la ineficacia que un gasto extra.

—Dígame: ¿usted sabe que esto es una invasión extraplanetaria?

—¿Cuántas veces me lo va a decir?

—Yo se lo había dicho a él —dije apuntando con un dedo tembloroso el cadáver semiculto por el mostrador.

—Usted tendría que ver a un psiquiatra. ¿Siempre se preocupa tanto por un cuerpo descartado?

—Yo lo maté. Él es la primera víctima de la invasión extraplanetaria.

—Y habrá otras —enfaticó el armero número dos—. No se puede comer un huevo sin romper la cáscara.

—¿Usted no debería dar una alarma general? Me parece que esto se está desarrollando muy... muy, digamos, alevosamente.

—Ocupese de su invasión. Yo sé bien lo que tengo que hacer —dijo el armero sin

inmutarse.

En la puerta de la tienda repartí los cotilleros y en cuanto lo hice noté que me sobraban cinco. Por otra parte recordé que había olvidado comprar las armas largas; pero la idea de volver a enfrentar al armero número dos (y quizás al número tres, arriesgándome a caer en una trampa hábilmente urdida) me repugnaba.

—¿Dónde están los que faltan? —pregunté con el ceño adusto.

—Bajas —respondió el sargento.

—¿Hubo escaramuzas con los aborígenes?

—Dije que hubo bajas —insistió mi subordinado, de muy mal modo.

Anoté el asunto en "pendientes" y ordené a los hombres que me siguieran. Luego de insistir varias veces logré convencer a siete. Los demás se quedaron tomando cerveza alegremente. No pude menos que festejar en mi fuero interno el éxito de los muchachos con las chicas del otro planeta. Pero una invasión tiene sus obligaciones y yo era el jefe.

Tomamos por asalto la Casa de Gobierno. Eso es lo que me gusta de los planetas con Gobierno Mundial: uno no tiene que dilapidar esfuerzos. En la Casa de Gobierno había pocos funcionarios. El Presidente estaba pescando truchas en un lago lejano y el vicepresidente solía llegar después de las seis de la tarde porque los martes sacaba a pasear a un hermano tullido. La excusa me pareció pueril, pero parafraseando al armero: cosa de ellos.

El funcionario de mayor jerarquía resultó ser un secretario de asuntos ecológicos que buscaba en ese momento la solución de un problema insoluble: cómo extraer potasio cianhídrico de las aguas servidas. En algún momento del pasado (un momento que prefiero no recordar) ocupé un cargo semejante.

—Somos una invasión extraplanetaria —le dije apuntándole con dos cotilleros. Creo que no sonó muy convincente, pero el secretario levantó la cabeza de la pila de formularios.

—¿Son muchos?

—Sí —dije con mi voz más grave.

—Entonces me rindo. Tengo todos los cuerpos lejos de aquí y no quiero correr riesgos.

—¿Usted me podría explicar ese asunto de los cuerpos?

—No. Y créame que lo siento, pero tampoco yo lo entiendo. Es como con la luz, el crecimiento de las flores, las estaciones y el viaje a otros planetas. Están ahí y uno los utiliza cuando los necesita.

—Gracias —dije de todos modos.

—Vengan. Les enseñaré el trabajo.

Cuando mis hombres vieron los archivos, las montañas de expedientes, las inmensas salas abarrotadas de computadoras que trabajaban febrilmente, vomitando tiras de papel que nadie leía, escaparon a la carrera.

—¡Motín! —exclamé, perdida la calma—. ¡Vuelvan! ¡Se exponen a una corte marcial!

—Escúcheme —dijo el secretario tirándome de la manga—: son jóvenes, tienen

música en las entrañas; no los censure. Este planeta tiene encantos que usted, limitado por la responsabilidad, no puede apreciar.

—Somos invasores invictos —protesté.

—Lo sé. Ah, el invicto. ¿Quiere que le diga una cosa? Les convendría perderlo de una buena vez. El invicto es una carga, una pesada carga.

La observación del secretario me hizo reflexionar acerca del triste papel que yo, como jefe de la invasión, estaba cumpliendo. Desertar... Nunca había considerado el asunto, ni siquiera como hipótesis de trabajo. Y justo cuando iba a hacerlo por primera vez, el cielo verde se llenó de libélulas enloquecidas que descendían en espiral sobre la Casa de Gobierno.

—¡Mire eso! —exclamé aterrado. El secretario se limitó a observar de reojo el brillante reflejo de las alas y volvió a fijar la atención en mí.

—No se preocupe. Es una invasión más. ¿Un invasor le tiene miedo a otro invasor?

—No es lo mismo —dije—. Por la forma en que caen sobre nosotros diría que proceden de un planeta hostil. Fíjese con qué agresividad baten las alas.

—Agresivos o simpáticos, como ustedes. ¿Qué importa? Hemos llegado a considerar a los invasores de otros planetas un elemento más en la trama de la realidad.

Reflexioné un momento.

—Tiene razón —dije—. La agresividad es aleatoria.

Fue su turno de sentirse desconcertado.

—¿Sabe que nunca lo había considerado bajo ese punto de vista? —Miró el cielo con más atención. Las libélulas estaban muy cerca, pero parecían agruparse para un ataque masivo—. Corremos el riesgo de que los cuerpos ni siquiera alcancen.

—No pensaba en eso, pero sí, podría suceder. —Entonces había un límite para el número de cuerpos que una persona podía descartar, aunque quedaban otras cuestiones sin resolver—. No puedo volver por donde vine.

—¿La nave quedó muy lejos de la ciudad?

—¿Nave? ¿Qué es una nave? —repliqué.

El secretario me miró como si yo hubiera perdido la cabeza.

—Naves. Aparatos para viajar entre planetas. Como ésas —dijo señalando la nube de libélulas.

—Ésas son libélulas, invasores de otro mundo.

—Llamamos libélulas a una clase de nave. Los paneles solares brillan como alas de insecto. —El secretario se rascó la cabeza—. ¿Realmente no sabe lo que es una nave? Entonces ¿cómo llegaron a nuestro planeta?

—Pasamos. No sé. Lo hacemos con naturalidad. Pim, plaf.

—Pim, plaf —susurró el secretario. La masa de libélulas se hacía más densa a cada minuto que pasaba; su aspecto era amenazador—. A fin de cuentas no somos tan diferentes. Es posible que estemos un poco anquilosados por culpa de los cuerpos, pero mi abuelo decía que cuando él era joven...

—Opciones —dije tratando de no parecer pedante—. Infinitas. Nosotros las controlamos. Cada obra de arte es una puerta abierta a otro mundo.

Las libélulas se precipitaron como una lluvia de verano.

—¡Huyamos! —gritó el secretario.

—¡Espere! —le dije tomándolo del brazo—. Confíe en mí. ¿Ve ese cuadro? —Señalé con el dedo el paisaje aldeano que ocupaba una pared completa del cuarto; un fantástico cielo compuesto en azules, celestes y blancos, y en primer plano una casa humilde, un huerto, un camino de tierra.

—Brahms. Amo las creaciones de Brahms.

Qué raro, pensé; en mi planeta Brahms había sido un talentoso novelista. Y el cuadro me evocaba una obra conocida, aunque no podía recordar su título ni quién la había pintado.

—¡Métase! —exclamé en el preciso instante en que la primera libélula rompía el vidrio de la ventana.

—Métase usted —dijo el secretario—. Tengo cincuenta y un cuerpos. No creo que los invasores los encuentren a todos...

No escuché el resto de la frase. Me metí en el cuadro y mi pensamiento derivó hacia una cuestión estúpida: ¿podría volver desde la realidad del cuadro a mi planeta de origen? La respuesta no estaba al alcance de la mano. Si había algún punto de intersección entre los dos mundos no era visible desde este lado. Decidí concentrarme en el paisaje.

Los azules, celestes y blancos, girando en torbellino sobre mi cabeza, alentaban una traducción musical de la escena. Pero Brahms... En una cosa podía estar de acuerdo con el secretario: el pintor del cuadro, fuera quien fuese, habría producido maravillosas sinfonías. Ese pensamiento fue reemplazado por otro, una certeza tan sólida como inidentificable: los habitantes de la casa me ayudarían. Empecé a caminar.

El lugar se llamaba Cordeville y había sido pintado por van Vogt. La certeza me golpeó como un martillazo. Poseía una reproducción del cuadro en mi habitación de soltero. Pero, ¡qué lejos estaba todo! Mi planeta natal, mi esposa... Llegué ante la puerta de madera y la golpeé con energía. A los pocos segundos apareció una mujer vieja y rústica que me miró sin hostilidad y sin alegría.

—Soy un ser de otro planeta —dije—. ¿Me daría pan y leche?

—Pase —dijo la mujer.

Sergio Gaut vel Hartman

Tras terminar sus estudios secundarios inició la carrera de derecho en la Universidad de Buenos Aires, que abandonó un año y medio después. A inicios de la década de 1970 empezó a publicar en la revista española **Nueva Dimensión** (Barcelona, 1968-1983) y en diversos fanzines españoles de la época, como **Kandama**, **Tránsito** y **Máser**. En 1982, mientras era parte del equipo de la revista argentina *El Péndulo*, dio impulso al movimiento que fundaría el **Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía**. Al año siguiente (1983) creó y dirigió el fanzine **Sinergia**. Durante 1984 fue director editorial de la revista **Parsec** (Buenos Aires, mayo a octubre de 1984).

Cuando Marcial Souto relanzó la revista *Minotauro*, Sergio Gaut vio publicadas varias de sus ficciones, como *Islas*, *En el depósito* y *Carteles*. Esto sería el prelude a su primer libro de cuentos, *Cuerpos descartables*, que Ediciones *Minotauro* publicara en 1985. En

1995 su relato *Náufrago de sí mismo*, fue seleccionado por Pablo Capanna para la antología *El cuento argentino de ciencia ficción*, de editorial Nuevo Siglo. Tiempo después, su novela *El juego del tiempo* quedó finalista del Premio Minotauro 2005. En noviembre de 2009 salió su segundo libro de cuentos, *Espejos en fuga*, y en 2011 el tercero: *Vuelos*.

Durante algo más de tres años fue el director literario del e-zine *Axxón*, actividad que abandonó en mayo del 2007 para retomar el proyecto *Sinergia*, ahora en formato web.

Fue el fundador y coordinador de Comunidad CF y del Taller , aula virtual de escritura creativa. Más tarde creó Planeta SF, un espacio multilingüe de encuentro para escritores, lectores y editores de ficción especulativa de todo el mundo. Actualmente coordina talleres de escritura personalizados que se dicta a la vez en forma presencial y por Internet, para escritores que viven fuera de Buenos Aires. Sus cuentos han sido traducidos al inglés, francés, portugués, italiano, ruso, griego, búlgaro, japonés y árabe. También lidera el grupo Heliconia Literaria, destinado a manejar blogs de ficciones breves como *Químicamente Impuro*, *Breves no tan Breves*, y *Ráfagas*, *Parpadeos*.

Su biografía apareció en la antología *Latin American scientific fiction writers: an A - to - Z guide*.

Formó parte del panel de Crónicas de «*La Frontera Difusa - Primer Encuentro entre Astronomía y Ciencia Ficción*», desarrollado en la ciudad de La Plata el 18 de abril de 2009, y organizado por la Facultad de Astronomía de la Universidad de La Plata.

El 24 de octubre de 2009, en el marco del Segundo Encuentro entre Astronomía y Ciencia Ficción, Sergio Gaut participó en un debate entre escritores de ciencia ficción argentinos y hombres de ciencia, junto al físico Héctor Ranea Sandoval y el ensayista y filósofo **Pablo Capanna** (1939-).

En julio de 2012 participó en mesas de debate y dictó una conferencia en el marco de las I Jornadas Internacionales de Ciencia Ficción, organizadas por la Universidad de Buenos Aires.

En mayo de 2013 viajó a Berlín (Alemania) para participar en el simposio *Mundos Alternativos*, organizado por el Instituto Iberoamericano de esa ciudad.

Evaluación

Manzanaro Arana, Ricardo

El robot permanecía quieto en una sala a la espera de ser llamado. Por fin, la puerta se abrió y le invitaron a que entrara en la habitación.

Una vez dentro, el robot se dirigió a una mesa larga, a la que estaban sentadas cuatro personas. Tras los saludos protocolarios, el primero se sentó en una silla y permaneció quieto, mientras uno de los individuos situados tras la mesa se ponía de pie y comenzaba a declamar:

“Expediente nº 2355 – xx – 2. Tras evaluar su rendimiento y los problemas que han surgido durante su labor, consideramos que no ha sido lo suficientemente eficiente, y, por tanto, debe abandonar su configuración actual”.

El robot se levantó y comenzó a gritar: “¡No, por favor! ¡No me castiguen!”. Mientras el del tribunal repetía: “No ha obtenido buenos resultados”. Finalmente el robot fue llevado a una habitación contigua, donde se procedió a retirarle la cubierta y los artefactos y materiales de su interior. Luego, una vez descongelados, se le implantaron sus órganos. Para desgracia suya, volvía a ser un humano.

Ricardo Manzanaro (San Sebastián, 1966) Médico y profesor de la UPV/EHU (Universidad del País Vasco). Mantiene un blog de actualidad sobre literatura y cine de ciencia-ficción (<http://www.notcf.blogspot.com/>). Asistente habitual desde sus inicios a la **TerBi** (tertulia de ciencia-ficción de Bilbao), y actualmente preside la asociación surgida de la misma “**TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror**” (<http://terbicf.blogspot.com.es/>). Tiene publicados más de 40 relatos.